

LE
MONDE
diplomatique
Aún Creemos en los Sueños



Nuevo libro
Interculturalidad(es)
Desafíos para una ciudadanía emergente
PDF en venta a \$2.950 en
www.editorialauncreemos.cl

Colectivo Lastesis: **No nos callarán**

TV pública camino a la extinción

por Libio Pérez

Cabildos y ollas comunes

por Rodrigo Ruiz

Ciencia o política: ¿Cuál manda?

por Álvaro Ramis

Covid-19 y pueblo mapuche

por Fernando Pairican

**Desafíos de la universidad
en época de pandemia**

por Dante Castillo y Mario Torres

La peste y las drogas

por Ibán de Rementería

La intimidad perdida

por Pedro Palominos y Juan Barrientos

**A 50 años de la campaña del terror
contra Allende**

por Jorge Magasich

Pactos que hieden

por Jaime Collyer



Gracia Barrios, Gente N°2 (mixta sobre tela), 1977

Leonardo Padura: Crónica de un mundo que se acaba

Textos sobre Estados Unidos, Brasil, Bolivia, China, Italia y el continente africano



LE MONDE diplomatique

Equipo

EDICIÓN CHILENA

Director:
Víctor Hugo de la Fuente

Editor General:
Libio Pérez Zúñiga

Iconografía:
Dominique Monteau

Diseño y diagramación:
Cristián Escobar

Administración:
Ruth Flores
Iván Silva
Freddy Araneda
Consultora en administración
y finanzas: Allende y Montes
Asociados Ltda

Colaboradores:
Clara González
Margarita Iglesias
Federica Matta
Ricardo Parvex
Álvaro Ramis
Gonzalo Rovira
María Emilia Tijoux

Le Monde Diplomatique
Edición chilena
es una publicación mensual de la
Editorial "Aún Creemos
en los Sueños"

Dirección: San Antonio 434
local 14 - Santiago Chile

Teléfono: 22 608 35 24

E-mail:
edicion.chile@lemondediplomatique.cl

Página web:
www.lemondediplomatique.cl

Venta de ejemplares:
www.editorialauncreemos.cl

Impresión: Copesa

De este número
se imprimieron 8.000 ejemplares

Distribución:
Quioscos: Meta
Librerías: LOM Ediciones

EDICIÓN CONO SUR

Director:
José Natanson

Redacción:
Carlos Alfieri
Creusa Muñoz
Luciana Garvarino
Nuria Sol Vega
Pablo Stancanelli

Le Monde Diplomatique (Francia)

Fundador:

Hubert Beuve-Méry
Presidente del Directorio
y Director de la redacción:
Serge Halimi
Jefe de redacción: Benoît Bréville
Jefes de redacción adjuntos:
Martine Bulard y Renaud Lambert
Encargada de desarrollo y ediciones
internacionales:
Anne-Cécile Robert

1-3 rue Stephen-Pichon,
75013 París Francia

Tel.: (331) 53 94 96 21

Fax: (331) 53 94 96 26

E-mail:

secretariat@monde-diplomatique.fr

Internet: www.monde-diplomatique.fr

Difusión

Ediciones internacionales de
Le Monde Diplomatique

ALBANIA Y KOSOVO. Mensual,
editado por Bota Diplomatike, Eduard
Lir, Nr 50, Ap.10, 10000 Prishtina,
Kosovo. 500 ejemplares
(Friedrich)

ALEMANIA. Die Tageszeitung,
(Friedrichstraße 21, 10969 Berlín);
80.000 ejemplares, supl. mensual.
www.monde-diplomatique.de

BRASIL. Palavra Livre (Rua Araújo
124, São Paulo); 30.000 ejemplares,
mensual.

BULGARIA. Les Amis du Monde
diplomatique. (Rakovski 78, 1.000
Sofia); 6.000 ejemplares, suplemento
de Duma.

CHILE. Editorial "Aún Creemos en los
Sueños" (San Antonio 434, Local 14,
Santiago); mensual, 8.000 ejemplares.
www.lemondediplomatique.cl

COLOMBIA. Tebeo Comunicaciones
S.A. (Avenida 19, N° 4-20, Bogotá);
6.000 ejemplares, mensual.

COREA DEL SUR. Sociedad Le
Monde Corea. (Seúl); 5.000
ejemplares, mensual.

ESLOVENIA. Novinarski Klub.
(Tavcarjeva 15, Ljubljana, Eslovenia);
1.000 ej., mensual.

ESPAÑA. Ediciones Cybermonde SL.
(Aparisi i Guijarro N° 5, 2º, 46003,
Valencia); 30.000 ejemplares,
mensual.

GRECIA. Avgi. (Agiou Konstantinou
12, 10431 Atenas); 10.000
ejemplares, suplemento semanal.
www.monde-diplomatique.gr

HUNGRÍA. Edición electrónica
difundida por Közép-Európai
Fejlesztési Egyesület, Múzeum u. 7.
Kossuth Klub, Budapest).

INDIA. Hard News. (Gautam Nagar
110049, Nueva Delhi); 40.000
ejemplares, suplemento mensual
en inglés.

IRÁN. Sedaye Adalat. (60/6 rue
Sarve, Ave Vali Asr, Teherán); 5.000
ejemplares, suplemento mensual.

IRLANDA. Village. (44 Westland
Row, Dublin 2); suplemento semanal
en inglés.

ITALIA. Il Manifesto. (via Angelo
Bargoni 8, 00153 Rome); 49.000
ejemplares, suplemento mensual.

LUXEMBURGO. Tageblatt. (44, rue
du Canal, 4050 Esch-sur Alzette);
30.000 ejemplares, suplemento
mensual en alemán.

**GRAN BRETAÑA Y MUNDO
ANGLÓFONO.** Edición mensual, 5.000
ejemplares
https://mondediplo.com.

MUNDO ÁRABE. La versión árabe es
editada por la Sociedad Nouvelles
Presses disponible por suscripción
(www.editionarabediplo.com);
publicada en varios diarios de Medio
Oriente, el Golfo y el Magreb.

NORUEGA. Diplo AS. Distribuido
en Noruega, Suecia, Finlandia y
Dinamarca por la Sociedad (Le Monde
diplomatique Norge AS, Postboks 33
Grefsen, 0409 Oslo); Mensual 25.000
ejemplares www.lmd.no

POLONIA. Livres et presse.
(Rue twarda, 60, Varsovia); 10.000
ejemplares, mensual.

PORTUGAL. Cooperativa Outro
Modo, Rua Febo Moniz, nº 13, R/C,
1150-152 Lisboa; 4.000 ejemplares,
mensual.

RUSIA. Asociación Le Monde
diplomatique rusa. Kakhovka
9-1-176, 113303, Moscú;
ru.mondediplo.com.

SERBIA. Mensual, l'hebdomadaire
Nedeljnik. 20.000 ejemplares.
www.nedeljnik.rs

SUIZA. El semanario
Wochenzeitung. (Hardturmstrasse
66, Postfach 8031, Zurich); 20.000
ej., suplemento mensual.

TURQUÍA. Suplemento mensual del
diario Cumhuriyet. Empresa Yeni
Gün Haber Ajansı Basın ve Yayınılık
Anonim Şirketi, oficina principal
Prof Nurettin Oktem Sok. No: 2 Şişli,
Estambul. 50.000 ejemplares.

VENEZUELA. (Cuarta av. Res Unión,
Torre B. Local E y F, Caracas),
5.000 ejemplares.

EN INTERNET

Chino: http://cn.mondediplo.com
Esperanto: http://eo.MondeDiplo.com
Inglés: http://Mondediplo.com
Japonés: www.diplo.jp

Le Monde diplomatique se difunde
en 22 idiomas en sus 31 ediciones
internacionales
https://www.monde-diplomatique.fr/
diplo/int/



Falleció nuestra compañera Lidia Saavedra

Le Monde Diplomatique y la editorial Aún Creemos en los Sueños lamentan informar el fallecimiento de nuestra compañera Lidia Saavedra Yañez, el pasado 5 de junio, tras meses de enfrentar una grave enfermedad.

Lidia, con su dedicado trabajo y consecuencia, contribuyó al desarrollo de *Le Monde Diplomatique* durante prácticamente quince años, manteniendo relaciones con numerosos lectores y proveedores.

Vayan nuestras más sentidas condolencias a su familia, especialmente a su hija Omara y a todos sus amigos y amigas.

Lidia te recordaremos por tu fuerza, tu sensibilidad y tu compromiso con las luchas medioambientales y contra todas las injusticias. Te quedas para siempre en nosotros.

A los 20 años subimos el precio de \$1.950 a \$2.500

Tras haber mantenido el precio de Le Monde Diplomatique desde el primer ejemplar en septiembre de 2.000 a \$1.950 nos hemos visto obligados a subir el precio a \$2.500. (En estos veinte años los precios en Chile han más que doblado, El ticket de metro valía \$ 270 y hoy en horario punta vale \$800).

Nuestros libros mensuales también subirán de \$3.500 a \$3.950. Estas alzas implicarán también un aumento de precio en las suscripciones, el que se efectuará a fines de julio, para que quienes deseen suscribirse con el precio antiguo puedan hacerlo.

Hemos también creado una suscripción digital, la que mantendrá los precios anteriores.

Agradecemos su comprensión.

Más informaciones en: <https://editorialauncreemos.cl/>

Calendario de fiestas nacionales 1 al 31 de julio

1	Burundi	Independencia	14	Francia	Fiesta Nacional	
	Canadá	Fiesta Nacional		Irak	Fiesta Nacional	
	Ruanda	Independencia	20	Colombia	Fiesta Nacional	
	Somalia	Independencia	21	Bélgica	Fiesta Nacional	
2	Islas Caimanes	Fiesta Nacional	23	Egipto	Fiesta Nacional	
3	Bielorrusia	Fiesta Nacional	26	Liberia	Independencia	
4	EE.UU.	Independencia	11	Maldivas	Independencia	
5	Cabo Verde	Independencia	12	Perú	Independencia	
	Venezuela	Independencia		30	Marruecos	Fiesta Nacional
	Islas de Man	Fiesta Nacional		Vanuatu	Independencia	
6	Comores	Independencia				
	Malawi	Fiesta Nacional				
7	Islas Salomón	Independencia				
	Nepal	Fiesta Nacional				
9	Argentina	Independencia				
	Palau	Fiesta Nacional				
10	Bahamas	Independencia				
11	Mongolia	Fiesta Nacional				
12	Kiribati	Independencia				
	Santo Tomé y Príncipe	Independencia				
13	Montenegro	Fiesta Nacional				



UdeSantiago
Radio

Una emisora con real sentido público y compromiso con la ciudadanía que promueve el debate de los grandes temas país y divulga la ciencia, la cultura y las artes.

Te invitamos a visitar nuestra nueva señal online Escena Viva.

SOMOS TU RADIO UNIVERSITARIA

91.5 FM – WWW.RADIOUSACH.CL

Exposición online

ARTE EN TIEMPOS DE PANDEMIA

BAHIA UTOPICA GALERIA DE ARTE DE VALPARAISO



OBRA EN PROCESO DEL ARTISTA PABLO VILLEGAS

WWW.BAHIAUTOPICA.CL

f bahia.utopica.galeria.arte

@galeriabahiautopica

+56 9 8903 4039 +56 9 8401 2359

Editorial "Aún Creemos en los Sueños"

La Editorial "Aún Creemos en los Sueños" publica la Edición chilena de Le Monde Diplomatique
Director: Víctor Hugo de la Fuente

San Antonio 434 - local 14 - Santiago-Chile

Tel.: (56) 22 608 35 24

E-mail: edicion.chile@lemondediplomatique.cl

www.lemondediplomatique.cl

www.editorialauncreemos.cl

Nos tienen miedo porque no tenemos miedo

por Colectivo LASTESIS

Es poco probable precisar el día en que despertaste, abriste los ojos y la primera imagen que viste fue la de la injusticia, ahí acomodada al lado tuyo mirándote a la cara, con la mirada fija diciéndote, aquí estoy, y aquí me quedo para acompañarte el resto de tu vida. A partir de ahora prometo estar para ti en cada gran momento y también en todos los pequeños; cuando crezcas, cuando te enfermes, cuando quieras estudiar, cuando busques trabajo, cuando quieras un lugar dónde vivir, cuando quieras tomar decisiones sobre tu identidad o tu cuerpo, cuando quieras salir a la calle de noche, cuando quieras abortar o cuando quieras dar a luz, cuando quieras criar o cuando no, cuando te canses y quieras defender tus derechos, sobre todo ahí, me convertiré en tu mejor compañera.



Federica Matta, LasTesis somos todxs, 2020

Si embargo, es muy probable precisar el día en que despertaste, abriste los ojos y la primera imagen que viste fue la de un mar de cuerpos y voces al unísono, entonando melodías con sabor a mundos mejores. Cada cual en compañía de sus respectivas injusticias, temerosas de tantas ansias de libertad. Múltiples cuerpos auto convocados, bajo la premisa de estar y actuar. Múltiples poderes presentes desde la voluntad de querer hacer entender a otro que todo aquello que hemos asumido como normal, no lo es. El pulso colectivo, un sonido, un ritmo de protesta común. Ese poder de reunión, nos da cierta libertad y perturba al miedo. No estamos solas. Una red global de mujeres y disidencias unidas por la calle que pisan al estar en el espacio público. Cemento,

tierra, pasto o madera, las eternas confinadas al ámbito privado ahora gritan fuerte, como muchas más ya lo hicieron, sólo que esta vez, un mismo canto nos une. Una misma voz subalterna y liminal. Una misma demanda, una misma violencia que atraviesa nuestros cuerpos sistemáticamente.

No estábamos solas en las calles, pero tampoco lo estamos hoy en nuestras casas. Un tejido, una red subterránea nos entrelaza, y hoy más que nunca nos aferramos con uñas y dientes a ella. Hoy, estamos bajo ataque. Hoy, como a lo largo de la historia, nos castigan por nacer mujeres y tener la osadía de vociferar en ese espacio público históricamente masculinizado. Esta red nos ha otorgado este espacio de enunciación, un espacio que conlleva responsabilidad, mucho trabajo, sabores

dulces y amargos. Un espacio muchas veces ingrato que nos expone a los ataques más cobardes, tras una pantalla o incluso a través del duro peso de la ley.

En este contexto tan inapropiado, en el que como sociedad por completo estamos bajo ataque de una pandemia, pero también bajo ataque de la desigualdad, la institución que posee el monopolio de la violencia -la cual, además, se encuentra impune como causante de múltiples violaciones a los derechos humanos- se toma el tiempo de perseguir, intimidar, amedrentar, censurar y violentar a un colectivo artístico feminista.

En la casa nos quieren ver, confinadas al tedio de lo doméstico, a la esfera privada, silenciada, invisibilizada; quieren devolvernos a ese lugar de subordinación al que

históricamente hemos estado confinadas; quieren censurar nuestro trabajo; quieren negarnos nuestro derecho a expresarnos a partir del arte; quieren negarnos el derecho a la protesta, tergiversando nuestro trabajo e inculpándonos en los términos más insólitos. Esta acción sólo demuestra el abuso de poder sistemático por parte de esta institución, equiparando la poesía con la verdadera violencia de la cual son autores, negando el espacio a la metáfora, al arte, al activismo y a la legítima denuncia que desde octubre el pueblo vocifera en todas partes.

Pensemos un momento en la performance de la policía en todo esto, en el acto simbólico de censurar. Cerremos los ojos por un instante, ordenemos los hechos y luego digámonos en voz alta, a ver qué nos parecen. Por un lado está la institución de Carabineros de Chile, -impune, respaldada por el gobierno de Chile-, con su presidente -impune- redefiniendo los límites del arte, inculcando a la performance de ataque a la autoridad, espasmando hablantes líricos, mutilando metáforas, gaseando subjetividades, encarcelando palabras y allanando cada obra que hagamos de aquí para adelante. Todo esto ocurre al mismo tiempo que se restringen las labores de la prensa independiente, y al mismo tiempo que se ataca a las proyecciones de palabras -sí, palabras- que que todas y todos quienes tenemos menos privilegios en esta sociedad no hemos podido dejar de pensar en el último tiempo: HAMBRE, DIGNIDAD y, otra vez, CENSURA. Creemos que es importante leer estos hechos en su totalidad y no como hechos aislados; no es casualidad, ni una mala coincidencia.

Hasta ahora no han escuchado las demandas del pueblo, no se han hecho cargo de ninguno de sus errores, y nosotras no les daremos el derecho a decirnos cómo crear y trabajar. Hoy, se nos violenta directamente a nosotras, pero también a todas las mujeres, disidencias, artistas y a quienes nos encontramos en esta lucha contra el patriarcado y sus instituciones nefastas. Pero no nos callarán, nunca más. ■

TV pública camino a la extinción

por Libio Pérez*

“La primera víctima en una guerra es la verdad” (1) ...en las crisis agudas, también. Es lo que viene sucediendo en Chile desde octubre pasado, con el inicio de la rebelión ciudadana que se sostuvo hasta cruzarse con la crisis sanitaria desatada por la pandemia viral. El acceso a la información oficial se ha dificultado, los datos gubernamentales tienen dudosa calidad, mientras un ejército de robots difunde noticias falsas o información tergiversada. El resultado de ello es una grave vulneración de los derechos de la sociedad a información veraz, oportuna y de calidad.

El derecho de las personas y comunidades a información plural y diversa ya venía siendo vulnerado desde antes, décadas, como resultado de la alta concentración de la propiedad de los medios de comunicación, particularmente por parte de grupos económicos nacionales, y a veces asociados a conglomerados globales.

En buena medida las dificultades para un mejor acceso a la información, confiable, diversa, plural y de calidad, así como el derecho a la comunicación (2), están facilitadas por la inexistencia de una ley de medios que regule la propiedad de éstos y que permita diversificarla, así como la ausencia de una red de medios públicos que sirva de contrapeso a los grandes conglomerados mediáticos. Este es un asunto urgente que deberá ser parte de los debates constituyentes que llevará adelante la sociedad chilena en los próximos dos años, es la oportunidad para inyectar algo de democracia a un sector vital para la democracia, pero que ha permanecido en la opacidad de los grandes negocios.

Por eso es alarmante la señal que emite el directorio de Televisión Nacional con su decisión de vender el edificio corporativo de esta estación estatal. No son pocas las voces que han alertado sobre la operación encubierta destinada a debilitar aún más su rol de

televisión pública, para finalmente llegar a su privatización total.

Un largo camino de erráticas y erróneas decisiones ha llevado a TVN a este punto de debilidad (3), cuando está en cuarto lugar de audiencia de la TV abierta, con una deuda acumulada que parece inmanejable en los términos del mercado y el desmantelamiento de equipos, áreas completas como la Dramática, y la drástica reducción de personal en la estación central y sus sedes regionales.

El modelo de televisión pública que le asigna la ley a TVN es incompatible con la competencia descarnada por la inversión publicitaria que viene en caída (4), y menos cuando ya está en curso una crisis económica de envergadura.

El Estado tiene la obligación de garantizar los derechos de la ciudadanía, entre ellos a la expresión, a la información y la comunicación. Ese derecho no puede ser expropiado por visiones libremercadas que están

circunstancialmente con capacidad de decisión. TVN pudo reconstruir su credibilidad después de la dictadura que la usó a su antojo para afianzar su poder. El desmantelamiento de la TV pública es volver a someter a la sociedad a un modelo donde “la verdad es la primera víctima”. ■

1. La frase es atribuida al pacifista británico Arthur Ponsonby, quien en 1928 publicó “Falsedad en tiempos de guerra. Mentiras propagandísticas de la Primera Guerra Mundial”.

2. El derecho a la comunicación está ampliamente desarrollado en “Comunicación y Derechos Humanos” de Aimée Montiel, México 2012.

3. Las actas del directorio de TVN no son públicas, como tampoco los sueldos de sus ejecutivos y los llamados “rostros”.

4. Ver informe de mayo 2020 “Inversión publicitaria en medios” de la Asociación Agencia de Medios.

*Editor general de la edición chilena de Le Monde diplomatique

Una controversia en medio de la pandemia viral

Ciencia o política: ¿Cuál manda?

por Álvaro Ramis*

Martin Heidegger, en la primera lección de su curso “¿A qué se llama pensar?” desliza una de sus frases más controversiales y objeto de múltiples interpretaciones: “La ciencia no piensa” (1). Años después el filósofo comentará esos dichos: “Esta afirmación resulta escandalosa... dejemos a la frase su carácter escandaloso, aun cuando apostillemos inmediatamente que, no obstante, la ciencia tiene que habérselas con el pensar en su propia forma especial” (2).

Sostener que “la ciencia no piensa” puede llevar a escándalo, ya que la ciencia es en sí el acto humano reflexivo por excelencia, el más alto ejercicio del intelecto en sus funciones elucubrativas, explicativas, taxativas, predictivas y evaluativas. La ciencia lleva a la humanidad hacia las fronteras del conocimiento, y nos hace conscientes tanto de lo que sabemos, como de lo que ignoramos, con la mayor certidumbre posible, en las condiciones de nuestro actual entender y comprender. Sin embargo, Heidegger sostiene que la ciencia no piensa. ¿Por qué lo hace?

Lo que parece decir es que la ciencia calcula, razona, describe, taxonomiza, verifica, comprueba, anticipa, deduce e induce. Pero la ciencia no “piensa” en el sentido filosófico del término. En primer lugar, porque las disciplinas científicas no pueden ocuparse de elucidar sus propios conceptos fundamentales. Es decir, la ciencia se basa en conceptos previos, que le dan valor y validez, pero que no necesariamente cumplen con lo que el método científico prescribe. Eso se ve al estudiar la historia de la ciencia, donde se constata que no existe un método único, basado en principios inalterables, ni una regla que no se haya roto, en los procesos de avance científico. Como ha señalado el filósofo de la ciencia Paul Feyerabend, las infracciones al “método científico”, en su versión cartesiana, han sido condición necesaria, y no accidental, para su avance. La ciencia ha progresado en buena parte por medio de ensayo y error; construyendo “hipótesis *ad hoc*” (3), que han permitido “llenar” provisoriamente distintos “vacíos de evidencia”, hasta que un nuevo paradigma científico, más complejo, sustituye al anterior.

Por otro lado, a la ciencia no le cabe decidir y ponderar lo que debemos hacer ante sus evidencias y datos. En otras palabras la ciencia puede decirnos cómo dominar la energía atómica. Pero no le cabe decidir si ese conocimiento se debería utilizar para producir electricidad, en su uso civil, o para construir armas de destrucción masiva. Nos puede dar datos sobre el desarrollo de una pandemia, pero no nos puede dar una receta única sobre la política sanitaria del país. A quien le cabe analizar el aporte de la ciencia, y tomar una decisión, es a la conciencia de los gobernantes, y en general al conjunto de la sociedad que, puesta ante la evidencia científica, deberá pensar sobre sus efectos y valorar sus consecuencias. A eso llamamos “decisión política”.

En ese ámbito se aplica la distinción de Emanuel Kant entre Razón Pura y Razón Práctica. La ciencia habita en la Razón Pu-



María Edwards, de la serie Construcciones imposibles, 2019 (Gentileza MAVI)

ra, donde las evidencias y certidumbres son palmarias, claras, distintas y vinculantes. En cambio, lo que Heidegger llama “Pensar” radica en el reino de la Razón Práctica, el enorme y extenso campo de lo “opinable”, donde pueden existir legítimas preferencias y valoraciones de carácter político, religioso, moral, cultural, o espiritual. En ese sentido, y solo en ese, la ciencia no piensa. Porque no es su papel extraer o ponderar las consecuencias de sus evidencias y experimentos. Pero el científico, en tanto ciudadano del mundo, sí debe pensar. Y la sociedad humana tiene el deber de pensar. Actualizando la máxima de Heidegger, la ciencia no piensa... pero no se puede pensar sin la ciencia, o en contra de la ciencia.

La política anticientífica

Esta distinción es importante en este tiempo de pandemia. Lo que esta circunstancia obliga, especialmente a las autoridades y espacios de decisión pública, es a pensar. Pero ese pensar es un “momento segundo”, que sigue al “momento primero”, que radica en reconocer el dato o la evidencia de la ciencia, e impone actuar en coherencia con la verificación, empírica o analítica, que permite todo pensar posterior.

Uno de los mayores dramas que vivimos en este tiempo, con su terrible correlato de incremento en las muertes y en los efectos sociales de la pandemia, radica en aquellos gobernantes que han tratado de “pensar” antes de detenerse ante la ciencia. Ya sea

Trump, Bolsonaro o Piñera, el patrón recurrente que se observa es el mismo: un intento de pensar la pandemia, desde la ideología, y más aún, desde el interés pecuniario, electoral, o personal. Se advierte un tratar de gobernar las cuarentenas desde la conveniencia de las cifras amañadas, los datos ocultos, las cuentas alegres, las *fake news*, las teorías del complot o los afanes de competencia internacional. Esto es lo que lleva a los desastres que hoy conocemos, y que se podrían haber evitado si las autoridades hubieran pensado cuando se debe y cómo se debe.

La ciencia no prescribe un curso único de acción política o gubernamental ante una emergencia. Pero presenta un abanico acotado de posibilidades, que no se pueden soslayar. Por supuesto, le cabe un ámbito específico al deber de pensar. Los gobiernos deben hacerlo para interpretar, decidir, priorizar, reglamentar, prohibir, incentivar o desincentivar a la sociedad. Cabe allí un espacio a las legítimas preferencias ideológicas o convicciones personales. Pero estas funciones no se deben formular antes, ni menos en contra, de lo que la ciencia delimita como marco obligatorio de realidad. Hacerlo es desertar del deber de buscar aquella verdad que nos debemos, y que no puede surgir sin el recurso a la falibilidad de cada una de nuestras hipótesis.

Chile: Política sin ciencia

Queda claro que ciencia y política deben tener sus ámbitos de acción diferenciados. El punto de fricción opera cuando estos lími-

tes se traspasan. En el caso de Estados Unidos, esto se ve cotidianamente, en las abiertas fricciones entre Donald Trump y los especialistas en salud pública. A fines de junio los principales epidemiólogos de Estados Unidos, incluyendo los que trabajan para el propio gobierno, afirmaron ante el Congreso que es necesario hacer más pruebas de coronavirus para detectar la enfermedad, y no menos, como había anunciado pocos días antes el presidente: “Al contrario, vamos a hacer más test, no menos”, sostuvo el director del Instituto Nacional de Enfermedades Infecciosas y Alérgicas, Antony Fauci, considerado el principal epidemiólogo del país y miembro del cuerpo de asesores de la Casa Blanca para el combate a la pandemia de coronavirus.

Pero es en Brasil donde la “guerra” abierta entre ciencia y política se expresa con su máxima crudeza. Llega a niveles absurdos. Jair Bolsonaro se ha negado, desde el comienzo de la pandemia por coronavirus, a usar una mascarilla de protección. Un juez federal ha tenido que determinar que el presidente brasileño deberá pagar una multa de 2.000 reales por cada día que desobedezca las órdenes que tratan de poner límites a la propagación de la pandemia. Esta situación se da en el segundo país del mundo en número de contagios, con más de 1,1 millones y donde el número de fallecidos sobrepasa ya la cifra de 55.000.

En Chile todo el manejo gubernamental de la cuarentena ha estado atravesado por el manejo poco riguroso de las cifras, situación que ha involucrado directamente al Ministerio de Salud y al Ministerio de Ciencias. La “Batalla de Santiago”, metáfora que guió las decisiones del ex ministro Jaime Mañalich, ocultó un combate mucho más político-electoral y comunicacional, que un esfuerzo técnico consistente. En palabras del académico y máster en Salud Pública de la Universidad de Harvard, Gonzalo Bacigalupe: “Se asesoraron por investigadores en inteligencia artificial sin calle, sin entender nuestra idiosincrasia. No aprendieron de lo que había sucedido en países con culturas similares -relaciones sociales de mucha cercanía, alta desconfianza en la autoridad, saliendo de crisis políticas y sociales como Italia y España”.

Este aspecto revela que cuando se habla de ciencia, no sólo se debe asumir las prescripciones de las ciencias exactas, como las estadísticas, o de las ciencias de la salud. También las ciencias sociales entregan elementos prescriptivos, en su propio campo de análisis. Carecer de esos elementos termina llevando a afirmaciones tan bochornosas como las que expresó en ex ministro Jaime Mañalich cuando señaló: “Hay un sector de Santiago, donde hay un nivel de pobreza y hacinamiento, perdón que lo diga... del cual yo no tenía conciencia de la magnitud que tenía”. ■

1. Heidegger, M. (2005). ¿Qué significa pensar? Trad. de Raúl Gabás Pallas. Madrid: Trotta, p. 19

2. Heidegger, M. (1980). “Martin Heidegger en diálogo”, en: García de la Huerta L, M. La Técnica y el Estado Moderno. Santiago: Departamento de Estudios Humanísticos de la Universidad de Chile, p. 176.

3. Feyerabend, P. (1993). Contra el Método. Barcelona: Planeta De-Agostini.

*Rector de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Cabildos y ollas comunes

La democracia de la vida en común

por Rodrigo Ruiz Encina*

Los ocho días que transcurrieron entre el 18 y el 26 de octubre de 2019 marcaron la apertura política más importante que haya tenido lugar en la sociedad chilena desde 1990. El 18 fue el comienzo, la liberación repentina de la energía incontenible originada en un malestar heterogéneo y múltiple. Ese día se estableció la fuerza, la magnitud, y la absoluta incapacidad de los recursos institucionales de la posdictadura para contenerla. El 26, solo ocho días después, asistimos a la emergencia de la forma esencial de una nueva política. Los cabildos y las asambleas populares y ciudadanas abrían camino a la voluntad constituyente, e instalaban en ese mismo proceso la demanda de una nueva autenticidad democrática, basada en la participación efectiva de la gente, abierta e igualitaria. Entre la primera alma joven que saltó un torniquete del metro y el comienzo del primer cabildo siete u ochos días después, quedó establecido el fundamento principal de una nueva democracia.

Sin necesidad de una estructura central, los cabildos florecieron por todas partes. Pero no como una emanación repentina. Cualquiera que haya tenido alguna relación con las experiencias de lucha social en todos estos años, estudiantiles, sindicales, feministas, ambientalistas, y otras, sabe que fueron macerando en ellas una multiplicidad de formas organizativas y capacidades de acción, un saber, la reactivación de una memoria. Lo que la institucionalidad política experimenta como inadvertido y espontáneo, suele no ser más que el resultado de un aprendizaje popular que ha tenido lugar por años, más allá de los



Camila Ramírez, Carretilla comunitaria, 2012

confines autorizados por la mirada vertical.

Asociados a esa poderosa capacidad telúrica destituyente, los cabildos comenzaron a poner en marcha rápidamente las claves de una nueva forma de organizar la sociedad, o, dicho de otra forma, un proceso constituyente. En ellos era tan importante lo que se decía, como la forma en que ese decir era posibilitado por procedimientos propios de una democracia igualitaria.

Para ello, la revuelta debió poner todo en riesgo. Tanto aquello que se ha llamado “vieja política” como forma de indicar las modalidades y objetivos de la institucionalidad neoliberal de la posdictadura: la Concertación y sus herencias, la derecha, la red de los poderes económicos que en buena medida gobernaron todo ese período; como así también aquello que desde las movilizaciones de 2011 y 2012 comenzó a reclamar el lugar de una nueva política. Ocurre así porque esa enorme liberación de energía no está preinscrita en ninguna orientación específica, no tiene definida una forma de articulación con la política, más nueva o más antigua, ni reconoce –aun cuando tenga evidentemente más cercanías con unos que con otros–, una frontera definida.

Ollas y la constituyente

La notoria impresión que produce esa fuerza destituyente no debe conducirnos sin embargo a pensar que allí se agota su carácter. Se trata, principalmente, de un sujeto que de formas aun disgregadas y en varios sentidos desarticuladas, se caracteriza por su capacidad de propuesta.

Es decir, se trata de un sujeto constituyente. Mas no por sus habilidades con la tecnología jurídica. Lejos de esa idea, que en algún momento supuso que la nueva Constitución era cosa de constitucionalistas, reproduciendo un viejo hábito del saber vertical, este sujeto múltiple muestra su imaginación y una tremenda vitalidad propositiva práctica. Su potencia constituyente está asentada en muchas partes y se expresa de diferentes formas, aunque ciertamente aún carece de unidad. Los sin duda valiosos textos constituyentes que afloran en distintas partes de la intelectualidad comprometida son apenas una parte de ello, pero, a decir verdad, no la más importante. La nueva Constitución será

la expresión condensada de luchas y demandas populares acumuladas, o será, de nuevo, un ordenamiento experimentado de forma ajena por la mayoría de la sociedad.

Pero, si no es en esos destacados esfuerzos escriturales, ¿dónde podría residir entonces la capacidad constituyente de la revuelta? En las ollas comunes. Es decir, en esos espacios comunitarios donde hoy se cocina y se despliega el cuidado del pueblo, y donde hasta hace muy poco se debatía democráticamente. Cabildos, ollas comunes, asambleas ciudadanas, centros solidarios de acopio de comida, comprando juntos y una amplia red de colectividades, más organizadas, menos organizadas, que se derraman por todos los territorios del país haciéndose cargo hasta donde pueden de la subsistencia de un pueblo en riesgo. Se debate y se come, se piensa y se cuida al semejante. Son los mismos espacios. Solo adoptan formas diferentes.

Renacidas en la pandemia, las ollas comunes son el símbolo principal de un conjunto de iniciativas alimentarias que anidan en la memoria popular, cuya repetida aparición en la historia social responde a los momentos más crudamente fallidos del Estado burgués. Se recuerda, por mencionar algo aun relativamente fresco en el recuerdo, la gran crisis de 1982, con sus enormes consecuencias de hambre. En ese momento, tal como hoy, el Estado neoliberal muestra con tintes dramáticos su absoluto desinterés por la vida concretamente vivida de la gente común.

Allí donde emerge una olla común hay un colectivo que ha comprendido que debe tomar la reproducción de la vida propia en sus manos. Mal que le pese al columnista-rector y sus colegas liberales, que piensan que la economía es cosa de ministerios y estructuras productivas siempre ajenas al común, las ollas establecen una economía de la vida efectiva y concreta, las más de las veces puesta en marcha por mujeres que, en cientos y cientos de comunas, entregan diariamente miles de platos preparados con los productos que los propios vecinos recolectan entre sus pares.

Con la misma velocidad aparecieron cuadrillas de vecinas y vecinos que recorrieron sus barrios sanitizando paraderos de micro y espacios comunes, o agrupaciones de cos-

tureras fabricando mascarillas, grupos de psicólogas y psicólogos voluntarios que se ofrecieron para escuchar personas con dificultades para pasar la cuarentena, matrones y matronas para atender por teléfono las preguntas de mujeres gestantes, preocupadas por las difíciles condiciones en que hoy reciben atención en el sistema público. Toda una red de lo que, junto al trabajo encomiable del personal de salud, podemos llamar ciertamente “atención primaria”.

La revuelta de la gente excluida del lugar de la política, entonces, no intentó ocuparlo. No quiso. Primero en la revuelta, luego en la pandemia, su política ha sido otra. Primero y ante nada, ha consistido en la redefinición de los bordes, las prioridades y los modos de la política misma. Su capacidad fundacional es aun embrionaria, pero la fuerza de su rebeldía es suficiente para sellar el fin de las formas posdictatoriales de la política. Hay cosas que ya no se pueden hacer, hay modalidades de lo institucional que ya no son toleradas, por más que la mayor parte de la vieja y la nueva clase política no se hayan enterado de ello.

Las voces que recorren las comunidades indican la prioridad de la alimentación y de la salud en su más auténtico sentido público. Habría que ser muy miopes para no distinguir la enorme potencia constituyente, la verdadera democracia de la vida, concretamente refundacional, que se respira en las cuadrillas de sanitización y las ollas comunes.

Territorios y vida en común

La política popular del último tiempo ha tomado un marcado carácter territorial. Con seguridad, ello se relaciona con el debilitamiento sistemático de las organizaciones sindicales, que como se sabe, corresponde a la necesidad de disminuir el valor del trabajo que es propia de la instalación y reproducción del orden social neoliberal. Es un proceso histórico, en definitiva, que describe las concretas condiciones para la acción del mundo subalterno. No cabe, por tanto, ninguna esencialización de lo territorial que lo eleve a una condición de superioridad sobre otro tipo de organización de la base de la sociedad.

Dicho eso, hay que afirmar que hoy es en los territorios donde se juega la principal acción política mayoritaria. Allí donde las fuerzas políticas institucionales, las alternativas, las de oposición, incluso las emergentes, han priorizado en los hechos por una especie de realismo adaptativo de acción principalmente institucional, alejándose del sentido destituyente que exige la revuelta, las organizaciones y las redes del debate en cabildos y la producción de la vida en las ollas comunes abren las posibilidades de una política nueva.

Lo que ocurre en los territorios no puede ser pensado como una cuestión homogénea, carece de unidad y no tiene aún capacidad de actuación nacional. Pese a ello, en esas redes y colectividades múltiples anida hoy la posibilidad de perfilar una política donde el sentido democrático recupere una referencia efectiva a la vida concreta de la mayoría de la gente. ■

*Antropólogo.

Impactos de la pandemia en el pueblo mapuche

Tirua: Una experiencia contra Covid y el peligro de los antiguos

por Fernando Pairican*

1. Tren Tren y Kay Kay: un aprendizaje ante el desastre de origen tectónico del año 2010.

A principios de abril, la comuna de Tirua decidió ejercer la cuarentena total. Dos hechos se vinculan a esa decisión, la Araucanía superaba a Santiago en fallecidos por la pandemia y, algunos alcaldes, como Pedro Edmundo Paoa de Rapa Nui, cuestionaban al gobierno por modificar a cuarentenas graduales la medida. En ese entonces, el ex ministro de Salud Jaime Mañalich, argumentaba la inexistencia de casos en algunas comunas y por ende lo innecesario de la medida (1).

Ante la coyuntura, el municipio Plurinacional e Intercultural de Tirua convocó a las comunidades, las juntas de vecinos y la Cámara de Comercio para discutir y elaborar un plan para enfrentar la pandemia. En palabras de su alcalde, la resolución fue: “Detener la vida económica y privilegiar la vida de las personas”. Comenzaron a desarrollar diálogos con quienes prestan servicios en la comuna, como bencinera y supermercado, solicitándoles unirse a la decisión adoptada por la comunidad y evitar “la cadena de contagio” (2).

Avisados con antelación, los tiruanos pudieron abastecerse de los productos para desarrollar una cuarentena por los quince días hasta comprender y crear protocolos ante la situación acontecida a nivel mundial. Al regresar de la “cuarentena tiruana”, la preocupación de la élite empresarial y política era la protección de las empresas y el empleo. Por su parte, el gobierno empeinado en la discusión sobre la postergación del plebiscito, planteaba a la oposición lo inoportuno de dar la discusión entorno a ello (3).

En coherencia con lo planteado por los organismos internacionales, la opción del municipio fue sumarse a las recomendaciones dictadas por la OMS. También es un resultado de las relaciones internacionales establecidas durante la gestión de Adolfo Millabur con países que compartan una experiencia geográfica y política intercultural. A nuestro juicio ha sido una apuesta política por crear un nuevo tipo



José Venturelli, Las ramas y las espinas, 1983

de democracia en torno a los derechos internacionales.

2. Nuestros antiguos en peligro

Con excepción de la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE) y el movimiento aymara en Bolivia, los movimientos indígenas en la década de los 90 se movilizaron entorno a levantamientos armados o movilizaciones insurreccionales (4). Sin embargo, otros movimientos se desarrollaron en paralelo, decidiendo usar la vía legal. Esos fueron los casos experimentados por CONAIE en Ecuador y el MAS en Bolivia. En parte, la Identidad Territorial Lafkenche, recuperó esas experiencias para desarrollarlas en su territorio e inauguró una “vía política a la autodeterminación” (5).

A su favor usaron la “municipalización de la política” (6). Con ello, las facultades que permite a los municipios ejercer espacio de autonomía. Ambas formas de hacer política tuvieron como resultado la

legislación de una ley en torno a la preservación del uso y costumbres mapuche a los recursos y la biodiversidad presentes en el mar (7).

Pero ante la coyuntura actual, el Covid-19 pone en riesgo a los adultos mayores del pueblo mapuche. Ellos son los portadores de la lengua, la cosmovisión y la historia antigua. El impacto de la pandemia puede ser de proporciones significativas si no existe una decisión de proteger a lo que denominamos “los antiguos”. Existen avances acerca a los derechos culturales, pero la ausencia de ejercicio a los derechos políticos, han dificultado una transición cultural en el interior de nuestro pueblo, ante la incapacidad de crear políticas e instituciones a largo plazo.

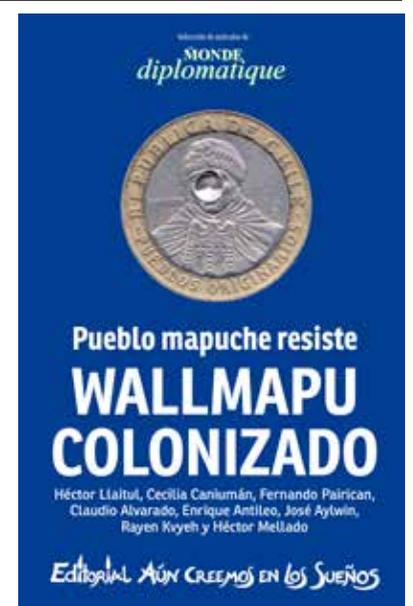
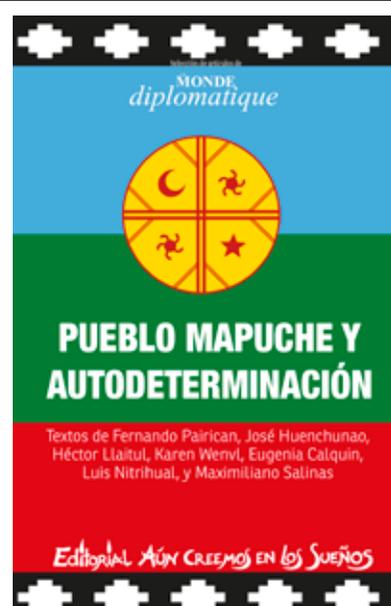
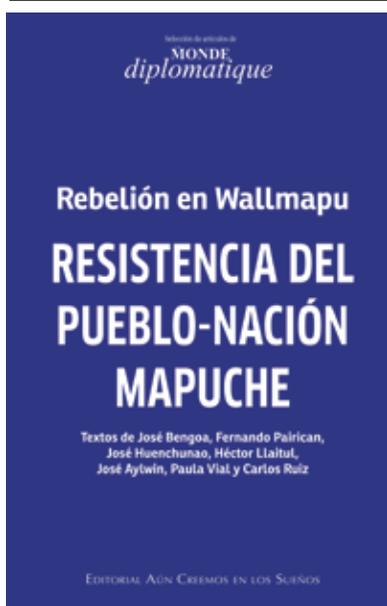
Los más antiguos de nuestro pueblo continúan siendo los portadores del conocimiento tradicional. Ante la ausencia de una institucionalidad que permita la recuperación integral de las tradiciones y costumbres, el pueblo mapuche ve su fu-

turo resquebrajado por la posible pérdida de abuelos y abuelas. Han sido ellos y ellas los que han permitido la fortaleza cultural, y a la vez, los que nos han heredado los conocimientos tradicionales a las presentes generaciones. Todo eso Claudio Gay llamó hace unos 150 años: “Usos y Costumbres” y como muy bien lo explico Bengoa “los virus galopan más rápido que los caballos” (8).

Para el pueblo mapuche el impacto será significativo, parafraseando a nuestro poeta Jaime Huenun, ya escuchamos los galopes de generaciones con nombres enterrados, con cántaros y frutos. Lágrimas, clamores de lentas caravanas “escapando a los montes de la muerte y la vida” (9). ■

1. El Mercurio, “Alcaldes critican levantamiento de cuarentenas”. 6 de abril de 2020. C5.
2. Escuchando a don Adolfo Millabur, alcalde de Tirúa en programa de radio comunal, 20 de junio de 2020.
3. El Mercurio, “protección de empleos y empresas”. 27 de abril 2020. A3.
4. Yvon Le Bot, *La gran revuelta indígena*. Editorial Océano, 2013.
5. Fernando Pairican, Malon. *La rebelión del movimiento mapuche*. Pehuen Editores, 2012 y Namuncura, Loncon, Antileo y otros: *Wallmapu: plurinacionalidad y nueva constitución*. Pehuen Editores, 2020 (En imprenta).
6. Verónica Valdivia, *La alcaldización de la política. Los municipios en la dictadura de Pinochet*. Ediciones LOM, 2012.
7. Revisar: https://obtienearchivo.bcn.cl/obtienearchivo?id=repositorio/10221/25431/1/BCN_FINAL_LaLey_Lafkenche_10_años_después_2018.pdf. También la tesis de Susana Huenul, “Cercando el mar. Los mapuche lafkenche y su relación con el estado neoliberal chileno”. Tesis para optar al grado de Magister en Antropología social, Universidad Iberoamericana de México, 2011.
8. José Bengoa, “Los virus galopan más rápido que los caballos”. *Le Monde Diplomatique*, edición chilena, junio 2020.
9. Jaime Huenun, “Fogón” en Ceremonias. Ediciones USACH, 1999.

*Posdoctorante del Centro de Estudios Interculturales Indígenas (CIIR), académico hora por la Universidad de Santiago y Diego Portales. Director de la Colección Pensamiento mapuche Pehuen Editores.



Amistad cívica, consensos y blanqueamientos

Pactos que hieden

por Jaime Collyer*

Asistimos en junio a algunas definiciones menores pero ciertamente altisonantes en la esfera pública. El que podría designarse como el “caso Warnken”, un tira y afloja secundario aunque muy publicitado -en el cual un viejo conocido del columnista le reprochó el gesto de haberle prestado ropa en una entrevista a Mañalich y a su gestión reconocidamente impresentable- gatilló la defensa cerrada del entrevistador en el ámbito mercurial y el apoyo un poco extemporáneo del “partido del orden”, la vieja guardia concertacionista, tan proclive hoy como siempre al orden público, la estabilidad, el diálogo en las altas esferas y los acuerdos vertiginosos en la cúpula.

En esta época nuestra tan narcisista y enfocada a la visibilidad en los medios, las polémicas públicas suelen transformarse en un vehículo para recobrar figuración. Algo de eso quedó sugerido en la proliferación de cartas y manifiestos y entrevistas reiteradas a personajes novedosamente afines al *statu quo* (¿será tan novedosa esa afinidad?). En una instancia mediática emanada del empresario, Cristián Warnken entrevistó a Carlos Peña no una sino dos veces, y luego a Javiera Parada (de quien se recuerda hasta hoy su gesto de ir en son de paz a La Moneda cuando el país comenzaba a arder en octubre), y luego la misma Javiera Parada aprobó de manera entusiasta una carta que Jaime Bellolio (diputado UDI) hizo circular y en la que volvía a rescatar al ex ministro Jaime Mañalich en su gestión. *Last but not least*, un suplemento mercurial terminó entrevistando y reperfilando a Warnken como el nuevo adalid ilustrado de estos parajes, con lo cual el círculo terminó de cerrarse, de momento cuando menos.

Más papistas que el Papa

Fue como una campaña de blanqueamiento de apariencia espontánea y que buscaba omitir las vacilaciones de varios de esos personajes durante el estallido social de octubre o su explícita omisión de la violencia desencadenada contra la ciudadanía (¿cómo se puede dialogar y colaborar, como ellos pedían y aún piden, con un gobierno que ciega a los adolescentes y sigue encubriendo a los hechores?).

Tanto despliegue en los medios lleva a pensar en un empeño de reposicionarlos como *influencers*; una campaña de “agitación y propaganda” mejor que las que proponía Lenin en su día para afianzar el poder bolchevique, aunque aquí se trata más bien de seguir afianzando a los voceros espontáneos del orden autocomplaciente en que vivimos inmersos, plagado de pactos espurios, genuflexiones y complicidades solapadas.

El asunto vino acompañado, cómo no, de muchas alusiones en tono lastimero de los presentadores y entrevistados (evocadora de los usos sacerdotales en la misa) a la tolerancia y el anhelo de prevenir aún la violencia venga de donde venga, a “cuidarnos entre todos en esta hora que a todos aflige”, a mirar con atención el abismo que nos circunda, aunque el abismo sea para unos la olla común y, para otros, el bello jardín de su casa. Aunque ese “cuidado mutuo” omite las más de las veces a una porción vastísima de la ciudadanía, que sigue viviendo las consecuencias abrumadoras de la desigualdad instalada en el curso de los años. Estas cosas incómodas no se mencionan en esos discursos bienintencionados, y a los que insisten en mencionarlas se los tilda no pocas veces de aguafiestas, no es el momento de plantearlas, así como antes “no era la forma”. Para el orden imperante, el momento y el protocolo nunca parecen ser los oportunos.

Pero lo que suscita mayor crispación en quienes asisten al despliegue mediático es

esa convergencia gradual de los antiguos discrepantes y presuntos opuestos. Una ley conocida de la sociología clásica señala que los conversos o individuos que abandonan un grupo suelen ser los mayores defensores de la nueva colectividad a la que adhieren y los críticos más acérrimos de su antiguo grupo. Se vuelven, en suma, más papistas que el Papa. La derecha adora a los tráfugas y conversos, pero el precio por admitirlos en sus salones es, al parecer, la idolatría explícita, la genuflexión perpetua de esos recién llegados. En otros casos, el comportamiento parece más próximo al Síndrome de Estocolmo, esa inclinación de quien ha sufrido un gran dolor hacia el representante emblemático de quienes se lo ocasionaron.

Decía el maestro Cortázar en alguno de sus cuentos que “no se puede combatir largamente a un adversario sin terminar por parecersele”. Es una conclusión poco alentadora, pero muy real: los extremos se tocan y hasta se juntan a veces, y gentes que parecían irreconciliables terminan mimetizándose, cocinando a dos voces un guiso que en principio les parecía incomible. Es una tendencia a la mescolanza de factores originalmente excluyentes, fundada en la repentina o gradual percepción de sus conveniencias mutuas, aun cuando luego se pretenda eludir esas conveniencias en el discurso y, en vez de contubernio, se hable por ejemplo de “garantizar la gobernabilidad”.



Alme Yutronic, Umbrella (óleo sobre madera), 2019 (@almeyv - www.alme.cl)

La trampa de los consensos

Un espíritu tan reaccionario como Margaret Thatcher tenía cuando menos la gracia de oponerse a eso que en la jerga política cúpular suele denominarse “los consensos”. Decía ella que el mecanismo para dirimir la estancia en el poder eran las elecciones y punto. Si luego de obtener una mayoría exigua, un partido buscaba el consenso con la oposición estaba en algún sentido estafando al electorado, que había hecho ya su preferencia mayoritaria. Distinto, según ella, a la función de los partidos bisagra: en el anfiteatro europeo, al menos, ha ocurrido no pocas veces que gente de talante claramente conservador termine coexistiendo un rato con partidos verdes u otras fuerzas progresistas minoritarias. Yuri Zhivago, en la novela inmemorial de Pasternak, lo decía de manera algo más poética y con un matiz socialdemócrata: “Con cada nuevo régimen he padecido sufrimientos y pérdidas, solo en las malas novelas aparecen los hombres divididos en dos bandos irreconciliables que jamás entran en contacto”. Puede que la convergencia de opuestos no sea un mal irremediable, y que hasta resulte necesaria en el juego político, pero a veces hiede.

Esa modalidad que hiede fue, qué duda cabe, el caso de nuestra transición a la democracia, con las cúpulas concertacionistas y del antiguo régimen súbitamente entreveradas y todas en un mismo lodo revolcadas, ese lodo que por años se revistió de alegría y esperanzas colectivas, dando pie a ese guiso peculiar que desde su hora inicial evidenció un gusto amargo y cierta propensión a la complicidad entre los antiguos adversarios, cuando ya coincidían en los salones, en ese espacio afín que ahora tendía a reunirlos en la cumbre, los unos gestionando el Palacio de Gobierno, los otros en las entidades empresariales. Hasta los milicos seguían dando vueltas por ahí, en los mismos salones que acababan de abandonar tan ufanos.

El tema de los pactos anduvo por un rato, hasta que comenzó a volverse en efecto un plato indigesto para buena parte de la ciudadanía. Esto es un dato de la causa y un hecho indesmentible hoy. Quedó patente en el estallido de octubre y el millón y tanto de santiaguinos que salieron a las calles un día, pese a que hoy se juegue interesadamente a barrer bajo la alfombra esa disconformidad mayoritaria con maniobras comunicacionales o la complicidad espuria de la televisión abierta. O con las encuestas que proclaman el reinado inminente de Lavín a la cabeza de nuestros destinos, que el futuro nos pille confesados.

Se ha rotulado ocasionalmente a este interés mutuo de los adversarios entre sí como “amistad cívica”, pero que nadie se engañe: esa amistad cívica, al menos en nuestro caso, ha alimentado más bien el amiguismo y el compadrazgo y los pactos bajo cuerda para seguirse cuoteando lo que podríamos llamar la “torta-país”. A cuyo reparto, los ciudadanos de a pie llegamos siempre a destiempo. Es hora de que eso cambie, aun en las circunstancias presentes. Parafraseando en el buen sentido a aquel personaje devoto del napalm que Robert Duval encarnaba en *Apocalypse Now*, “un día esta epidemia se acabará”. ■

*Escritor.

Dilemas y desafíos de la universidad en época de pandemia

Pensando en un nuevo modelo universitario

por Dante Castillo* y Mario Torres**

Desde que las universidades del viejo continente decidieron cerrar sus aulas y estimular las estrategias del teletrabajo, el sistema de educación superior chileno observó con preocupación el escenario que se le avecinaba. Pero, una vez que las autoridades políticas y administrativas nacionales cedieron a las presiones de la sociedad civil y científica, inclinándose y autorizando la paralización de clases presenciales, la preocupación de las rectorías universitarias se transformó en angustia.

En un modelo educacional tan *sui generis* y extravagante como el nuestro, sostenido en la actividad privada y ajustado a las leyes de la oferta y la demanda, la inquietud por la solvencia y liquidez financiera emergió de manera inmediata. Desde el comienzo de la crisis, sistemas escolares, como el universitario, se han esforzado por asegurar un financiamiento mínimo, que les permita sobrellevar este periodo sin poner en peligro la viabilidad institucional. En Chile, las instituciones escolares y de educación superior comparten la misma intranquilidad que tiene actualmente una industria de zapatos o de publicidad. Es decir, si no se cuenta con personas dispuestas y con posibilidad para pagar por los servicios y productos ofrecidos, la empresa simplemente quebrará. Sabemos desde hace al menos 30 años, que en nuestra sociedad no hay distinción entre las categorías de “clientes” de una empresa privada y “estudiantes”.

De esta forma, la angustia por la forma en que las universidades pueden asegurar su funcionamiento, sin la presencia y el pago oportuno de la mensualidad estudiantil, es compartida por todo el sistema de educación superior. Pero en analogía con las empresas del mundo productivo, industrial o de servicios, los dilemas en que se encuentran las universidades también presentan algunas diferencias. Para estimar el grado de intranquilidad financiera de las instituciones universitarias, lo primero que se debe considerar en Chile, es el tipo de “cliente” que se está atendiendo. En primer lugar, nuestro mercado educacional, cuenta con universidades públicas y privadas que concentran y seleccionan estudiantes pertenecientes a los grupos socioeconómicos altos y medios altos. Para este primer tipo de universidades, la educación a distancia es una opción posible y viable para asegurar su oferta y funcionamiento. Cuentan con recursos disponibles y condiciones instaladas tanto sus organizaciones como en los hogares de sus estudiantes. Esta condición de base permite mantener el equilibrio entre la calidad del servicio ofrecido y la satisfacción del estudiantado.

Pero, en este abanico de ofertas universitarias, también se encuentran las instituciones de educación superior que atienden a los estudiantes que se ubican en los grupos

socioeconómicos más pobres del país. Estas universidades, públicas y privadas, son las que enfrentan los mayores problemas de financiamiento. La ley de gratuidad les otorga un cierto respiro económico, al menos a algunas de ellas, dependiendo de la cantidad de estudiantes que tengan matriculados con este beneficio público. Dicho en otras palabras, la relativa tranquilidad económica dependerá del porcentaje de estudiantes que cuentan con este beneficio público. Pero, aunque esta “ayuda estudiantil” puede aliviar la liquidez inmediata de algunas universidades que atienden al estudiantado vulnerable, ello no asegura la operación a mediano y largo plazo. Varias universidades que pueden acceder a la ley de gratuidad requieren, para su viabilidad económica, el pago de la mensualidad del porcentaje restante de estudiantes que no cuentan con este beneficio. No hay que olvidar que, entre los criterios para acceder a la gratuidad, las universidades deben estar acreditadas con tres o cuatro años, según los criterios de la CNA. Pero, para acceder a una buena acreditación de calidad, varias universidades que atienden a la población pobre han debido realizar inversiones e instalar protocolos de funcionamiento que dejan muy baja su “línea de flotación” financiera. Este escenario es aún más complicado para las universidades que no cuentan con vínculos empresariales o no tienen “espalda” para asegurar el acceso al crédito bancario. Para las universidades que no cuentan con gratuidad o que atienden mayoritariamente a estudiantes y familias provenientes de sectores pobres o de clase media, sensibles a la cesantía y vaivenes del mercado laboral, su horizonte próximo es la quiebra y el cierre.

Horizonte de cierre

Ante este escenario, las autoridades han procurado y trasladado las mismas medidas de apoyo que se anunciaron para apoyar a la industria y al sector productivo nacional. La principal (por no decir la única), es el acceso a créditos con aval de Estado y con condiciones especiales. El Fondo de Garantía para Pequeños Empresarios (Fogape), se levantó como una solución estatal que originalmente se diseñó para garantizar que las instituciones financieras, tanto públicas como privadas, otorguen liquidez a micro y pequeños empresarios. Pero, a la fecha se ha incorporado de manera transi-

toria a las medianas y grandes empresas. De esta forma, las universidades al igual que cualquier empresa que no cuenta con garantías, o que éstas son insuficientes para acceder al crédito de las instituciones bancarias, están siendo avaladas por el Estado. Sin perjuicio de este apoyo, es prácticamente seguro que algunas universidades, tal como muchas empresas nacionales, entrarán en una fase de cierre.

Por otra parte, a los desafíos financieros también hay que agregarle las complejidades didácticas y curriculares de una educación a distancia. Una apoyada en las tecnologías de la informática y la comunicación virtual. En esta dimensión, la segregación por tipo de estudiantado atendido (nicho de mercado), también impacta de manera diferenciada en las universidades chilenas. Más allá de la relevancia que adquiere una buena conexión y equipamiento informático, tanto en las casas de los académicos como en los hogares de los estudiantes, la implementación de los planes y programas de estudios universitarios han sido diseñados para el trabajo presencial. Por lo mismo, la implementación de trabajo académico on-line, se ha traducido en un reto mayor.

Una evaluación relevante

Si antes del estallido social y de la crisis sanitaria, solo el 1% de las carreras universitarias disponía de una oferta educativa a distancia, apoyadas en clases virtuales sincrónicas o asincrónicas, en la actualidad, el 90% de la oferta académica está realizándose de manera digital. En otras palabras, las universidades contaron con menos de un mes para invertir sus procedimientos. Un cataclismo o cambio paradigmático que obligó a las instituciones de educación superior, a levantar una improvisada oferta que, hasta la fecha, desconocemos sus efectos en la implementación curricular y en la efectividad de una didáctica apoyada en lineamientos generales y, en académicos que las llevan a cabo con prácticas disímiles, en función de sus propias competencias y dominios digitales. Por lo mismo, en cuanto estén las condiciones apropiadas, resultará imprescindible evaluar y comparar los distintos niveles curriculares en la educación superior. Esto significa que se debe contrastar el currículum universitario que está señalado en los planes y programas de estudio, con el currículum dictado por el cuerpo docente y con el conocimiento que finalmente que es apropiada por el estudiantado. Esta evaluación es relevante, en el entendido que es de interés público establecer las competencias y habilidades con las que egresan los futuros profesionales.

La evaluación de los tres niveles de la implementación curricular es también, una preocupación por la equidad en los resultados de la formación universitaria. No basta con “simular” que enseñamos y “simular” que aprendemos. El análisis curricular en los tres niveles antes señalados es un criterio con el que debe evaluarse la educación a distancia y para determinar, si un sistema educativo puede continuar activo o bien, debe-

ría momentáneamente detenerse y concentrarse en un rediseño que asegure la calidad de la enseñanza y de los aprendizajes.

Del mismo modo, es sabido de antemano que el retorno a la “nueva normalidad” tendrá que convivir con el distanciamiento social y la educación a distancia. Por lo mismo, las universidades requieren de tiempo y dedicación, para diseñar y probar la implementación del currículum bajo estas nuevas condiciones. Este escenario curricular futuro también necesita de un soporte económico que permita adaptar las salas de clases, los laboratorios y las prácticas profesionales al distanciamiento social. En síntesis, el año 2021 enfrentará el desafío de contar con sistema mixto que incluirá, clases presenciales, clases sincrónicas en plataforma informática y clases grabadas dispuestas en las aulas virtuales que actuarán como repositorios digitales de cada clase.

Nuevas demandas

Lo anterior, supone atender los desafíos y dilemas de contar con un cuerpo académico que responda a estas nuevas demandas. En términos de perfeccionamiento se deberá responder cómo y en qué capacitar a las y los académicos universitarios para responder a sus nuevos roles. También se debe saber cómo se financiará el trabajo de un docente que deberá impartir una clase presencial y luego la misma de manera virtual sincrónica y posteriormente otra copia grabada de forma asincrónica. Lo anterior, en el entendido que se seguirá trabajando con un estudiantado en cuarentena o con enfermedades de base que le impedirán asistir presencialmente a la universidad. Las respuestas a estas y otras muchas preguntas relacionadas con el trabajo universitario del año 2021, requieren de recursos y tiempo, para el diseño y ejecución de una modalidad de clases semipresenciales.

Por último, el sistema universitario también está siendo desafiado en la dimensión emocional y convivencial. Los y las estudiantes y sus familias muestran evidencias de agotamiento emocional y technoestrés. La conjunción de la crisis social, sanitaria y económica, auguran un fin de año complejo y pronostican un año 2021 que también tensionará la salud psíquica y mental de todos los actores universitarios. Ello se traduce en un cuarto desafío para la gestión universitaria.

Si las preguntas aún están en construcción, todo indica que las respuestas estratégicas a los desafíos y dilemas del sistema de educación superior chileno serán atendidas de manera desprolija e improvisada, debido al modelo económico que sostiene al sistema universitario. La triada de crisis social, sanitaria y económica, han acorralado al modelo universitario nacional, tal como la ciudadanía lo está haciendo con la esfera política y administrativa del país. ■

*Investigador PIIE

**Vicerrector de la Vicerrectoría de Transferencia Tecnológica y Vinculación con el Medio. UTEM.

La intimidad perdida

por Dr. Pedro Palominos Belmar* y Mag. Juan Barrientos Maturana**

Para nuestras generaciones, una pandemia era vista como antiguos recuerdos que la historia almacenaba y mostraba en imágenes en blanco y negro. Las tumbas, los cuerpos famélicos, la saturación de hospitales y las caras de angustia ante una pandemia eran imágenes del siglo XX ante la fiebre española en 1918. Con la ilusa creencia que situaciones así no podrían repetirse en el mundo “moderno”, vimos (y vemos) pasar los horrores del Sida, la gripe aviar, el ébola y el reciente virus H1N1. Pero nada nos había preparado para enfrentar la situación que hoy vive el planeta, con millones de personas enclaustradas en sus hogares y con la amenaza cierta de contagiarse. Consideremos que hay sectores sociales y segmentos etarios en donde las probabilidades de perder la vida en el contagio es alta. Este virus que tímidamente se presentó en una lejana ciudad oriental hace solo seis meses y que no era más que una curiosa nota del noticiario, hoy tiene a toda la especie humana en busca de una solución.

A mediados de junio 2020 en Chile hubo más de 8 millones de personas en cuarentena, siendo la totalidad de las comunas del Gran Santiago sometidas a este régimen de enclaustramiento social. Con una totalidad de 167 mil contagiados en solo 100 días y más de 3 mil personas fallecidas la emergencia no ha sido fácil para este país. En medio de esta catástrofe nacional, se produjo el cambio de ministro de Salud como una manera de dar nuevos aires a esta lucha que por el momento se pierde, pues la llamada “batalla de Santiago” no logra frenar el avance sistemático de contagios y víctimas fatales.

Respecto a las consecuencias, sin duda la primera es la enorme cantidad de fallecidos. Las notas de prensa que describen la saturación de hospitales, escasez de tumbas, servicios funerarios colapsados solo agregan más detalles a esta pesadilla casi irreal que se vive. Luego tenemos el frenazo económico que implica la propagación del virus, cerrando mercados, frenando la producción y el consumo, generando la quiebra de miles de empresas. Todo esto repercute en un creciente desempleo.

¿Qué pasa con la pérdida de la intimidad?

Tan importante como añejo, es el derecho a la privacidad. Tenemos derecho a vivir sin dejar rastro de nuestras acciones, preferencias y opiniones. Pero esa quimera hoy es un lujo. Las miles de huellas que dejamos en nuestras interacciones con los teléfonos inteligentes, tablet y computadoras, van configurando un perfil que es valorado por las empresas de mercadeo y que por ende es comercializado. Ahora bien, cuando estas huellas las vamos dejando como producto de la expresión de nuestros intereses (por ejemplo en el uso de las redes sociales) de alguna manera (adecuadamente informada o no) autorizamos a quienes administran las redes, a usar y eventualmente vender la información de nuestros perfiles. Pero ¿qué ocurre cuando esta información



Concepción Balmes, de la serie Zurcido a mano, 2017 (Gentileza Galería Artespacio)

pasa a ser propiedad de los organismos gubernamentales?

La desobediencia social que se ha podido ver en tiempos de pandemia, cuando las autoridades han insistido en la necesidad del aislamiento social y la urgencia de quedarse en la casa, nos deja postales tan preocupantes como absurdas de cientos de personas paseando por los centros comerciales, viajando hacia sus segundas viviendas, atiborrando los supermercados o incluso haciendo fiestas clandestinas. Esta irresponsable conducta ciudadana nos pone frente al cuestionamiento de si es posible suspender algunos derechos con la finalidad de velar por el bien común. Este argumento permite decretar estados de emergencia que posibilitan que nuestro país ya entere tres meses con un régimen de toque de queda nocturno. Pero a pesar del uso de estas herramientas legales, persiste la transgresión de las medidas y en ese escenario el uso de la tecnología parece sensato cuando el objetivo final es el bien común.

En este escenario nos precipitamos hacia una sociedad digital forzada por los eventos y las tecnologías disponibles, dejando de lado los conceptos de privacidad,

intimidad y libertad. Las tecnologías de la información están disponible, y hemos podido ver cómo con no poca polémica se han implementado en Europa Apps que tienen como finalidad saber de manera exacta los movimientos de cada persona a través de la ciudad y con esa información saber quién, cómo y cuándo podría estar alguien infectado con el coronavirus. La generosa plataforma que nos brindan los Smartphones, y por sobre todo su tan extensivo y abrumador uso permiten que cientos de millones de datos circulen segundo a segundo por todo el mundo, abriendo el apetito de quienes pueden obtener beneficios de esa información. El primer paso lo dio el gobierno chino que mediante el uso de códigos QR identifica a los ciudadanos permitiendo saber quiénes están contagiados, con quiénes se han reunido y por dónde han transitado (por cuáles calles, qué estaciones de metro, qué centros comerciales han visitado etc.). Mediante esta información, entrega indicaciones a quienes deben guardar cuarentena de manera inmediata por haber estado cerca de una persona con Covid. Esta medida impulsada por China, se ha considerado una herramienta pode-

rosa para lograr controlar la pandemia en la ciudad de Wuhan. En Europa el gobierno italiano implementó Inmuni, una aplicación que a través del uso del Bluetooth permite saber con quiénes estuvo una persona. Cuando alguien es declarado con Covid envía mensajes a todos quienes estuvieron en contacto con esa persona para generar los aislamientos forzados. En Francia la aplicación StopCovid es de una lógica similar, con la diferencia que los teléfonos intercambian mensajes encriptados luego de estar 15 minutos a menos de un metro de distancia. Por su parte en Alemania se utiliza la aplicación llamada Corona – Warm – App desarrollada por Google y Apple. En Chile existe CoronApp que tiene una función básicamente informativa frente a la emergencia sanitaria.

A pesar de los razonables y urgentes fines que persiguen estas aplicaciones (frenar los contagios), las alertas no han parado de sonar a propósito de lo invasivo de las aplicaciones en relación a la vida privada, y por sobre todo en que uso se le dará a esta información una vez superada la emergencia. Parecemos estar en la novela 1984 de George Orwell, sabiendo que “El Gran Hermano te vigila”, con sus tres consignas de partido; “la guerra es la paz”; “La libertad es la esclavitud” y “La ignorancia es la fuerza”. Los gobiernos se han apurado en aclarar que la información es anónima y que solo es usada con fines sanitarios. ¿Podrían estas aplicaciones ser una fuente con la cual los gobiernos tener información de sus opositores políticos? ¿En qué lugares del planeta algunos especialistas en inteligencia nacional podrán estar observando los movimientos de cada uno de nosotros con fines sanitarios, pero por qué no también con fines electorales, comerciales y de persecución? El gobierno chino ya ha anunciado que sus Apps seguirán siendo utilizadas cuando sea superada esta contingencia sanitaria, y medidas similares se observan en India y Rusia.

La Constitución Política de la República de Chile asegura a todas las personas “El respeto y protección a la vida privada y a la honra de la persona y su familia, y asimismo, la protección de sus datos personales”. Existe además la ley de protección de datos personales aun en tramitación en el senado. Hay esperanzas que estos principios puedan orientar la gestión de las ciudades inteligentes, para no convertirnos en esclavos de nuestras propias creaciones y de las personas que están detrás es éstas.

Hoy somos capaces de sacrificar muchas de nuestras libertades individuales con la finalidad de enfrentar esta emergencia. El incumplimiento de las medidas, fundamenta la necesidad de sacrificar derechos en pos de preservar la vida. Pero la crisis pasará, entonces tal vez tendremos que dirigir nuestros esfuerzos en recuperar lo que hemos perdido. Nuestro simple y saludable derecho a la intimidad. ■

*Director Smart City Lab Usach

** Investigador Smart City Lab Usach

Las medidas para afrontar la pandemia y sus resultados

La peste, el agobio, las drogas y la guerra

por Ibán de Rementería*

La Peste es el uso por el poder de una pandemia para controlar a la población, el agobio es la imposición a alguien de un esfuerzo excesivo o sufrimiento, las drogas son sustancias que le permite al usuario manipular sus neurotransmisores para conseguir estados de ánimo que le hacen posible soportar, soslayar o simplemente reposa de las circunstancias adversas que lo agobian. La guerra que en términos políticos es la continuación de la política por medio de la violencia, también es empleada como una metáfora del poder para publicitar que se está haciendo cargo de una manera extrema de un asunto público de difícil manejo.

Resulta proverbial que en Chile la guerra contra el corona virus sea el instrumento que le ha permitido al gobierno y los partidos de centro derecha y derecha, así como a los agentes del modelo económico y social neoliberal, que pululan por todos los partidos políticos, asociaciones gremiales y de la sociedad civil, controlar su derrota política apabullante a partir del estallido social del 18 de octubre de 2019, que se venía incubando en las últimas dos décadas (años 2003, 2007, 2011, 2019). Si la instrumentalización política del coronavirus resuelve la pandemia es algo que está por verse, sobre todo en cuanto a los costos sanitarios y en vidas humanas, pero hasta ahora ha logrado que el gobierno pueda controlar tanto la “pandemia social” así como se apreste a controlar la “pandemia económica” resultante de las anteriores.

Esto último no es menor, ya que para financiar las ayudas sociales y económicas se recurrirá al endeudamiento internacional, ejerciéndose así la más grande operación de “financiarización de la política”, esto no es sólo local también es global. Como lo ha estudiado Thomas Pikety esta operación global generará un proceso de redistribución del ingreso entre quienes viven de su trabajo y los que viven del capital, en favor de aquellos, como aconteció durante la Primera Guerra Mundial, la Crisis Mundial de 1929 y la Segunda Guerra Mundial, la novedad, nada de sorprendente, que serán las súper ganancias del capital financiero internacional, lo que ha comenzado a hacerse manifiesto, acompañado de una mayor capacidad de consumo y endeudamiento de las mayorías empobrecidas.

El encierro obligatorio

La política sanitaria para controlar la pandemia de coronavirus mediante el confinamiento o cuarentena está mostrando su fracaso, aún no es el momento para hacer ese análisis, pero ya ha tumbado a un ministro de Salud. No obstante, el confinamiento obligado ha tenido un efecto esclarecedor sobre las condiciones económicas, sociales, culturales y mentales de las familias chilenas, se ha dicho que han tenido que mirarse en el espejo

cerrado de su vida cotidiana, densificada en unos cuantos metros cuadrados las 24 horas del día, los siete días de la semana, es allí y en esas circunstancias donde han aflorado en el seno de las familias chilenas los padecimientos y agobios expresados en sus formas extremas de ansiedad, depresión, violencia intrafamiliar contra mujeres, niñas y niños, adultos mayores, autoagresiones, intentos y suicidios, la dependencia extenuante a videojuegos y programas de entretenimiento en TV y redes sociales, también se cae en el uso abusivo de tabaco, alcohol, psicofármacos y drogas, así como aflora la tendencia a los consumos dependientes y adictivos a esas sustancias. El Servicio Nacional para la Prevención y Rehabilitación del Consumo de Drogas y Alcohol (Senda) está realizando un estudio sobre esta nueva modalidad de consumo y demanda de drogas, en las actuales condiciones de la pandemia y el confinamiento, cuyos resultados de pronto no nos deparen muchas sorpresas, pero si las pongan de presente.

Lo que precisamente ha demostrado la peste es que nuestra situación de precariedad y desprotección social no es comparable con la que viven las poblaciones de los países con los que nos gusta compararnos de Europa, o con los casos de Uruguay y Cuba en América Latina.

Hacer la calle

Las propuestas de confinamiento extremo de la población como la “hibernación” planteada por la ONG Espacio Público que es teóricamente plausible, pero de imposible aplicación

real dada la situación objetiva de precariedad y desprotección que obliga a algo así como a un tercio de la población en edad de trabajar a romper el confinamiento para “hacer la calle” y llevar algo para comer a su hogar, aquello que púdicamente se llama el “trabajo informal”. Lo anterior ha sido explícitamente reconocido por el gobierno y parte importante de la oposición al aprobar en “acuerdo nacional” el Ingreso Familiar de Emergencia (IFE) que trata de universalizar un ingreso por persona de 100.000 pesos chilenos mensuales (126 dólares) por tres meses, lo que puede ser de compleja accesibilidad para sus beneficiarios como lo ha sido la “cajita de alimentos”. El IFE tiene por función esencial hacer posible que los precarizados, pobres y marginados, históricos o a causa de la pandemia, se abstengan de “hacer la calle”, lo cual se está reforzando con una ley que aumenta las penas previstas en el artículo 318 de Código Penal, por los delitos contra la Salud Pública con privaciones de libertad de tres o más años, la cual ya ha sido aprobada por el Congreso.

Pero vamos a la guerra de las drogas. En estos días el presidente Sebastián Piñera relanzó una nueva ofensiva de la guerra contra el narcotráfico que ya había preparado el ex ministro Andrés Chadwick. Tanto este ex ministro acogido a obligado retiro político como ahora el presidente se han propuesto, desde junio del 2019, para mejor combatir el narcotráfico hacer una nueva reforma a la Ley de Drogas -Ley 20.000- donde se destaca “promover la persecución patrimonial de narcotraficantes” y la “eliminación de la referen-

cia al concepto de pureza”, lo primero ya está previsto por la ley, mientras que lo segundo quiere acabar con un impasse persistente entre la persecución penal y el poder judicial y así se propone: Terminar con la interpretación que los tribunales hacen sobre aquello. Por ejemplo, en 2015, la Corte Suprema anuló diez juicios a microtraficantes por no poder establecerse la pureza de la droga. Y otra de las iniciativas que Interior busca impulsar en el Congreso tiene que ver con la incorporación de los laboratorios de Carabineros y de la PDI en el análisis de droga incautada. Lo anterior, ya que se ha detectado una sobrecarga de trabajo tanto en el Instituto de Salud Pública (ISP), como en los servicios de Salud al efectuar los análisis de las sustancias, causando retraso en las investigaciones (Fuente: Emol.17.06.2019). De lo que se trata aquí es de construir pruebas de narcotráfico a partir de pequeñas cantidades para el “uso personal, exclusivo y próximo en el tiempo” lo cual no constituye delito, como lo hemos indicado en otra parte, de los detenidos por porte o tenencia de drogas el año 2013: “el 49,2% portaba hasta un gramo de cannabis, el 69,9% hasta dos gramos y el 93,8% hasta 10 gramos de esa sustancia...; el 44,6% portaba hasta un gramo de PBC y el 63,5% portaba hasta 3 gramos, el 72,3% hasta 10 gramos, en el 20,4% de las causas por PBC no se reporta la cantidad incautada; el 46,6% portaba o tenía hasta un gramo de clorhidrato de cocaína y el 61,6% hasta tres, el 70,2% hasta 10 gramos, el 20,4% de las causas por esta sustancia no reporta la cantidad” (de Rementería, I. Las Drogas de los Detenidos, Editorial Aun Creemos en Sueños-Le Monde Diplomatique, Santiago 2016, p.67).

Por otra parte, se ha afirmado que la nueva demanda de drogas generada por la peste no puede ser suplida porque el cierre de las fronteras estaría impidiendo su ingreso al país, lo cual estaría desatando un guerra de “quitas” para abastecer esta nueva demanda creciente, sobre esto no hay estudios de precios en el país que sean significativos, pero a nivel internacional se ha identificado un alza de precios en los mercados consumidores y una caída de los mismos en los territorios productores de drogas.

Narcos y Estado

Con la peste surge una nueva amenaza del narcotráfico: ellos reparten ayuda en sus barrios, esto es al decir de alcaldes y alcaldes de municipios populares, donde los narcos están reemplazando al Estado en las ayudas de emergencia, ahora con alimentos, con ayudas a las y los más desvalidos en asuntos de salud, abusos, urgencias económicas y, entre otras cosas, ante la delincuencia común, sobre todos los “domésticos” que lo hacen en sus propios barrios. Cualquiera que lea con cuidado a Mario Puzo y vea con atención la saga cinematográfica de El Padrino de Francis Ford Coppola, se percata que las mafias son unos sindicatos del crimen que mantienen un cierto orden en los delitos donde la población en general no se siente víctima de aquellos, cuando el Estado no es capaz de lograr su control, pero que sobre todo termina con la delincuencia común de baja monta y, por cierto, abusadores de todas las clases. ■

*Miembro de la Corporación Ciudadanía y Justicia y Vicepresidente de la Red Chilena de Reducción del Daño.



Rodrigo Cabezas, Bouquet Narco (boceto digital), 2020

La campaña presidencial de 1970

Cómo fue desbaratada la campaña del terror contra Allende

por Jorge Magasich*

Durante la campaña electoral de 1970, irrumpe por segunda vez una “campaña del terror” instigada desde fuera de Chile. La primera, perpetrada durante las elecciones de 1964, fue tan virulenta que colocó a la izquierda a la defensiva. Pero en 1970 no consigue el mismo efecto. Una acción audaz de la Juventud Comunista, combinada con los trabajos de una Comisión de la Cámara, consigue poner a la luz operadores y financistas, sin duda intermediarios de “dineros foráneos”.

Si en 1938 hubo una campaña contra el Frente Popular que calificaba a los radicales de “tontos útiles” utilizados por los comunistas para instaurar una dictadura, la primera Campaña del Terror moderna arranca durante la campaña presidencial de 1964. Los discursos de Eduardo Frei Montalva acusan a la izquierda de proponer “el camino del marxismo-leninismo: de violencia moral y política; de omnipotencia del Estado”; llevar a Chile “hacia la órbita del mundo comunista”. Al mismo tiempo aparecen grupos como *Foro de la Libertad de Trabajo (1)*, *Acción Chilena* y *Comité Nacional Pro-Defensa de la Democracia* provistos de “dineros foráneos”. En toneladas de afiches y numerosos programas radiales afirman que Salvador Allende obligará a la clase media a compartir sus casas con familias humildes, incendiará iglesias, arrancará los hijos a sus madres para enviarlos a Cuba e instaurará “el paredón” (2). La campaña influye especialmente al electorado femenino, y coloca la izquierda a la defensiva; ésta consagra buena parte de sus mensajes a rebatir las acusaciones.

Dos fondos

En 1970, el Comité 40, encargado de dirigir las operaciones ocultas estadounidenses, decide no apoyar ningún candidato en las elecciones de septiembre 1970. Pero sí aprueba “operaciones destructivas” contra la Unidad Popular, influenciado por los informes de Agustín Edwards que describen a Allende como una amenaza, cuenta David Rockefeller en sus memorias. El informe *Covert Action* explica que el presidente Richard Nixon resuelve “aumentar los subsidios clandestinos a los grupos que se oponían a Allende”, y precisa que “la CIA gastó entre U\$800 mil y un millón en operaciones encubiertas destinadas a afectar el resultado de la elección presidencial”.

El 25 de marzo, el Comité 40 aprueba U\$125 mil solicitados por la CIA y por la embajada de EEUU en Santiago para lanzar acciones de “propaganda destructiva” destinadas a impedir la victoria de Allende. El segundo fondo es pedido por el embajador Edward Korry, el 18 de junio, para acrecentar la campaña e influir en la votación parlamentaria después de la elección. Obtiene U\$300 mil suplementarios.

Por entonces, ya se practica la propaganda negra. En diciembre de 1969, cuando la UP debatía sobre el candidato, El Siglo publica

un falso afiche *Pablo Neruda o ningún otro*, firmado *Luis Corvalán*, destinado a perjudicar la unidad de la izquierda. El 23 de agosto, por televisión, Allende denuncia la existencia de un falso programa de la UP.

La segunda campaña del terror

La ofensiva parte con una falsa encuesta. El 2 de julio, el periodista Rafael Otero difunde un cable de la agencia italiana ANSA afirmando que el Eisy, un organismo vinculado al Mercado Común Europeo, efectuó una encuesta en Chile: Alessandri 40,9%; Allende 34,6% y Tomic 24,5%, “trabajaron en silencio, como técnicos de verdad”. Pero ANSA y el representante del Mercado Común desmienten (3).

La campaña es un *remake* de la de 1964. Un aluvión de avisos radiales y de inserciones de prensa alertan contra los sistemas que aplastan la libertad, o que desatan el terror y la violencia, donde todo pertenecerá al Estado. Entre ellos el afiche con tanques soviéticos frente a La Moneda con la frase *En Checoslovaquia tampoco pensaban que esto sucedería*. Pintan la frase *Allende es comunismo, comunismo es hambre/odio*. Aviones lanzan 20 millones de volantes con una fotografía de Allende y una frase terrorífica que se lee con lente de aumento; cien mil calendarios con la frase *Virgen del Carmen patrona de Chile, sálvanos del comunismo*, y distribuyen otras tantas “tarjetas de racionamiento” (4). Surge un formulario apócrifo de inscripción a una inexistente “reforma urbana” donde se pregunta si está en condiciones de recibir moradores permanentes en su casa, y si no explicar por qué.

Firman grupos desconocidos como *Chile Joven*, *Independientes de Chile*, *Movimiento de Renovación Nacional* y *Acción Mujeres de Chile*. Ninguna de estas publicaciones lleva el pie de imprenta exigido por la ley, salvo la revista *La Palmada en la Frente* donde el caricaturista Luis Goyenechea Lugoze describe lo que “sucedería” en Chile si gana Allende.

El diputado DC Luis Maira obtiene la organización de una Comisión investigadora de la Cámara sobre la legalidad de los auspiciadores de la propaganda negra, y sobre la encuesta atribuida a la agencia ANSA. Pero los organizadores permanecen ocultos...

La empresa Andalién

El PC se entera que la campaña se organiza desde la empresa publicitaria *Andalién*, situada en Teatinos 251, 8vo piso, dirigida por el ex oficial naval Salvador Fernández Zegers. Había sido la única en aceptar una campaña en favor de la compañía cuprífera Anaconda.

El martes 21 de julio a las 18h10, irrumpen veinte jóvenes comunistas: 15 paralizan los ascensores y vigilan las entradas; cinco entran a las oficinas, pistola en mano. Ponen manos arriba a seis empleados y al gerente, mientras buscan documentación, sin encontrar gran cosa. Hasta que uno de ellos se percata que Fernández Zegers no suelta su maletín. Se lo quitan. Contiene documentos reveladores que serán recibidos por la Comisión parlamentaria el 27 de julio.

Hay presupuestos, comprobantes de pago y listas de financistas. Andalién tiene a car-

go ocho equipos que han pegado cerca de un millón de afiches; sólo en junio ha gastado la suma sideral de E°2,2 millones en inserciones en 40 radios y 22 diarios; ha distribuido 100 mil ejemplares de *La Palmada en la Frente* y nueve números de la revista *Idea*, orientada hacia las elites. Los temas proyectados son: “burocracia y Estado”, “Libertad de trabajo”, “Justicia (paredón)”, “pornografía en diarios”, “intelectualidad rusa sometida a prisión”, “flota rusa a las puertas de Valparaíso”, y “desfile militar ruso en Santiago”.

Aparecen vinculados Sergio Onofre Jarpa, Julio Durán, el dirigente alessandrista Eduardo Boesch, el diputado Patricio Mekis, y la directiva gremialista de la FEUC que recibe E°30 mil. Entre los donantes figura el *Bank of America*, el *First National City Bank*, la *Anaconda*, y una impresionante lista de empresas (5).

Manuel Fuentes, quien será encargado de propaganda de Patria y Libertad, afirma que el “hombre de las platas” es Carlos Urenda Zegers, un abogado que Agustín Edwards había colocado en el directorio de la Universidad Santa María, director de un instituto privado editor de la revista *Ideas* (6). Fuentes cuenta que Urenda lo contrató junto a Juraj Domic Kocevic, el especialista en “comunismo” de *El Mercurio*. Acuerda pagarlos en tres cuotas. Alquilan un departamento e integran a René Gateño Hasson, Gastón Sarmiento Torres y Juan Carlos Poblete Ilharreborde. Allí diseñan los volantes lanzados por aviones, las falsas tarjetas de racionamiento, y el “santito” con la Virgen anticomunista (7).

¿Quién provee?

La Comisión, presidida por Bernardo Leighton, concluye que, con la “encuesta” de ANSA “se ha cometido un fraude publicitario de extrema gravedad [...] ha sido factor importante de la maquinación ilícita que ha hecho premeditada y conscientemente una empresa publicitaria, SEPA”. Y la empresa Andalién sirve, al parecer, de centro coordinador a una vasta campaña publicitaria que orienta campañas distorsionadoras de la voluntad ciudadana. Identifica varias infracciones a la ley y emite recomendaciones: que la propaganda lleve firma responsable, que sus gastos se manejen con celo contable, y fiscalizar las agencias de publicidad como las sociedades anónimas (8).

Pero sobre todo instala la pregunta ¿quién provee a Andalién? *El Mercurio* del domingo 16 de agosto publica una inserción con ocho columnas de firmantes -el primero es de Jovino Novoa- quienes dicen haber contribuido al “financiamiento de Chile Joven”, pues hace “una campaña anticomunista de verdad”. Sus recursos “proviene exclusivamente de aportes libres y patrióticos de centenares de personas y sectores privados”.

La verdad es que la campaña del terror fue financiada por la CIA y dirigida por Henry Hecksher, su jefe en Chile, aconsejado por Marcos Chamudes, director de la revista *PEC* (9). El capítulo *The 1970 Election: A ‘Spoiling’ Campaign* (campaña de ruina) de *Covert Action*, describe los carteles, folletos, la propaganda radial; el slogan “su pare-

dón” pintado en 2.000 muros, la explotación de la invasión a Checoslovaquia y de la situación de Cuba “avisando que una victoria de Allende significaría el fin de la religión y la vida familiar en Chile”. “Otros agentes, todos empleados de *El Mercurio*, facilitaron que la Central generara más de una editorial al día guiada por la CIA”.

Es probable que las empresas y los firmantes que se declaran financistas de Chile Joven, hayan sido intermediarios. Y tal vez recibieron una comisión por el “servicio”. El Arzobispado de Santiago, por su parte, hace leer en las misas una severa condena a la utilización de la imagen de la Virgen.

¿Qué impacto tuvo la campaña del terror en 1970? Fue sin duda menor que en 1964. La maniobra era conocida; fue demasiado grotesca; y, esta vez, la izquierda reacciona con firmeza y a tiempo: consigue poner a la luz el origen espurio de la campaña y de su financiación. Esta visión es ampliamente aceptada, incluso por el propio subdirector de *El Mercurio* Arturo Fontaine quien considera -en 1999- que la campaña del terror fue “todavía más burda y desproporcionada que la que dio el triunfo a Frei” (10), aunque su diario la practica intensamente en 1970.

Pero su efecto no fue nulo. Allende sólo conseguirá un 5% más que los votos del PC y del PS en las parlamentarias de marzo 1969, cuando el PR obtuvo 13,6%. Lo que significa que casi dos electores radicales sobre tres no votaron por Allende. Aunque se necesitaría un estudio adecuado para establecer una relación entre la campaña del terror y la desafección radical, al menos se puede formular la hipótesis que tal relación es posible, incluso probable. ■

1. Lo dirigen Oscar Ruiz Tagle, Javier Echeverría Alessandri, Oscar Rocuant, y Ricardo Claro

2. Casals Marcelo, 2016, La creación de la amenaza roja. Del surgimiento del anticomunismo en Chile a la ‘campaña del terror’ de 1964, LOM 318-321; 336

3. Ercilla 5/8/1970

4. Fuentes Manuel, 1999, Memorias secretas de Patria y Libertad, 65-71

5. El Mercurio, Tierra Amarilla, la Compañía de Inversiones la Chilena Consolidada y la Compañía de Inversiones Amolana, (de Edwards), Sociedad Agrícola San Fernando; Cemento Polpaico; Sofruco; Compañía Chilena de Fósforos; Compañía Chilena de Tabacos; Viña Concha y Toro; Sociedad Ganadera Tierra del Fuego; Sociedad Ganadera Laguna Blanca. Hay contactos con la Papelera, la distribuidora codina (presididas por Alessandri) los bancos de Chile, Español, y Sudamericano, y las empresas de Pedro Ibáñez, Compradora de Maravilla y Compañía de Comercio Montemar

6. Labarca Eduardo, 1971, Chile al rojo, 310-317; Herrero Víctor, 2014, Agustín Edwards Eastman. Una biografía desclasificada del dueño del El Mercurio, 283-287

7. Fuentes, 1999, 65-71

8. El Mercurio, 23/8/1970

9. Korry, 1996, conferencia en el CEP, 59

10. Fontaine Arturo, 1999, Todos querían la Revolución. Chile 1964-1973, 69

*Historiador.

Nota:

Le Monde Diplomatique inicia en este número una tercera serie artículos sobre el trienio 1970-1973 de su colaborador el historiador Jorge Magasich. Las dos anteriores han sido publicadas en los libros *Allende, la UP y el golpe* (2013) y *Datos históricos sobre la Democracia Cristiana* (2018). Todos estos artículos son parte de una “Historia de la Unidad Popular” cuyo primer volumen será publicado por ediciones LOM, este año.

El futuro que llegó

Crónica de un mundo que se acaba

por Leonardo Padura*

En 1984, año elegido por George Orwell para su célebre novela distópica –más parecida al mundo de 2020–, un joven reportero recorría Cuba con la sensación de que ese mundo estaba llegando a su fin. Hoy, devenido en gran escritor, Leonardo Padura siente que hemos llegado al futuro. Con una certeza, no era el que soñaba.

1.

Fue 1984 el año que George Orwell escogió para ubicar la trama de su novela distópica y futurista titulada justamente así, *1984*, en la que de una manera dolorosamente profética el escritor británico logró crear la imagen de una sociedad organizada sobre el miedo y el control, muy parecida a la que hoy, en 2020, vamos viviendo. Y fue también en 1984 el año en que terminé de escribir mi primera novela (1).

Yo trabajaba entonces como reportero en un vespertino diario cubano llamado *Juventud Rebelde* y desde hace un tiempo esa etapa de mi vida, que cubrió toda la década de 1980, comenzó a parecerme un período un poco irreal, que estaba seguro de haber vivido pero, a la vez, en muchas ocasiones me daba la sensación de que lo había inventado, o al menos, retocado. Y no hubiera sido extraño: con mucha frecuencia la gente tiende a idealizar el pasado como mejor remedio para resistir su tremendo peso. Hoy, en medio del año 2020, aquella época de mi existencia ya me parece como si la hubiera vivido en otra encarnación, como dicen los budistas que nos debe ocurrir. ¿O solo será que me estoy poniendo viejo?

El mundo que entonces yo habitaba, y la manera de entenderlo a mis casi treinta años de entonces, está poblado de circunstancias y realidades que hoy parecen demasiado remotas, sencillamente extrañas. Era, entre otras cosas, el todavía estricto universo político bipolar en el que las tensiones entre bloques iban desde el peligro de la conflagración atómica hasta los boicots a los Juegos Olímpicos, y donde la gente apostaba, de forma militante, por la victoria histórica de uno u otro bando. Fue, además, aquel período que estimábamos como la cumbre de la modernidad en el cual, sin embargo, todavía nadie tenía computadoras personales y por tanto



Francisco Sepúlveda, En búsqueda de los sueños perdidos, 2018 (www.francisco-sepulveda.com)

tampoco Internet y mucho menos teléfonos celulares y todo lo que le cuelga a la revolución de la tecnología, la informática, la biotecnología y otras ciencias que cambiarían la estructura del mundo incluso con más consecuencias que las provocadas por la desaparición del socialismo en Europa del Este y la implosión de la URSS. ¿Quién en esa fecha tan literaria de 1984 podía pensar que, en unos pocos años, ya no existiría el país de los soviets que encarnaba las aspiraciones de un mundo mejor que, luego lo supimos, en aquella URSS no fue demasiado mejor?

Era, también –y esto no es cuestión menor en el caso cubano– un tiempo durante el cual en la isla podíamos vivir con nuestro salario y en que un periodista como yo tuvo el extraño privilegio de escribir en un medio oficial del país de lo que quería y como quería, con una libertad que todavía hoy me parece imposible y que debe resultar impensable a los que en Cuba practican esta profesión.

Fue justo en ese año y como resultado de mi labor periodística, cuando escribí un texto que sería profético. Lo titulé como este que escribo hoy: “Crónica de un mundo que se acaba”. Por fortuna, mi trabajo no tenía que ver con pandemias sanitarias, aunque sí con pandemias humanas: la del dominio de la naturaleza en la que los *sapiens* andamos metidos hace ni sé qué cantidad de millones de años, como los indetenibles depredadores que somos.

La historia que contaba en 1984 tenía que ver con un paraíso natural que, por diversas razones, había sobrevivido a la furia desatrollista del siglo. Aquel edén se encontraba en una hilera de islotes –cayerío lo llamamos en Cuba– ubicados en el centro norte de la isla mayor... precisamente los cayos por los que, en tiempos de la Segunda Guerra Mundial, navegó durante meses Ernest Hemingway. A bordo de su mítico yate “El Pilar” el escritor se dedicó, con un grupo de amigos, a la caza de submarinos alemanes que, según informaciones que algunos consideraban alucinadas (luego documentalmente comprobadas), llegaban hasta las costas cubanas a reabastecerse de combustible... vendido por figuras del ejército nacional de la época.

Aquellos cayos, algunos cenagosos, otros premiados con largas playas de aguas cristalinas, en 1984 permanecían más o menos iguales que en el momento en que Hemingway los recorrió, para, entre otras cosas, poder escribir después su novela *Islas en el Golfo*, donde cuenta, entre otras, esa peculiar aventura.

Cubiertos de manglares y cocoteros, infectados de mosquitos, visitados por bandadas de elegantes flamencos rosados, muchos de los rincones de este archipiélago jamás habían sido pisados por el hombre occidental. Sin embargo, en el mayor de esos islotes (bautizado Cayo Romano) aún vivía la familia de apellido Fals, una de las pocas

que se había asentado allí décadas atrás y había trabado relación con Hemingway y sus compañeros de cacería. Otras familias que en su momento vivieron en Romano habían huido hacia las ciudades del interior del país, vencidas por la dureza de la vida en esos parajes donde la única actividad económica posible era la pesca y la extracción de corales.

Cuatro días anduve con mis acompañantes (pescadores, dos colegas escritores, un fotógrafo) por el archipiélago de los Jardines del Rey, asombrándome por la sobrecogedora belleza de una naturaleza semejante a la que encontró Cristóbal Colón al “descubrir” la isla de Cuba y vender la primera postal turística del país. Dicen que Colón dijo: esta es la tierra más hermosa que ojos humanos vieron. Pudo haberlo dicho.

Días después, al ponerme a redactar mis peripecias del viaje, una extraña premonición me asaltó como una certeza: aquel mundo que recién yo había conocido, casi inalterado desde los días de la Creación, estaba amenazado de muerte. Su geografía, su forma de recibir al forastero, la vida de sus moradores resultaban trágicamente anacrónicas en 1984. Y por eso titulé el reportaje “Crónica de un mundo que se acaba”... y, lamentablemente, ese mundo se acabaría unos pocos años después cuando aquel cayerío del norte cubano fue conectado con la tierra firme por un sistema de invasivas carreteras conocidas como “pedraplenes” y

pronto varios de ellos poblados con hoteles para turistas del mundo capaces de pagarse el sol, la playa y la langosta sacada del mar cercano... El insólito paraíso natural preservado desde siempre, había sido conquistado para disfrute de los voraces seres humanos, los dueños del planeta.

2. Recuerdo aquella crónica porque hoy vuelvo a tener la certeza de estar viviendo en un mundo que se acaba... o que ya se acabó. Una forma de entender la vida, de desarrollar nuestras existencias, de relacionarnos entre las personas e incluso entre los países que ya está haciendo parecer remoto el modo en que asumíamos todas esas conexiones hace apenas un año... por no decir cómo lo entendía el joven romántico y esperanzado que era yo en 1984, cuando escribí mi primera novela, también romántica y esperanzada.

La sacudida que en los primeros meses de este 2020 les ha dado a los dueños del planeta la llegada de una molécula capaz de afectarnos como un virus letal, ha tenido el poder, sobre todo, de alarmar nuestros más esenciales temores. Y ahí han aflorado el miedo a la muerte, el primero de ellos; el terror a los forasteros, a los extraños, el segundo; el pavor al otro, el posible infectado, el más dramático de todos, entre otras revelaciones. Y de esos miedos viscerales, podríamos decir que eternos y existenciales, han derivado las condiciones para propiciar la tormenta perfecta de un cambio que sobrevolaba a la humanidad y que la pandemia ha catalizado.

Cada vez con más frecuencia, en análisis y comentarios generados por la presencia de la pandemia del Covid-19, aparece una denominación socio-política y hasta cultural que hace unos años nos hubiera parecido extraña: la llegada de la era “posglobal”.

La desaparición del mundo bipolar que existió hasta 1990, el triunfo del modelo económico neoliberal que anunció incluso el fin de la historia (o su culminación evolutiva), sumado a la gran revolución tecnológica y digital que tomó toda su fuerza en el cambio de siglo y milenio, crearon la ilusión de que el mundo globalizado era la forma de existir y convivir que nos correspondía.

Pero tal globalización económica y social pronto comenzó a sufrir fracturas. Y algunas se concretaron de modos dramáticos y alarmantes. El ascenso de los fundamentalismos, entre ellos el islámico, promotor de la *yihad*, que se manifestó en atentados y hasta en la creación de un Estado Islámico; la crisis financiera de 2008, un anuncio de las debilidades sistémicas y de los grandes niveles de desigualdades existentes en el planeta, fue una dura advertencia; el Brexit británico que amenaza la existencia de la Unión Europea fue otra de esas rupturas; el discurso y la práctica de la rescatada grandeza rusa de un Vladimir Putin que pretende el poder eterno, es otra; la tropelosa llegada de Donald Trump a la Casa Blanca, también con sus discursos y prácticas nacionalistas de recuperar la grandeza americana (solo estadounidense, por supuesto), ha sido de las más desquiciadas, y el incontenible ascenso económico de China, un hecho que puede marcar el devenir de un siglo que algunos, ya además de “posglobal”, comienzan a llamar “pos-occidental” o “asiático”.

El futuro que nos espera hoy parece muy claramente dibujado por estas dinámicas políticas, económicas y tecnológicas de las que menciono solo las más enervantes. Un panorama que un virus con proporciones pandémicas no ha hecho más que intensificar en sus acciones y modos de manifestación.

3. Las capacidades de los humanos del siglo XXI para practicar la para muchos sacrosanta libertad individual –o el libre albedrío bíblico: nuestra responsabilidad con nuestras opciones y decisiones– parecía una de las ganancias más amables alcanzadas en buena parte del mundo. Muchos podían decidir, elegir.

La llegada de la era digital potenció esa conquista. Pero luego la manipuló como debía ser. Hoy no es un secreto para nadie que las plataformas y herramientas digitales son, a la vez, un insondable mecanismo de control.

Hace ya unos años vi una serie estadounidense titulada *Without a Trace*, en la que un grupo especializado del FBI, dedicado a buscar personas desaparecidas, utilizaba los recursos tecnológicos para su labor policial. Tarjetas de crédito, teléfonos celulares, cámaras de vigilancia, declaraciones de impuestos y otros recursos informáticos permitían a los investigadores saber hasta lo último que comió la víctima antes de desaparecer. Con o sin intención, la serie develaba hasta qué punto la privacidad ciudadana era solo una quimera.

Hace unos meses, durante una estancia en España, decidí comprar unas ventanas de las llamadas oscilobatientes para sustituir a las viejas de mi cuarto de baño. Todavía hoy, si entro en la red, me salta una oferta de ventanas oscilobatientes.

Cuando un usuario de un Kindle lee conectado a la red, él también es leído. El equipo registra las fluctuaciones de la lectura que pueden implicar satisfacción o aburrimiento, rechazo o hasta excitación sexual y... en la próxima búsqueda de lecturas posibles una Inteligencia Artificial nos propondrá los libros que ya saben que nos gustaría leer.

¿Qué algoritmo habré alertado hoy cuando, para no tener dudas ortográficas, busqué en Internet la palabra “yihad”?... Poderes ocultos y siempre en alerta, que funcionan alimentados con las informaciones que nosotros mismos les ofrecemos a través de nuestras estancias en la red, nuestros “me gusta” en Facebook (2), llamadas telefónicas y correos electrónicos, nos controlan o, al

menos, nos registran. Saben dónde estamos, qué queremos, cómo vivimos, a quién vemos. Y procesan esa información.

Gracias a estos avances de la revolución tecnológica varios países han logrado combatir con notable éxito la extensión de la pandemia. Controlan los movimientos, relaciones, temperatura corporal de las personas y un poder superior actúa en correspondencia con esa información, incluso condena o premia a las personas. También gracias a los avances de la revolución biotecnológica, la misma que decodificó el mapa del ADN humano, es muy probable que pronto tengamos la vacuna que nos inmunice contra el nuevo coronavirus.

Estas bondades de la tecnología, por supuesto, tienen un precio para los individuos y las sociedades en su conjunto: son el más sofisticado y extendido mecanismo de vigilancia y control. Lo dramático, en este caso, ha sido la dócil anuencia con que nos entregamos a esa maquinaria de los poderes económicos, políticos, ideológicos. Porque debajo de ese cruce de señales digitales ha estado actuando la eterna condición humana: nos hemos entregado por miedo a lo inevitable, el invencible temor a la muerte.

No puedo dejar de recordar que en esta crisis sanitaria universal se han puesto de manifiesto algunas de las grandes bondades del ser humano. La primera de ella ha sido la responsabilidad social, o civil, con que muchos hemos asumido las medidas de control y los confinamientos ordenados por las autoridades políticas y médicas: no solo debemos protegernos, también debemos proteger a los otros, y un responsable distanciamiento social es una forma de hacerlo. Otra, muy notable, ha sido la capacidad de sacrificio de tantas personas que, de una forma u otra, han tenido que lidiar con el virus: desde médicos y enfermeros hasta recolectores de basura. Ellos se han visto más expuestos que otros a la enfermedad y una cifra considerable, que a veces hasta ha trabajado sin las condiciones adecuadas, la ha adquirido e, incluso, muchos han muerto por salvarnos y protegernos. Y el mundo los ha aplaudido.

A la vez, con asombro, he visto a la gente entregar satisfechos cuotas de su libertad por ese insuperable temor a la muerte. Cubanos que clamaban por que se cerraran las fronteras de la isla, por ejemplo... luego de reclamar durante años el sagrado derecho a viajar libremente, sin restricciones oficiales o políticas.

El mundo, ante una desgracia “posglobal” de alcance global, ha reclamado la solidaridad y la cooperación como forma de combatir la desgracia. O al menos una parte del mundo, de ese mismo mundo que se degrada con un cambio climático provocado por los seres humanos, una catástrofe al cual otra parte del mundo no le hacía mucho caso. Esa solidaridad y la cooperación que unos niegan, y otros conceden, aunque muchas veces con condiciones: cada ayuda o donación debe ir acompañada por una bandera nacional para que quede bien claro, siempre a la vista, quién es solidario y cooperativo.

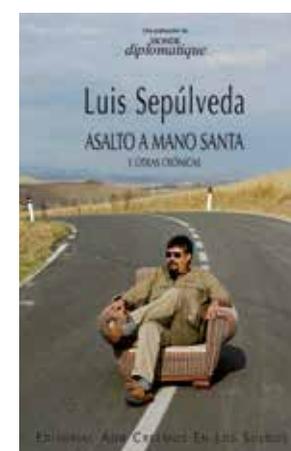
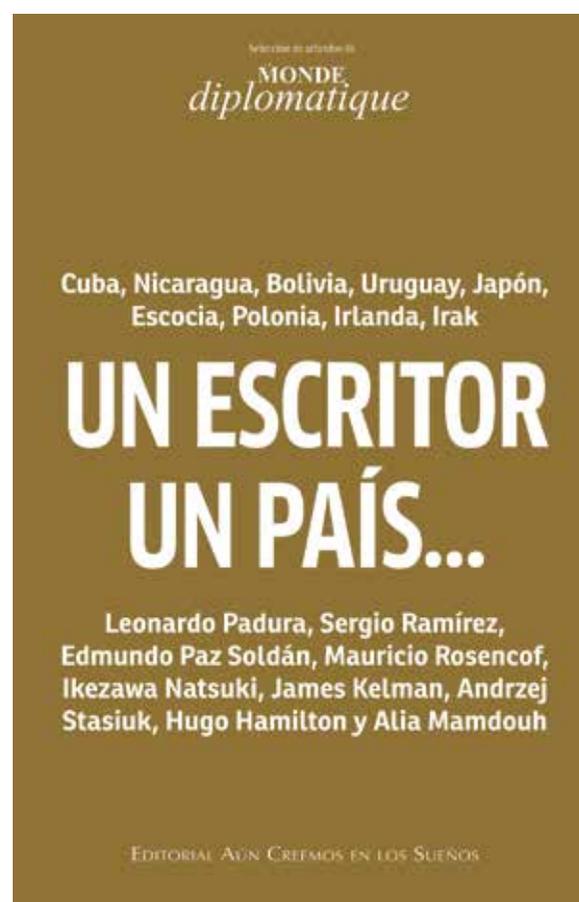
De pronto tengo la sensación de que hemos llegado al futuro. Estoy seguro, eso sí, de que el pasado no puede haber sido mejor, ni siquiera en aquellos para mí satisfactorios años de 1980, cuando era joven, romántico y vivía con esperanzas que luego la vida me permitiría alcanzar y otras que se han deshecho en el roce con la realidad. Pero tengo la sospecha, como dije hace poco, de que este futuro al que hemos llegado nunca será como lo soñé (¿cómo lo soñamos?) y tengo muy serias dudas de hasta qué punto de una existencia humana, será mejor o será peor. O las dos cosas a la vez, ¿no? ■

1. *Fiebre de caballos*, publicada por la Editorial Letras Cubanas en 1988. Hay una edición más reciente: Verbum, Madrid, 2014.

2. Escribo esto de “oídas”. No tengo Facebook, ni Instagram, ni Twitter, ni siquiera una vieja página Web. Sé, en cambio, que mis mails son leídos... no sólo por los destinatarios.

*Escritor, periodista y crítico literario. Autor, entre otros libros, de *El hombre que amaba a los perros* (Tusquets, 2009), *Herejes* (Tusquets, 2013). Su próxima novela *Como polvo en el viento*, saldrá publicada en septiembre de este año.

© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur



Libros impresos \$3.950 - Libros digitales \$2.950 en www.editorialauncreemos.cl

Emergencia sanitaria y erosión democrática en Brasil

La cabalgata autoritaria de Jair Bolsonaro

por André Singer*

El 31 de mayo de 2020, el ex capitán de paracaidistas Jair Bolsonaro, elegido presidente de Brasil diecinueve meses antes (1), abandonó el Palacio Presidencial para unirse a una manifestación que exigía la intervención militar para poner en vereda al Congreso y al Supremo Tribunal Federal (STF), la máxima institución judicial del país. Era la cuarta vez desde que, el 11 de marzo de 2020, la Organización Mundial de la Salud (OMS), cuyo trabajo es criticado por el presidente brasileño, calificó el brote de Covid-19 como una pandemia. Sin duda preocupado por que la escena quede grabada en las memorias, Bolsonaro decidió aparecer en la Plaza de los Tres Poderes, en Brasilia, montado en un caballo de la Policía Militar (PM).

Aunque había optado por una simple camisa azul, sin las condecoraciones militares que caracterizan las fotografías ecuestres de Benito Mussolini, la imagen no podía dejar de recordar al *condottiere* italiano. No era una coincidencia: un poco más tarde, el presidente publicaba en su Facebook una cita del Duce: “Es mejor vivir un día como un león que cien años como un borrego”.

Este es el clima en el que Brasil atravesó los primeros tres meses de la pandemia. Hasta entonces, el país parecía experimentar lo que el politólogo Adam Przeworski llama “autoritarismo sigiloso” (2). Este concepto refleja una lenta erosión de la democracia caracterizada por: 1. su naturaleza progresiva; 2. su respeto formal al Estado de Derecho y 3. el hecho de que la implementan líderes electos y no fuerzas externas al sistema político. No hay tanques en las calles, por lo tanto tampoco una junta militar tomando el poder.

Sin embargo, Bolsonaro ha decidido aprovechar la emergencia sanitaria para acelerar la erosión democrática. Mientras que otros gobernantes con vocación dictatorial imponían medidas de confinamiento para extender su poder, el presidente brasileño presenta la lucha *contra* las recomendaciones científicas como un combate que justifica una escalada autoritaria. Inspirado en el ejemplo del presidente de Estados Unidos, Donald Trump, Bolsonaro se erigió en uno de los primeros heraldos de la libertad individual de seguir trabajando, mientras que los gobernadores de varios de los estados del país -apoyados por el STF y el Congreso- instaron a la gente a quedarse en casa.

Con el fin de radicalizar su antagonismo con los demás poderes, el jefe de Estado destituyó a dos ministros de Salud, culpables de apoyar los análisis de la OMS, y confió dicha cartera a un general; promovió la hidroxiquina, sin prueba de su eficacia; visitó varias fábricas, donde abrazó a diferentes personas sin mascarilla y sin respetar los protocolos de distanciamiento físico; invitó a sus seguidores a ir y grabar videos que mostrarán que los hospitales disponían de camas vacías; ignoró las informaciones que documentaban el progreso de la epidemia.



Juan Pablo Neira, Ave de rapiña, 2019 (Gentileza Galería Bahía Utopica)

En otras palabras, orquestó un caos sanitario que a mediados de junio provocó la muerte de unas 1.200 personas por día, en comparación con las 30 de Argentina (con una población cinco veces menor). Con un total de más de 55.000 decesos, aun sin saber si el país ya alcanzó el peak de la epidemia, Brasil totaliza la mitad del número de muertes registradas en Estados Unidos (el mayor del mundo).

Investigación judicial

¿Cómo pudo Bolsonaro lanzar su cabalgata profascista? En primer lugar, siendo audaz. A finales de abril despidió al responsable de su meteórico ascenso, el ex juez Sergio Moro, arquitecto de la Operación Lava Jato contra la corrupción (3), y hasta entonces ministro de Justicia. ¿El objetivo? Influir en la poderosa Policía Federal (PF), el equivalente brasileño del FBI estadounidense, donde miles de policías organizan, entre otras cosas, la lucha contra la corrupción y el crimen organizado.

Desde el retorno a la democracia en 1985, los presidentes han respetado la autonomía de la institución, que pasó a ser considerada una estructura estatal y no gubernamental. En un discurso pronunciado el 24 de abril al salir del Ministerio y tras documentar las presiones para que nombrara comandantes

leales al Presidente (incluso en Río de Janeiro, donde la familia Bolsonaro es objeto de investigaciones comprometedoras), Moro se mostró incisivo: la renuncia, el día anterior, del director general del PF “pone en tela de juicio [...] el compromiso más importante que debe obligarnos a respetar la ley”.

El encarcelamiento del ex suboficial de la PM Fabrício Queiroz el 18 de junio pone una vez más en el centro de la escena los problemas de la familia Bolsonaro con las autoridades judiciales de Río de Janeiro. Queiroz -ex asesor del senador Flávio Bolsonaro, uno de los hijos del Presidente, sospechado de malversación de fondos cuando era diputado en el Estado de Río-, fue detenido por la policía en una casa perteneciente a un abogado cercano al jefe de Estado. Al cierre de este artículo, nadie podía calibrar las implicaciones de este episodio, particularmente en las relaciones entre el STF y el Presidente.

A pesar de la forma en que utilizó la justicia para perseguir a Lula da Silva y al Partido de los Trabajadores (PT), la clase media, preocupada por la lucha contra la corrupción, había considerado a Moro un héroe. Cuando acusó al Presidente de socavar el Estado de Derecho, la idea de una posible destitución de Bolsonaro circuló por las redes sociales como un reguero de pólvora. En cuestión de minutos aparecieron en las pantallas de los

teléfonos celulares los memes del vicepresidente Hamilton Mourão (un general) como un jugador de fútbol que se prepara para salir al campo de juego.

Incluso la persona designada por Bolsonaro para el puesto de Procurador General, Augusto Aras, se vio obligada a presentar un pedido de investigación tras las revelaciones de Moro. En su demanda al STF, Aras cita seis delitos que el Presidente podría haber cometido, entre ellos “obstrucción a la justicia”. La investigación llevó a divulgar la grabación de una reunión ministerial que tuvo lugar 48 horas antes de la salida del ministro de Justicia. El video no sólo confirma las acusaciones del ex magistrado relativas a la PF, sino que también se escucha a Bolsonaro pedir que la población se arme para organizar la resistencia contra los gobernadores y alcaldes. En un pasaje en el que el Presidente ilustra su perfecto dominio de los registros más vulgares de la lengua portuguesa, se deja llevar: “Quiero [...] que el pueblo tome las armas. ¡Es la única manera de que ningún hijo de puta [...] pueda imponer una dictadura aquí!”, refiriéndose a las medidas de confinamiento decididas aquí y allá.

Protege su retaguardia

Pero la audacia del epígono brasileño de Mussolini no alcanza para explicar cómo Bolsonaro se siente capaz de imitar al Duce. Su deriva autoritaria se aprovecha del aislamiento del Poder Judicial en su intento de resistir, mientras que los demás actores institucionales están inmersos en el fangal político del país. El presidente de la Cámara de Diputados Rodrigo Maia, que debe decidir si se sigue o no el procedimiento de destitución (hay más de treinta) sabe que Bolsonaro, quien ha protegido su retaguardia ofreciendo altos puestos a los partidos que dicen ser del “centro”, dispone de suficientes votos como para frustrar cualquier intento de ese tipo en una sesión plenaria.

Nadie sabe cuánto tiempo los parlamentarios del supuesto “centro” seguirán mostrándose leales a Bolsonaro. Guiados por la única preocupación de aprovechar la máquina estatal, se sabe que huyen de los barcos que empiezan a hacer agua. Pero por el momento el navío bolsonarista logra mantenerse a flote, gracias a un sólido casco: el apoyo popular y redes afines específicas, la más importante de las cuales lo une al poder militar.

Un tercio del electorado apoya a Bolsonaro desde la primera vuelta de las elecciones presidenciales de 2018 y aún lo sigue según la última encuesta de finales de mayo del Instituto Datafolha. Aunque esta base no constituye una mayoría, basta para mantener al Presidente en la montura. Sin embargo, los detalles de las encuestas sugieren que el gobierno perdería el apoyo de las clases medias, uno de los principales núcleos -no el único- que propiciaron la aparición del bolsonarismo.

Desde diciembre de 2019 hasta la resonante renuncia de Moro en abril de 2020, el Presidente perdió once puntos porcentua-

les entre los votantes cuyos hogares ganan el equivalente de cinco a diez salarios mínimos (el segundo tramo más alto). Acompaña a esta caída un movimiento de oposición surgido entre los más pobres, aquellos que habían apoyado a Luiz Inácio Lula da Silva, del PT (izquierda) y presidente entre 2003 y 2010. Entre diciembre de 2019 y mayo de 2020, la aprobación de Bolsonaro saltó al 9% entre los que perciben menos de dos salarios mínimos por mes.

Alianza con evangélicos

Es probable que este apoyo se explique, por una parte, por la ayuda de emergencia que se destina a unos 50 millones de trabajadores sin recursos durante la pandemia, en forma de tres pagos de 600 reales (unos 100 euros, mientras que el salario mínimo es de unos 1.000 reales). Estos montos se distribuyeron de abril a junio y podrían alcanzar 1.200 reales mensuales por hogar monoparental o cuando son considerados ambos progenitores. Las sumas son importantes, en particular en las regiones más pobres. Por otra parte, dado que la mitad de la población activa se encuentra en el sector informal, las declaraciones del gobierno a favor de la reanudación de las actividades económicas encuentran eco en la preocupación de muchos brasileños sin ingresos fijos: ganar lo suficiente para sobrevivir.

Algunos creen que la alianza de Bolsonaro con importantes congregaciones evangélicas puede contribuir a cimentar su nueva base popular: estas organizaciones religiosas, cuyos adeptos pasaron de alrededor del 7% al 30% de la población entre 1980 y 2019, se concentran en los barrios populares. Aunque sigue siendo católico, en 2016 Bolsonaro fue bautizado por un pastor de la Asamblea de Dios en las aguas del río Jordán en Israel.

En plena crisis sanitaria, recibió a once iglesias evangélicas en el Palacio Presidencial. El pastor más conocido del grupo declaró que Brasil “no será Venezuela, no será destruido por nadie, no fracasará” (4).

Pero la adhesión popular al “bolsonarismo” podría durar sólo mientras exista la ayuda de emergencia, que tiene pocas chances de ser permanente. Concebida inicialmente por el Ministerio de Economía con un monto de 200 reales, el Congreso multiplicó por tres la ayuda a las personas vulnerables. Se suponía que sólo iba a durar hasta junio, aunque hoy el ministro de Economía, Paulo Guedes, estudia la posibilidad de extender los pagos a julio y agosto, pero reduciendo los montos a la mitad.

El papel de los militares

En un contexto de grave recesión y desempleo masivo, la política económica que se aplique una vez que concluida la pandemia decidirá el destino del Presidente. Sus vínculos con el empresariado –uno de los sectores en los que todavía encuentra cierto apoyo– no abogan por un aumento del gasto público. A principios de mayo, casi veinte organizaciones patronales que representan una amplia gama de sectores (desde la electrónica hasta el textil) pidieron al Presidente que relajara las medidas de confinamiento y aislamiento. Entonces Bolsonaro cruzó la Plaza de los Tres Poderes rodeado por su brigada de empresarios para exigir al presidente del STF que flexibilice las medidas sanitarias vigentes.

Sin embargo, ninguno de los sectores que aún apoyan a la presidencia tiene tanto peso como el ejército. Los oficiales encabezan casi la mitad de los ministerios: una proporción mayor que bajo la dictadura militar (1964-1985). Y el vicepresidente, que en caso de destitución se

haría cargo del país, es él mismo un general de cuatro estrellas.

Hasta la aparición del coronavirus, muchos pensaban que los generales tendían a frenar al Presidente, moderando sus instintos más locos, como su amenaza de invadir Venezuela, en febrero de 2019. No obstante, una vez declarada la pandemia los militares en el gobierno adoptaron una postura tutelar: al situarse “por encima del enredo”, parecieron considerar que era su responsabilidad evaluar la relevancia de las decisiones del Ejecutivo, pero también las del Poder Judicial y el Legislativo, los gobernadores, así como las actividades de la prensa y la sociedad en general. En un artículo publicado a mediados de mayo, tras conocerse la investigación del STF contra Bolsonaro, el Vicepresidente dijo que existía un intento de “usurpar” las “prerrogativas del Poder Ejecutivo”; que “gobernadores, magistrados y legisladores” habían olvidado la teoría política de que las decisiones del gobierno nacional eran las más “sensatas” en el seno de una Federación; que algunas figuras prominentes de los gobiernos anteriores habían dañado “la imagen de Brasil en el exterior” y que “la prensa debía revisar sus procedimientos” (5).

Este texto puede ser leído como un programa para reformar la democracia brasileña. Según el antropólogo Piero Leirner, profesor de la Universidad Federal de San Carlos y especialista en Fuerzas Armadas, los militares protegen a un Presidente que puede promover su proyecto de “refundación del Estado”, como un “pararrayos sin conexión a tierra” (6).

Avanzando a la sombra de jinetes uniformados, Bolsonaro se aproxima al Estado autoritario que tanto desea. Y en caso de ser destituido, la oposición se alarma ante la

posibilidad de que el ejército vuelva al poder. Mientras tanto, el miedo y la indignación de una parte de la población dan lugar a esperanzas de frentes unitarios y manifestaciones a favor de la democracia. La prensa, cuyas relaciones con el Presidente ya no pasan por su mejor momento, se distanció definitivamente del hombre a caballo, reservándole ahora la misma hostilidad con que se habían preparado las destituciones de Fernando Collor de Mello (1992) y de Dilma Rousseff (2016). ¿Las filas de esta resistencia se unirán lo suficiente como para disolver el bloque gobernante cuando los tormentos de la pandemia no sean más que un recuerdo? ■

1. Renaud Lambert, “¿Los brasileños son todos fascistas?”, *Le Monde diplomatique*, edición chilena, noviembre de 2018.

2. Adam Przeworski, *Crises of democracy*, Cambridge University Press, 2019.

3. Perry Anderson, “Lava Jato: La trastienda del juicio”, *Le Monde diplomatique*, edición chilena, septiembre de 2019.

4. Hanrikson de Andrade y Patrick Mesquita, “Encuentro entre pastores e Bolsonaro tem oração por Congresso e STF”, UOL Notícias, San Pablo, 5-6-20, <https://noticias.uol.com.br>

5. Antônio Hamilton Martins Mourão, “Límites e responsabilidades”, *O Estado de S. Paulo*, 14-5-20.

6. Ricardo Ferraz, “Bolsonaro tem papel de ‘causar explosão’ para permitir ação ‘reparadora’ de militares, diz antropólogo”, BBC News Brasil, Londres, San Pablo, 7-6-20, www.bbc.com/portuguese/brasil

*Profesor de Ciencia Política en la Universidad de San Pablo. Autor de *O lulismo em crise* (Companhia das Letras, 2018). Entre otros artículos, ha publicado “The failure of Dilma Rousseff’s developments experiment” (*Latin American Perspectives*, Vol. 47, Nº 1, Riverside, enero de 2020).

Traducción: Teresa Garufi

En Bolivia, la revancha de la elite santacruceña contra el presidente Evo Morales

Viaje a la región que llevó al “derrocamiento del indio”

por Maëlle Mariette*, enviada especial

Llegar a Santa Cruz de la Sierra es una experiencia desconcertante. En el aeropuerto nos cruzamos con hombres engominados con trajes de tres piezas, familias menonitas de pelo rojizo, mujeres a las que alguna costumbre local parece obligar –cuando alcanzan cierto nivel de vida– a pasar por el bisturí de algún cirujano plástico y choferes de taxi que buscan clientes (que suelen tener la piel menos oscura que la suya). Luego, en dirección a la ciudad, sobre una línea recta interminable, descubrimos el calor intenso, las planicies áridas, las carretas que se ven superadas por grandes 4x4 y las concesionarias de cosechadoras-procesadoras último modelo, expuestas como vehículos de lujo, que nos recuerdan de dónde proviene la riqueza de la región. Bordeamos barrios periféricos miserables a los que le siguen residencias de lujo con piletas en el techo y gimnasios en la planta baja. Antes de llegar, finalmente, al centro antiguo de la ciudad, con su encanto colonial.

Emplazada en las llanuras orientales de Bolivia, Santa Cruz de la Sierra es la capi-

tal del Departamento de Santa Cruz, el más grande y más poblado del país. Con una superficie superior a la de Alemania, cubre un tercio del territorio boliviano y cuenta con más de dos millones de habitantes, instalados en su gran mayoría en la capital. La presencia de hidrocarburos en el subsuelo y un potente sector agroindustrial hicieron de este Departamento, que representa el 30% del Producto Interno Bruto (PIB), en la posición el “pulmón económico del país”.

Durante un viaje anterior, en diciembre de 2018, habíamos conocido a Natalia Ibañez en el avión que nos había recibido luego amablemente en su ciudad. “Santa Cruz, es la ciudad más moderna de Bolivia. ¿Vio todos esos condominios?”, nos preguntaba en aquel momento en referencia a las urbanizaciones privadas y custodiadas que pululan en la zona. “Es normal, nosotros, en Santa Cruz, sabemos invertir el dinero; sabemos hacer que dé frutos. No como esos indios que entierran el suyo en ofrenda a su ‘Pachamama’”. En ese entonces, Ibañez sólo deseaba una cosa: apartar del poder al presidente Evo Morales, ese “indio iletrado”.

Casi un año más tarde, Ibañez nos da cita en Divine, un “nails bar” (literalmente “bar de uñas”) flamantemente nuevo, todo de mármol y vidrio. Las empleadas, numerosas, tienen camisas blancas cortas, zapatos con plataforma y lentes de contacto color azul, que las hacen parecerse a las cantantes intercambiables que desfilan por las pantallas colgadas de las paredes que reproducen el canal MTV. Las clientas del salón, por su parte, se empeñan en hablar entre ellas sólo en inglés (hasta que la falta de vocabulario las obliga a volver al español). Es que el *non plus ultra*, aquí, consiste en parecerse a los estadounidenses. Así, en el aeropuerto, muchos habitantes de la ciudad dotados de la doble nacionalidad boliviana y estadounidense prefieren hacer una larga cola en migraciones para utilizar su pasaporte estadounidense antes que pasar por una fila mucho más rápida con su documento boliviano. Mientras se seca el esmalte, Ibañez nos transmite su dicha al ver su deseo cumplido. No sin cierto orgullo. Fue su primo quien “liberó a Bolivia del infierno de la dictadura”: Luis Fernando Camacho, abogado

millionario de unos cuarenta años enérgicos –y que, según la información divulgada por el Consorcio Internacional de Periodistas de Investigación (ICIJ) en abril de 2016, creó tres sociedades *offshore* con sede en Panamá, para su propio beneficio y el de varios particulares y empresas bolivianas que pudieron disimular y blanquear su dinero y establecer planes de evasión fiscal...

El golpe de Estado

En efecto, durante el mes de noviembre de 2019, un golpe de Estado apoyado por la policía y los militares derrocó a Morales, quien se encuentra desde entonces en el exilio (1). El episodio fue precedido por un paro general de veintidós días, tras los discutidos resultados de la elección presidencial de octubre de 2019, que le dieron al presidente saliente un ajustado triunfo en la primera vuelta. Durante todo este período, el Comité pro Santa Cruz, presidido por Camacho, se empeñó en avivar las llamas de la ira. La organización contaría, según su administrador Diego Castel, con “el mayor poder de movilización del país”. Camacho,

actual candidato a la elección presidencial (inicialmente prevista para el 3 de mayo del 2020, pero postergada al 6 de septiembre debido a la pandemia de Covid-19), convocó en ese momento a una movilización en la estatua monumental del Cristo Redentor, uno de los puntos neurálgicos de la ciudad, para comunicar sus consignas para continuar con las movilizaciones. “El 80% del derrocamiento del ‘indio’, fue gracias a Santa Cruz, desde el punto de vista económico y logístico”, concluye Ibañez. Con el “indio” se refiere al presidente derrocado, Evo Morales. Otra cruceña, con quien nos encontraremos más tarde, lo confirmará: Sirce Miranda refiere haber visto, todas las tardes, a su compañero y a varios miembros del Comité Pro Santa Cruz, recorrer los diferentes piquetes de la ciudad para “recompensar” a los manifestantes por movilizarse, con dinero y arroz. Impactada por lo que observó, decidió separarse de su concubino.

El Comité Pro Santa Cruz, ubicado en el centro de la ciudad, en la calle Canada Strongest, tiene su sede en un hermoso edificio colonial con un gran patio arbolado en el que flota la bandera verde y blanca de Santa Cruz. Es “el gobierno moral de los cruceños”, nos explica Castel. ¿Cuál es su rol? “Defender los intereses de Santa Cruz ante el Estado”. Aunque está compuesto por cerca de trescientas organizaciones de la “sociedad civil”, el Comité Pro Santa Cruz es, desde su fundación en 1950, una institución de elite, firmemente sostenida por la oligarquía local. Para ser candidato a la presidencia del Comité, hay que estar apadrinado por empresarios influyentes y realizar una campaña que “cuesta cara”, explica Herland Vaca Diez Busch, presidente de la institución entre 2011 y 2013.

Además, otro de los requisitos que se deben cumplir es “haber nacido y vivir en Santa Cruz desde hace más de quince años”, completa Castel. Antes de agregar: “¡Nos adaptamos al mundo moderno! Hasta hace poco, también había que ser hijo de padres cruceños”. “Hijo”, porque, lo que se olvida de decirnos es que, la influencia del “mundo moderno” no llegó a permitir que las mujeres lleguen a presidir el poderoso Comité de esta ciudad conservadora. Aunque alberga una “sección femenina”, es totalmente periférica y se limita a las relaciones sociales. Durante nuestra visita a los locales del Comité, nos cruzamos, justamente con una de las figuras de la “sección femenina”: María Carmen Morales de Prado, afectuosamente conocida como “Negrita”, cuya fiesta de cumpleaños número sesenta hizo las delicias de las páginas de espectáculos de las revistas de la ciudad. Nos explica que “el Comité es un trampolín para entrar al mundo de la política”. En efecto, la mayoría de los dirigentes políticos de Santa Cruz se formó en la escuela del Comité, uno de sus ex presidentes está en su sexto período al mando de la ciudad, mientras que otro cursa su tercero al mando de la provincia. Nos cuenta con emoción los intensos últimos meses que pasó junto a los jóvenes del Comité, “dispuestos a todo para lograr el triunfo de la democracia”. Estos jóvenes, que la llaman afectuosamente “tía”, forman la Unión Juvenil Cruceñista. El apasionado compromiso con la “recuperación de la democracia” de este “competente equipo del Comité” suele conducir a sus miembros a la cárcel por ejercicio de la violencia.

Grupo de choque

La Unión Juvenil Cruceñista dispone de instalaciones en la sede del Comité. Sus mi-



(Foto: B. Matte)

Andrea Breinbauer, La chica más bella de la ciudad, 2016 (www.andreabreinbauer.cl)

litantes se encuentran al fondo del pasillo, en el primer piso, sumergidos en un aire acondicionado glacial y sobre un piso cubierto de colillas. Son cerca de 300, menores de treinta años, blancos; suelen ser estudiantes y provienen de las clases medias y altas (aunque los miembros de las clases populares son cada vez más numerosos). Aquí, nadie se niega a hacer el saludo fascista, con el brazo extendido, durante las reuniones: la Unión Juvenil Cruceñista, considerada como un grupo paramilitar por la Federación Internacional de los Derechos Humanos, fue fundada en 1957 por Carlos Valverde Barbery, dirigente de la Falange Socialista Boliviana, creada veinte años antes según el modelo de las brigadas franquistas en España. Ser falangista sigue siendo una condición para unirse a la Unión Juvenil Cruceñista, como lo confirmará más tarde Gary Prado Araúz, abogado ante la ciudad. En un documental que narra la historia de la organización, Valverde Barbery explica: “La Unión Juvenil Cruceñista fue creada para ser el ‘brazo armado’ del Comité, se encarga no sólo de la lucha en las calles sino también del adoctrinamiento popular y del apoyo militar al Comité”. Fue en el seno de esta Unión donde Camacho dio sus primeros pasos, antes de convertirse, en el 2002, en el vicepresidente más joven, con sólo 23 años.

En su clínica privada, sentado detrás de un escritorio lleno de fotos de sus hijos y nietos y cubierto de libros antiguos sobre la historia de la región, Vaca Diez Busch nos explica que es uno de los fundadores e ideólogos del Movimiento Nación Camba de Liberación (MNCL). Según este movimiento, nos dice con orgullo, entre una bandera verde y blanca de Santa Cruz y una Virgen posada sobre un estante junto al escudo de la ciudad, Bolivia es “una suerte de Tíbet sudamericano, compuesto por los grupos étnicos atrasados y miserables Aymara y Quechua, donde reina una cultura del conflicto, pre republicana, no liberal, sindicalista y conservadora, y cuyo centro burocrático [La Paz] practica un execrable centralismo de Estado colonial que explota a sus ‘colonias internas’, se apropia de nuestro excedentes económicos y nos impone la cultura del subdesarrollo, su cultura”. Entonces, por un lado, están los *cambas*, habitantes del Oriente del país, en su mayoría blancos y “occidentalizados”; y por el otro, los *collas*, término que estigmatiza a los “indígenas” andinos del oeste del país.

Abandono del Estado

“Santa Cruz no le debe nada a Bolivia”, continúa. “Cuando nació, en 1948, esta ciudad no

era más que un pueblo, no había ni una calle asfaltada, tenía apenas 40.000 habitantes. ¡Miren ahora cuánta prosperidad! ¡Y hoy somos más de un millón y medio! Estábamos abandonados por el Estado central, que prefería ayudar a los departamentos mineros. Nosotros, los cruceños, reclamábamos más ayuda, pero como el Estado no nos la brindaba, hicimos las cosas nosotros mismos: nuestro propio sistema de agua, de telecomunicaciones y de electricidad. Estamos orgullosos de todo esto”. Y agrega: “Todo lo que se hizo en Santa Cruz, fue con el sudor de nuestra frente”. Que el Estado boliviano haya construido las infraestructuras de Santa Cruz, como sus rutas o sus gasoductos, y que haya invertido masivamente para el desarrollo de la agroindustria en la región, sector del que obtiene lo esencial de su riqueza, parece tener poca importancia a ojos de nuestro interlocutor.

Preocupado porque brindemos una representación justa de la región, de su cultura y de sus valores, Vaca Diez Busch nos propone que lo acompañemos con su hermano Tulio a pasar el fin de semana a Concepción, una pequeña ciudad de la provincia situada a trescientos kilómetros al noreste de Santa Cruz. Los dos hermanos nos llevan en un BMW y se muestran muy entusiasmados con la idea de hacernos descubrir “su Santa Cruz”, a la que se sienten profundamente apegados. “Los collas son una raza especial, ¿se entiende? Son vagos e ignorantes. Esperan que les lleguen las ayudas. Nunca tomaron la iniciativa. Yo, siempre hice lo necesario para que mis hijos no se junten con los pobres para que no se conviertan en vagos. Quiero que se bañen en el olor del dinero para que le tomen el gusto. Que aprendan de las personas que tuvieron éxito y que trabajen, porque la riqueza atrae a la riqueza”.

Tras haber alabado las lujosas características de su sedán alemán, el doctor continúa: “Nosotros, en Santa Cruz, habríamos podido tener un desarrollo mucho mayor, pero el ‘indio’ [Evo Morales] nos lo impidió. Las personas del Oeste, como él, nacieron odiándonos. Por eso nos frenaron. Con los derechos sociales, las ayudas públicas y compañía, destruyeron nuestras empresas. Basta con que tengas en tu empresa a tres mujeres que se embarazan al mismo tiempo para tener que cerrar. ¿Sabías que tenemos que pagarles un bono por amamantar que se suma al doble aguinaldo para todos los empleados de la empresa? Ese es el riesgo de hacer que las mujeres trabajen...”.

A mitad de camino, pasamos por la ciudad de San Julián, salida de la tierra hace treinta años, la mayor parte de sus 48.000

habitantes son colonos, campesinos indios que migraron del interior del país. “Esta jungla”, como la llaman los dos hermanos, es “un ejemplo de la invasión colla”, de la cual los cruceños son “víctimas”. “Estos salvajes nos tiran piedras cuando cruzamos el pueblo en auto. Además de habernos invadido, nos golpean y a veces nos matan. Hay que separarse de estos locos”, explican estos partidarios de la autonomía de la región. Mientras atravesamos el lugar sin inconvenientes y nos cruzamos con varias mujeres peinadas con trenzas y vestidas con amplias polleras tradicionales del Altiplano, el hermano del médico comenta: “No tienen nada que hacer acá, no están adaptados al medio. Ellos tienen calor, transpiran y tienen mal olor”. Sin lugar a dudas, estas indias no responden a los cánones de belleza cruceños que encarnan las “magníficas”, estas modelos de piel clara y con siluetas esbeltas que, cada mes de septiembre, posan en paños menores entre las cosechadoras-procesadoras rutilantes y los bovinos inflados con hormonas de la Feria Exposición de Santa Cruz (Fexpocruz), una verdadera institución en la región.

Miss Bolivia

Seguimos viajando en medio de inmensos campos de soja y de maíz mientras escuchamos las melodiosas voces de Aldo Peña y Gina Gil, cantantes populares *cambas*, que interpretan sus temas más conocidos: “La cruceñidad”, “Pena cruceña” o “¡Viva Santa Cruz!”. Pero, ¿qué es exactamente la “cruceñidad”? La pregunta sumerge a los dos hermanos en la perplejidad. Piensan largamente sus respuestas, a la manera de la cruceña Gabriela Oviedo, Miss Bolivia 2003, que, cuando le preguntaron sobre su país durante el concurso de Miss Universo, respondió: “Lamentablemente, las personas que no conocen Bolivia piensan que somos todos indios. La Paz remite a esa imagen, con sus pobres bajitos, sus pueblos autóctonos. Yo vengo de la otra mitad del país, de la parte este, donde no hace frío sino mucho calor, donde somos altos y blancos, donde sabemos inglés. El prejuicio de que Bolivia no es más que un país andino es falso”. Tras algunos minutos de reflexión, Vaca Diez Busch responde a nuestra pregunta citando de memoria un fragmento de... *Mein Kampf*. Pensando que entendimos mal, le preguntamos: “¿El libro de Adolf Hitler?”. “Por supuesto”, nos contesta, “es un clásico! ¿lo conoces?”.

Llevamos más de tres horas de viaje. Los paisajes son ahora más montañosos y exuberantes. Atravesamos pequeños pueblos con casas coloniales bastante bajas y con salientes cubiertas, alineadas a ambos lados de las calles de tierra. Nos cruzamos en el camino con varias Harley Davidson que cabalgan, con el pelo al viento, hombres blancos y adiposos cuyas carnes desbordan de sus camisas de cowboy, y que dejan atrás a las pequeñas motos llenas de barro de las familias de piel más oscura. Los dos hermanos están entusiasmados con el regreso a la atmósfera de su juventud, una parte de su familia es originaria de la región. Tulio Vaca Diez Busch, recuerda con nostalgia: “Eh, gordo [el sobrenombre de su hermano], ¿te acuerdas cuando le pegaron a un indio ahí en la calle, cuando lo tiraron de la bicicleta?”.

Por fin llegamos a San Javier, donde nos esperan unos compañeros “autonomistas” reunidos para colocar un mojón (una estaca de madera de 2,20 metros de altura y de 20 centímetros de ancho) en la plaza princi-

pal de San Javier, delante de la municipalidad. El organizador del evento, Joe Nuñez Klinsky, un empresario cruceño de bigote colorado, nos explica, animado por una sincera y entusiasta convicción, que “el objetivo de esta acción ciudadana es dejar marcas de la corriente autonomista en cada ciudad del país, para acompañar así el proceso que debe llevar a una Constitución Federal en Bolivia, el primer paso hacia la autonomía de Santa Cruz”. Asisten al evento alrededor de cincuenta personas, la mayoría son hombres de unos sesenta años, en jeans y camisa, con mocasines o botas camperas, sombreros en la cabeza, porta cuchillos en la cintura, Ray-Ban en sus narices y grandes relojes de oro en sus muñecas. Después de su discurso, Vaca Diez Busch –que no desperdició la ocasión de referirse a su tío Germán Busch Becerra, hijo de un médico alemán que se hizo famoso por sus proezas durante la Guerra de Chaco que enfrentó a Bolivia con Paraguay entre 1932 y 1935 y que se proclamó presidente del país en 1937– tira de la bandera cruceña verde y blanca que recubre el mojón, bajo los aplausos de la asamblea. El grupo entona entonces el himno cruceño con la mano en el corazón y agitando las banderas verdes y blancas de la región. La mayoría de estas personas, que conforman la elite cruceña, tienen tierras por aquí. Cuando les decimos “es sorprendente, ¿casi todos tienen los ojos azules como yo!”, responden: “mi padre o mi abuelo eran europeos” y agregan “hay muchos descendientes de alemanes por acá”.

Cuando termina la ceremonia, volvemos a la ruta en dirección a Concepción, hacia la hacienda de un tercer hermano, multimillonario (“¡y te hablo en dólares!”, precisa Tulio Vaca Diez Busch), propietario de concesiones de madera y de caña de azúcar, así como de criaderos bovinos, como la mayoría de los grandes terratenientes de los alrededores. Una vez que llegamos a la plaza principal de este hermoso pueblo colonial que aparece en todas las guías de turismo, nuestro compañero de ruta señala que no es su única atracción. “Aquí nació un gran hombre”, nos cuenta. Se trata del general Hugo Banzer Suárez, que fue presidente de la República en dos oportunidades: la primera vez entre 1971 y 1978, tras un golpe de Estado, cuando se implementó un régimen militar, cuyo consejero especial en materia de técnicas de represión era el oficial nazi Klaus Barbie; y luego, entre 1997 y el año 2001, ocasión en la que fue elegido democráticamente. Comemos en un restaurante de la plaza, se guardan las sobras en una

bolsa de plástico para dárselas después al “indio” que cuida la hacienda del hermano multimillonario. Con respecto a su acto de generosidad, Vaca Diez Busch explica: “Las personas que tenían el poder en La Paz nos odian, porque siempre supimos trabajar en armonía con nuestros indios”. Sin embargo, esta convivencia fraternal no resultará evidente al día siguiente, por la mañana, cuando asistimos a la misa dominical de la misión jesuita de Concepción. De un lado, están los bancos ocupados por los patrones blancos con rasgos europeos, cuyos hijos miran dibujos animados de Disney en el iPhone de sus padres; del otro, los peones indios, cuyos hijos envidian a sus pequeños camaradas. En cuanto al sacerdote, empieza así: “Nos encontramos todos, mis muy queridos hermanos y mis muy queridas hermanas, unidos aquí para que el salvaje Evo Morales no vuelva más”.

Una vez reunidos los tres hermanos, partimos con rumbo a la hacienda Berlín, a veinte kilómetros de allí. Es una propiedad de 1.200 hectáreas, donde nos espera su propietario, Oscar Mario Justiniano, en su imponente casa colonial rodeada por una ancha pérgola. No estamos solos: unos quince hombres, que ya estaban presentes en la ceremonia autonomista, acaban de llegar. Este mundillo evoluciona en conjunto desde la infancia: eran los compañeros de clase de Justiniano y Tulio Vaca Diez Busch, cuando estos últimos concurrían al colegio La Salle de Santa Cruz. Este establecimiento privado y religioso, frecuentado por los hijos de la elite local, es “el mejor de la ciudad, porque es el que cuesta más caro”, me explica uno de ellos, antes de agregar: “Supieron hacer rendir el dinero, invirtieron, entre otras cosas, en la madera y la ganadería”.

Celebran muerte del Che

Hay un cordero y dos cerdos en el asador, el personal de Justiniano nos trae bebidas frescas, el ambiente es de fiesta. Durante la comida, nos explican: “Francia es un gran país, porque tienen un gran ejército, y también armamento nuclear. Eso es ser un país desarrollado, tener capacidad militar”. Uno de sus camaradas reacciona: “Santa Cruz, es tan grande como Francia y tiene muchas riquezas. Imaginen si pudiéramos tener el ejército de Francia: podríamos luchar contra la invasión de estos bárbaros para terminar con los indios”. Una vez terminada la comida, algunos se tiran en las hamacas para digerir los kilos de carne ingerida, otros toman cerveza. Nos enteramos entonces de que todo este mundillo celebra cada año, el

9 de octubre, el asesinato del Che Guevara, ocurrido en el departamento de Santa Cruz, con el deseo de que todos los comunistas corran el mismo destino funesto.

“Yo, siempre hice lo necesario para que mis hijos no se junten con los pobres para que no se conviertan en vagos. Quiero que se bañen en el olor del dinero para que le tomen el gusto. Que aprendan de las personas que tuvieron éxito y que trabajan, porque la riqueza atrae a la riqueza”.

Porque el comunismo, es el impuesto. De este modo, bajo la presidencia de Morales, los cruceños habrían sido víctimas de una suerte de “extorsión”, como nos explica Pablo Mendieta Ossio, director del Centro de Economía de la Cámara de la Industria, del Comercio, de los Servicios y del Turismo de Santa Cruz: “El problema no es tanto la tasa impositiva, nuestros impuestos son muy bajos en Bolivia, sino los controles, que se intensificaron durante los últimos años, y multiplican las posibilidades de errores por parte de los servicios fiscales y, por consiguiente, las multas. Entonces, las empresas acumularon deudas fiscales que representan sumas muy importantes, cuyo reembolso las pondría en situaciones delicadas”. Desde la llegada al poder del general Banzer Suárez, se había instaurado en Bolivia una tradición de la amnistía fiscal (perdonazo tributario): cuando un nuevo Presidente era elegido, anulaba las deudas fiscales de las elites. Sin embargo, cuando tomó el mando del país, Morales derogó la costumbre, de manera que muchas grandes fortunas tienen hoy deudas fiscales de varios millones de dólares. Pero el gobierno *de facto* de Jeanine Áñez, instaurado tras el golpe de Estado de noviembre de 2019, está decidido a restablecer el orden de las cosas y a “poner fin a la extorsión aplicada por el gobierno precedente”, como declaró su ministro de Economía, José Luis Parada. Por ese motivo, estudia actualmente una nueva

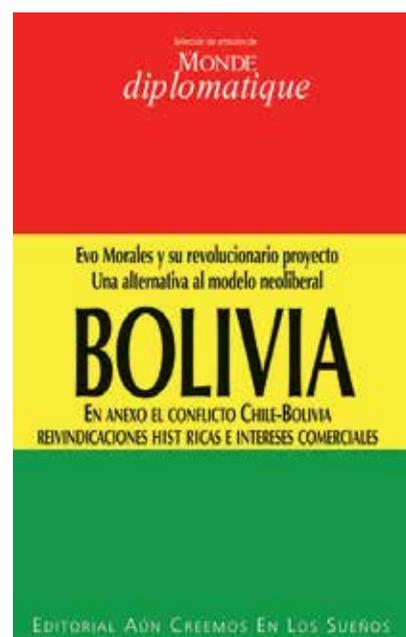
ley de amnistía, a pesar de las críticas según las cuales semejantes evoluciones legislativas no podrían ser llevadas a cabo por un gobierno de transición.

Hoy es día de culto. Un desfile de 4x4 acaba de estacionarse delante de la Iglesia cristiana de la familia y deja pocas dudas sobre la prosperidad de sus fieles. En un inmenso patio donde todos esperan la hora de la celebración, se conversa en un ambiente amigable, donde todos se conocen, mujeres con tacos aguja, hombres musculosos con camisas ajustadas de marca o jóvenes con jeans y zapatillas de última moda. Una vez que entramos al gran salón, la celebración comienza con música. Acompañado por un baterista, un bajista, tres guitarristas y un tecladista, un cantante entona canciones cristianas cantadas también por el resto de la asistencia. Las letras desfilan sobre fondos de amaneceres, de llamas o de cielos estrellados en dos pantallas gigantes colgadas de la pared mientras que un técnico hace bailar las luces de colores al ritmo de la música. Rápidamente, el tono del cantante-animador, que recobra fuerzas gracias a algunos tragos de Red Bull ingeridos entre las canciones, se hace aun más encantadora. Entonces, la asistencia levanta los brazos y canta más fuerte, se arrodilla, llora, cierra los ojos. Es en ese momento cuando entra en escena el pastor, de unos cuarenta años, vestido como sus fieles “a la moda”, con un iPad bajo el brazo, en el cual va a leer su sermón. Cuando la ceremonia termina, el pastor invita a los fieles a “agradecerle a Dios” y agrega: “Todo el mundo debe donar, aunque no tenga demasiado dinero. Porque para mostrarle a Dios que lo adoramos, hay que hacer cosas que nos cuestan”. Un estuche de guitarra depositado sobre el escenario se llena entonces rápidamente de billetes. Animado por la fe, el pastor hace la promoción de su Iglesia en su página de Facebook, donde anuncia la llegada de estrellas para dar conciertos de rock cristiano “alucinantes”. Entre dos montajes fotográficos de jóvenes mujeres de la Iglesia con la leyenda “Aquí, las chicas son hermosas, ¡únanse!”, encontramos también imágenes del pastor en compañía de Camacho, quien, “gracias a la fuerza de Dios, nos libró sobrenaturalmente del Mal”. ■

I. Renaud Lambert, “Un golpe de Estado demasiado fácil”, *Le Monde diplomatique*, edición chilena, diciembre de 2019.

*Periodista.

Traducción: María Julia Zaparart



La muerte de George Floyd, expresión brutal de las desigualdades raciales

Estados Unidos, un país minado por los homicidios policiales

por Richard Keiser*

En la historia política estadounidense, Minnesota es considerado una excepción: es el único estado que votó en contra de Ronald Reagan en 1984. La última vez que sus electores optaron por un candidato republicano a la presidencia se remonta a 1972, hace casi cincuenta años. Con el correr de las generaciones, este santuario de la izquierda estadounidense mandó al Congreso a Hubert Humphrey, Walter Mondale e Ilhan Omar, una de las dos primeras mujeres musulmanas elegidas para el Parlamento. Con estos antecedentes en mente, el homicidio de George Floyd por una patrulla de la policía y el estallido popular que desencadenó pueden resultar sorprendentes. Para un observador familiar de las Twin Cities –las dos ciudades gemelas de Mineápolis y de St. Paul; esta última, capital del Estado–, esos acontecimientos, sin embargo, no tenían nada de inesperado.

Aunque Minnesota figure entre los estados mejor posicionados del país en términos de nivel educativo, de ingresos y de bienestar, esas estadísticas, como lo recordó el gobernador demócrata Tim Walz luego de una noche de motines consecutiva a la muerte de Floyd el 25 de mayo, “sólo son válidas si usted es blanco. Si no lo es, caemos casi a la parte inferior [de las tablas de excelencia]” (1). Minnesota está clasificado en la posición treinta y nueve de la lista de estados que cuentan con más afroamericanos titulares de un diploma de fin de estudios secundarios. En proporción de negros que ejercen un empleo, cae al lugar cuarenta y cinco (sobre cincuenta), e incluso al cuarenta y ocho si se considera el porcentaje de afroamericanos propietarios de su vivienda. El salario medio de una familia blanca de Mineápolis roza los 100.000 dólares por año, mientras que el de una familia negra apenas alcanza los 28.500 dólares. Blancos y negros permanecen separados y desiguales.

Violencias mortales

Las desigualdades raciales no dejaron de crecer en Estados Unidos desde los años setenta. En consecuencia, no es sorprendente que el Covid-19 haya producido muchas más víctimas entre los negros que entre los blancos, no solamente en términos de mortalidad, sino también de pérdidas de empleo y de dificultades para llegar a fin de mes a lo largo de toda esta crisis. Los corolarios más directos del confinamiento –el cierre de las escuelas y la casi imposibilidad de trabajar– resultaron desproporcionalmente perjudiciales para los afroamericanos, y les dieron aun más razones para movilizarse, así como tiempo para hacerlo noche tras noche. Como a menudo ocurre en semejantes erupciones de ira, algunos habitantes la emprendieron contra las propiedades privadas del barrio en el que viven encerrados. Cosa más rara, los amotinados hicieron lo mismo con tiendas elegantes, restaurantes y bancos situados algunas cuadras más lejos.



Tomás Bennett, Máquina (acrílico y óleo sobre tela sin imprimir), 2014

Evidentemente, las violencias policiales constituyen la expresión más brutal de estas desigualdades. En Estados Unidos, el mantenimiento del orden es una prerrogativa local, ejercida por la ciudad o el condado, fuera del control del Estado o de las jurisdicciones federales. El Minneapolis Police Department (MPD) presenta un largo historial en materia de violencias mortales perpetradas contra los habitantes negros. Hasta el linchamiento filmado de George Floyd gozaba de una impunidad casi sistemática, a ejemplo de los agentes responsables de la muerte de Jamar Clark y de Philando Castile en el curso de los meses precedentes. Las prácticas de acoso racista son incontables. Mientras que las personas no blancas representan el 40% de los habitantes de Minnesota, estas concentran sobre sí el 74% de los casos de uso de la fuerza por el MPD. Según un estudio publicado en 2018 por el Defensor Público del condado, los conductores cuyo vehículo es buscado pertenecen tres veces de cada cuatro a la co-

munidad afroamericana, aunque esta no presente más que un habitante de cada cinco. Cuando el mismo conductor es objeto de un aviso de búsqueda, en el 76% de los casos es negro, contra solamente el 13% para los blancos. Habida cuenta de la amplitud de poderes de que disponen los policías, cualquier motivo puede justificar su intervención. Todos los negros de este país lo saben: cuando están al volante, su color de piel basta para despertar las sospechas. En las Twin Cities, pocos de ellos olvidaron las patrullas policiales que acechaban a los fugitivos en tiempos de la esclavitud.

Sindicato policial

El sindicato de los agentes de policía es uno de los engranajes clave de este sistema. En Mineápolis, el presidente de su rama local, el teniente Bob Kroll, se aseguró la lealtad de las tropas saboteando los esfuerzos entablados por los sucesivos intendentes demócratas para disciplinar a los agentes violen-

tos. Según el intendente actual, Jacob Frey, “los jefes de la policía y los representantes que intentaron cambiar las cosas constantemente tropezaron con la hostilidad del sindicato y con una legislación que protege a los autores de violencias” (2). Frey y su ex jefe de la policía, Janee Harteau, acusaron al sindicato de obstruir toda tentativa de sancionar a los agentes culpables. Estos últimos están sobre todo cubiertos por un protocolo de arbitraje negociado con el sindicato, cuyo efecto es asimilar todo abuso de poder a un acto de legítima defensa. Derek Chauvin, el agente que estranguló a George Floyd bajo su rodilla durante cerca de nueve minutos, había cosechado diecisiete quejas por violencias en veinte años de carrera, de las que solo una dio lugar a una reprimenda. En virtud de los acuerdos firmados con el sindicato, el contenido de esas quejas nunca fue divulgado. Entre los tres agentes que asistieron pasivamente al suplicio de George Floyd, dos estaban en servicio desde hace menos de un año. El tercero, Tou Thao, totalizaba seis quejas por violencias, cinco de las cuales fueron clasificadas sin consecuencias. Con uno de sus colegas había golpeado a una persona esposada en 2017. Aunque la ciudad abonó una indemnización de 25.000 dólares al demandante, Thao se benefició con la protección del sindicato y nunca fue sancionado.

El teniente Kroll, aplaudido junto a Donald Trump en un mitín en 2019, considera a los demócratas que dirigen la ciudad como traidores a su causa. Entre otras cosas, les reprocha no haber contratado más efectivos para reprimir las violencias urbanas. Sus reprimendas ilustran la mentalidad de estado de sitio y la aversión hacia la izquierda que caracterizan a las fuerzas del orden en este país. Cada vez que los jefes de policía contratados por los intendentes instauraron programas para enseñar las técnicas para aflojar tensiones o refrenar los “prejuicios implícitos” de los agentes, el sindicato frustró escrupulosamente esas iniciativas. Y cuando los representantes concibieron un proyecto de ley para obligar a los policías del MPD a residir en su ciudad, con el objeto de que vivan en las cercanías de su población, el senado local, bajo la presión del lobby policial, rechazó el texto. En la actualidad, el 92% de los agentes del MPD residen fuera de la ciudad donde trabajan.

Pefccionamiento de la represión

El intendente de Mineápolis tomó la salvable decisión de prohibir las formaciones guerreras que enseñan a los policías a percibir a cada ciudadano negro como una amenaza, un programa de perfeccionamiento muy apreciado por los policías estadounidenses, amparado en el estandarte de la *killology* (o “asesinismo”), una doctrina con pretensión científica que quiere liberar en el policía las pulsiones predatorias ocultas en cada uno de nosotros. Conquistado por esa visión del mundo, y asqueado por las ve-

leidades de “apaciguamiento” ostentadas por el intendente, Kroll replicó desenvainando su propio programa de formación, financiado por el sindicato, y también inspirado por los puntos de vista penetrantes de la *killology*. Desde su punto de vista, la política de apaciguamiento no puede aplicarse al MPD porque, dice “no está en su naturaleza. Ustedes quieren enseñarles a retroceder y eso justamente no es natural. Todo el estrés viene de ahí, de esos policías que no tienen márgenes para atrapar a alguien y decirle no, te tranquilizas o te meto en la cárcel o incluso, si es necesario, utilizo la fuerza” (3).

Kroll calificó a George Floyd de “criminal violento” y acusó a los manifestantes de pertenecer a un “movimiento terrorista”. Sus tropas le profesan una fidelidad sin límites. Fue cómodamente elegido en las últimas elecciones sindicales, ya que nadie se atrevió a presentarse contra él, y él mismo designó a su sucesor. El apego de los policías al patrón de su sindicato radica en el hecho de que este cubre sus espaldas en todas las circunstancias, incluso en caso de acciones más brutales o mortíferas, como es usual en todos los sindicatos de policía del país. Es la razón por la cual varias centrales de trabajadores grandes, en Minesota y en otras partes de Estados Unidos, directamente desaprobaron a los sindicatos de policías, en línea con el movimiento de solidaridad con George Floyd. Los lazos de complicidad orgánica entre el MPD y el sindicato matriz, sumados al hecho de que éste representa indefectiblemente a los policías, ya que votan por él, recibieron poca atención en la urgencia del momento. Kroll está cerca de jubilarse, pero la cultura de la fuerza que impregna su sindicato perdurará, tanto en Mineápolis como en otras partes, mientras no se extirpe de los servicios de policía su inclinación por la violencia coercitiva y los prejuicios racistas.

¿Y ahora? Desde el estallido de los últimos días de mayo, emergió en Minéapolis un movimiento liderado por militantes y representantes que aboga por el “desfinanciamiento” (*defund*) de la policía. En base a este apelativo mal definido, algunos entienden la idea de cortar una parte de los fondos asignados a las fuerzas del orden para reasignarlos a servicios sociales y a programas de apoyo –sobre todo a personas sometidas a trastornos psiquiátricos– bajo la égida de la *community* (“comunidad”), o de consejos barriales, cuya vocación sería hacerse cargo de una parte de las atribuciones hasta entonces reservadas al MPD. No obstante, este seguiría ocupándose de los crímenes y de los hechos de delincuencia violenta. Otros dan al “desfinanciamiento” un sentido más radical: disolver el MPD y reconstruir algo nuevo, ambición que siembra a la vez el entusiasmo (un poco) y la inquietud (mucho) en los condados blancos de Minesota.

Personas descartables

Otra consecuencia de las manifestaciones, instituciones importantes como la Universidad de Minesota, las escuelas de Mineápolis o los parques públicos de esa misma ciudad rompieron sus contratos de asociación con el MPD. Los policías que garantizaban la seguridad en los establecimientos escolares o en acontecimientos deportivos universitarios pierden así un complemento apreciable a sus ingresos, puesto que esas tareas a menudo eran efectuadas fuera de las horas de servicio. Considerada muy insuficiente por los militantes, esa ola de repudio institucional, inédita, no dejó sin embargo de tomar por sorpresa a todos los observadores. Sus efectos no serán desdeñables. Si quieren restaurar sus fuentes de ingresos, los policías podrían mostrarse más inclinados a aceptar los cambios que Kroll combatía con tanto ardor, sobre todo en momentos en que el MPD y el sindicato deben renegociar su convenio.

Por último, el gobernador del estado encomendó al Departamento de Derechos Humanos una investigación sobre las sospechas de prácticas discriminatorias para con las personas de color en el MPD. El Departamento tendrá autoridad para ordenar cambios específicos, incluso para tomar temporariamente el control de la policía y del sindicato.

Es extremadamente raro que policías que mataron a ciudadanos afroamericanos sean condenados en los tribunales, por la simple razón de que en Estados Unidos, como lo recuerda el movimiento Black Lives Matter, la vida de los negros carece de importancia. La lista de las víctimas no concluirá con George Floyd: otros nombres ya vinieron a añadirse, como el de Rayshard Brooks, asesinado por un policía de Atlanta tras haber sido interpelado por haberse dormido en su auto. Pero no se trata de un fenómeno exclusivamente estadounidense. Ya sean los negros en Estados Unidos, los migrantes en Europa, los indígenas o los sin techo en otros países, la combinación del capitalismo moderno y de un nacionalismo reavivado alteró nuestra definición de la ciudadanía y de los derechos que la fundan, creando categorías de personas descartables a las que el Estado puede quitarles la vida sin levantar polvareda. Los grupos a quienes se toma por blanco van a ser desacreditados como asociales, condenados a ser echados de las calles en los casos de los que no tienen domicilio fijo, considerados inasimilables en el de los refugiados o como un enemigo interior que desafía el orden dominante en el de las personas de color.

Víctima culpable

Es la razón por la cual el video de Derek Chauvin aplastando la nuca de George Floyd durante una eternidad corre el riesgo de no ser suficiente para acarrear la condena

del policía y de sus tres acólitos. Una infracción antigua, huellas de droga descubiertas en su organismo en la autopsia, una actividad potencialmente delictiva, como la supuesta utilización de un billete falso o la venta de cigarrillos de contrabando, puede bastar para metamorfosear a la víctima en culpable a los ojos de la mayoría blanca. Un hombre negro dotado de antecedentes penales por uso de estupefacientes –una desventaja muy común desde el auge de la guerra contra las drogas–, o por la falta de pago de una contravención, se presumirá indigno de compasión o de justicia en caso de muerte violenta. En el caso de George Floyd, el desenlace del proceso dependerá probablemente de la composición del jurado. Incluso en la hipótesis de una condena de los cuatro policías, una parte de la izquierda blanca y el conjunto del campo conservador esgrimirán la tesis de la manzana podrida para salvar al resto del canasto. Se lanzarán llamados solemnes a la restauración de la confianza hacia la policía que, después de todo, no hacen tan mal las cosas para proteger el bienestar de las clases medias y superiores blancas. Desde ese punto de vista, tal vez Mineápolis no esté tan alejada como se piensa de Nueva York, París, Sídney o Río de Janeiro. ■

1. Conferencia de prensa del gobernador Tim Walz, 31-5-20.

2. Citado en David K. Li, “State of Minesota files civil rights charge against Minneapolis police department”, NBC News, 2-6-20.

3. Citado en Ryan Grim y Aída Chávez, “Minneapolis police union president: ‘I’ve been involved in three shootings myself, and not a one of them has bothered me’”, *The Intercept*, 2-6-20, www.theintercept.com

*Profesor de Estudios Americanos y de Ciencia Política en la Universidad Carleton de Minesota.

Traducción: Víctor Goldstein

Suscríbase a Le Monde Diplomatique

Suscripción al periódico impreso: \$19.500
(Hasta el 30 de julio, después sube a \$25.000)

Suscripción periódico más libro: \$49.000
(Hasta el 30 de julio, después sube a \$59.000)

Teléfono: 22 608 35 24

www.editorialauncreemos.cl

Extracciones estratégicas en el centro del conflicto sino-estadounidense

¿Se avecina una guerra por las tierras raras?

por Camille Bortolini*

A pesar de que parecía contar con el monopolio de las tierras raras, indispensables para fabricar productos de tecnología de punta, en 2018 y 2019, China importó más de lo que exportó. Ahora bien, ¿podemos hablar de un verdadero cambio si tenemos en cuenta que sus clientes siguen siendo muy dependientes de su producción? Pekín, por su parte, no deja de amenazar a Estados Unidos con detener los envíos. Una guerra que no tiene fin.



María Ossandón Recart, Paisajes transportables (detalle), 2009 (www.mariaossandon.com)

La escena transcurre el 20 de mayo de 2019 en Ganzhou, una ciudad de unos diez millones de habitantes ubicada en la provincia de Jiangxi (sudeste de China). Xi Jinping, el presidente chino, recorre los pasillos de una fábrica de imanes de tierras raras. En esta “visita de inspección” sumamente cubierta por la prensa oficial, lo acompaña Liu He, su principal asesor económico, jefe de negociaciones con Estados Unidos y encargado de desactivar el conflicto comercial entre las dos potencias.

La fecha de la visita no era anodina: diez días antes, la administración del presidente estadounidense Donald Trump había pasado un nuevo límite en la guerra comercial al elevar los derechos de aduana sobre bienes chinos valorados en 200.000 millones de dólares. En la misma jugada Washington puso en su lista negra al gigante de las telecomunicaciones Huawei, impidiéndole así acceder a componentes estadounidenses, algunos de los cuales le resultan indispensables (semi-conductores, sistema operativo Android). Fueron dos golpes duros y sorpresivos para Pekín.

Al montar esa escena pocos días más tarde, era evidente el mensaje que deseaba enviar Xi con su visita a una fábrica de tierras raras: China tiene un instrumento capaz de devolver los golpes estadounidenses. La prensa y algunos investigadores chinos se encargaron de ponerle los subtítulos a aquella escena: China podría dejar de proveer tierras raras a las empresas estadounidenses de un día para el otro. En un artículo publicado en inglés por el periódico chino *Global Times*, el profesor Jin Canrong, que enseña relaciones internacionales en la universidad Renmin de Pekín, declaró que China “tiene tres ventajas estratégicas para ganar la guerra comercial contra Estados Unidos”, una de las cuales

es la prohibición de exportar tierras raras (1). Poco tiempo después, la organización que representa a los industriales chinos del sector se declaró oficialmente favorable a la implementación de esas medidas de represalia (2).

La amenaza tiene con qué generar preocupación dados los antecedentes: tras la detención de un barco pesquero chino por parte de la marina japonesa en el disputado archipiélago de las islas Senkaku/Diaoyu en septiembre de 2010, Pekín cortó bruscamente sus exportaciones de tierras raras a Japón -sin jamás reconocerlo públicamente-, lo cual generó una ola de pánico en los mercados mundiales.

Ahora bien, ¿qué son exactamente las tierras raras? Se trata de un conjunto de diecisiete minerales con propiedades químicas similares -entre ellos están el cerio, el disprosio, el erbio, etc.- que son indispensables, aunque a veces se utilicen cantidades ínfimas, para fabricar tecnologías claves para la transición energética (alguna eólicas, vehículos con energías nuevas) y aparatos electrónicos. Las tierras raras también son utilizadas en la industria de la defensa. Y, desde fines de los años 90, China provee en promedio el 90% de la producción mundial.

Sin embargo, solo un tercio de las reservas mundiales comprobadas se encuentran en su territorio. En efecto, el instituto estadounidense de estudios geológicos indica que las hay en los subsuelos de Brasil, Rusia, India, Australia, pero también en varios países del sudeste asiático (3). Desde el comienzo de 2010, se lanzaron proyectos de exploración en Canadá, en África austral, en Kazajistán y también en Groenlandia. Incluso Corea del Norte afirma que posee reservas gigantescas.

La victoria industrial china

Durante mucho tiempo, China estuvo muy lejos de ocupar esta posición cuasi monopolística. A fines de los años 80, bajo el liderazgo de Deng Xiaoping, el Partido Comunista Chino (PCC) adoptó una política voluntarista de desarrollo de tierras raras. En aquel entonces esta industria era dominada por Estados Unidos que, además de la mina de Mountain Pass en California, controlaba la totalidad del ciclo de transformación gracias a Magnequench, filial de General Motors y empresa insignia de Indiana cuyas actividades marchaban de maravillas (4). Sin embargo, Deng era consciente del interés geopolítico que tenía la explotación de las reservas chinas. Durante su célebre gira por el sur de China para lanzar reformas en 1992, el viejo líder explicitó su visión: “Medio Oriente tiene el petróleo, China las tierras raras”.

Desde entonces, todos los medios fueron buenos para desarrollar esta industria: las autoridades chinas cedieron tierras, proveyeron energía a bajo costo, subvencionaron la apertura de nuevas minas. No prestaron atención a las condiciones de trabajo de los mineros, sumamente precarias. Tampoco se dejaron conmovir por las preocupaciones medioambientales. En paralelo, protegieron al mercado interno de la competencia externa al reservar las actividades de extracción únicamente a industriales chinos. A medida que Estados Unidos abandonaba las actividades mineras -la mina de Mountain Pass fue el epicentro de escándalos ambientales (5)-, la producción oficial china (que no incluye la explotación clandestina, estimada históricamente en un nivel de entre el 20 y 40% de la extracción total) progresó irremediamente: 60.000 toneladas en 1998, 80.000 toneladas en 2002,

100.000 toneladas en 2004, 120.000 toneladas en 2006. La producción estadounidense se detuvo a partir de 2003, la de los demás países productores alcanzaba por entonces 1.000 toneladas anuales como máximo.

Sin descuidar su dominio sobre la fase primaria del sector, China se dedicó a atraer empresas extranjeras poseedores de desarrollos tecnológicos en materia de transformación con el objetivo de impulsar la cadena de valor. Esta captación se realizó de forma directa: en 1995, la china Zhong Ke San Huan compró la estadounidense Magnequench. Cinco años más tarde, la fábrica de Indiana fue relocalizada en la ciudad de Tianjin, al este de Pekín.

El gobierno chino también recurrió a técnicas más indirectas. Progresivamente adoptó una serie de restricciones a las exportaciones (impuestos, permisos, cuotas) para responder a las necesidades crecientes de su mercado interno y, a la vez, encarecer el aprovisionamiento de sus clientes. En 2010, cuando ya contaba con un cuasi monopolio en materia de extracción, China disminuyó drásticamente sus cuotas de exportación a 30.000 toneladas anuales. La Organización Mundial del Comercio (OMC) la condenaría cuatro años después (6), pero el daño ya había sido causado. Para afrontar el riesgo de escasez o para evitar pagar sobrecostos, empresas estadounidenses y japonesas del sector de la transformación instalaron sus actividades en China. A lo largo de toda la cadena, incluyendo actividades con mucho valor agregado como la producción de imanes, se generaron vínculos que permitieron transferir tecnología en beneficio de las empresas chinas. Estas últimas son las que hoy se imponen como las campeonas mundiales del sector.

Esta política de desarrollo ha sido una victoria industrial para China. Hoy, en su propio territorio y con sus propias empresas – como por ejemplo Shenghe –, China es capaz de extraer, separar, refinar y transformar tierras raras. El objetivo de fabricar productos de alto valor agregado, de la mina hasta la producción de componentes sofisticados, ha sido ampliamente alcanzado: hoy garantiza el 80% de la producción mundial de imanes a base de neodimio, uno de los más utilizados (para telefonía celular, motores eléctricos, aparatos de resonancia magnética, algunas turbinas eólicas, etc.).

La guerra continúa

En el plano ecológico, el balance es mucho menos positivo... El desarrollo desenfrenado de actividades de extracción ha sido sinónimo de desastre en las provincias afectadas: en el interior de Mongolia se multiplicaron los lagos tóxicos, los casos de envenenamiento con ácido sulfúrico y lo que se pasó a conocer como “pueblos del cáncer”. Una parte de la población, preocupada por los riesgos sanitarios y medioambientales, comenzó a movilizarse localmente, por ejemplo en Guangxi, para manifestar su oposición a la extracción contaminante. En síntesis, el costo ambiental de esta explotación minera es cada vez más difícil de justificar para un régimen que se sabe afectado en materia de lucha contra la contaminación, erigida bajo Xi en “batalla fundamental” del PCC.

Además, las reservas chinas, estimadas en 44 millones de toneladas, no son ilimitadas. Ahora bien, la demanda mundial debería seguir aumentando. El consumo de algunas tierras raras podría multiplicarse por veinte de aquí al 2035. Pekín se encuentra entonces en una situación paradójica en la que su control de la cadena de valor, fundamentalmente del ciclo de transformación, la obliga a prever límites a sus operaciones de extracción.

Desde 2010 las autoridades hacen esfuerzos para mantener la producción oficial entre 100.000 y 120.000 toneladas por año. Paralelamente, tratan de consolidar la industria, históricamente muy fragmentada, alrededor de grandes empresas, con el objetivo de reducir la extracción clandestina. A mediados de aquella década, se orientaron hacia nuevos socios para asegurar el aprovisionamiento de minerales: para sorpresa de todos, en 2018 China pasó a ser importadora neta de tierras raras brutas. En 2019, según las aduanas chinas, importó 47.000 toneladas de minerales de tierras raras y 36.000 toneladas de óxidos de tierras raras, dos sectores donde las importaciones ahora superan a las exportaciones. Estas tierras raras brutas o poco transformadas provienen de Australia –vía Malasia, donde la empresa australiana Lynas Corporation, por ejemplo, implantó una parte de sus operaciones de refinamiento–, de Birmania, de Vietnam o incluso de África.

El desafío de Pekín pasó a ser entonces asegurarse esas nuevas importaciones. En 2015, el gigante Shenghe firmó un contrato con una empresa australiana que explotaba una mina en Madagascar. Al año siguiente, la empresa china se transformó en el primer accionista de Greenland Minerals Ltd, compañía minera australiana, con la que selló un acuerdo que le reservó la totalidad de la producción de las tierras raras pesadas de la mina de Kvanefjeld, en Groenlandia, es decir 32.000 toneladas anuales de ese precioso mineral garantizadas una vez lanzada la producción.

Más sorprendente aún, una parte considerable de las importaciones recientes provienen de... Estados Unidos. La administración norteamericana, al haber tomado conciencia de su vulnerabilidad ante su “competidor estratégico” (7) chino, apoyó la reapertura de su sitio histórico Mountain Pass, nuevamente en actividad desde comienzos de 2018. Pero la mina todavía no está equipada con una unidad de refinamiento. Por el momento, los estadounidenses exportan a China tierras raras brutas. Los chinos las refinan, las transforman, antes de volver a exportar los productos terminados (como los imanes) al mercado norteamericano, pero también a Europa, Japón o India.

En este contexto, ¿es creíble la amenaza de un nuevo embargo chino? La imposición de nuevas medidas de restricción a la exportación podría, a corto plazo, favorecer a las empresas chinas al otorgarles un acceso privilegiado a productos terminados para los cuales es difícil encontrar soluciones alternativas en muchos sectores. Pero esto también incitaría a sus socios a diversificar sus circuitos comerciales –lo cual podría comprometer la centralidad de China en la cadena de valor–. Paradójicamente, esas restricciones a las exportaciones favorecerían a sus competidores. En efecto, probablemente crearían un “shock de oferta” y por lo tanto un aumento de las cotizaciones globales, lo cual tornaría más rentable la explotación de nuevas minas.

En todo caso, la voluntad estadounidense de no depender más de China es más que visible. En Estados Unidos, las operaciones de transformación de minerales de tierras raras provenientes de Mountain Pass deberían retomarse antes del final de este año, y el Pentágono confirmó su intención de financiar la construcción de unidades de refinamiento en suelo estadounidense. El acercamiento de la administración Trump con varios socios (Canadá, Australia en primer lugar) es observado por las autoridades chinas. En el verano de 2019, el Global Times se mofaba de la voluntad explícita del inquilino de la Ca-

Blanca de “comprar” Groenlandia, prueba, según dicho medio, de la “ansiedad” estadounidense ante la dominación china del sector de las tierras raras (8).

Un año después de la visita de Xi a la fábrica de imanes de Jiangxi, China todavía no ejecutó su amenaza de embargo. En el ruidoso conflicto que opone a las dos potencias, un cambio escapó a la atención de la mayoría de los observadores. Para el año 2020, China no disminuyó sus cuotas de producción de tierras raras, sino que las aumentó en un 10%. Tal vez se trate para Pekín de una forma de tornar más abundante la oferta con el objetivo de hacer bajar el precio mundial y frustrar antes de que nazcan los nuevos proyectos mineros codiciados por Estados Unidos.

La epidemia de Covid-19, que detuvo a las minas chinas y, más ampliamente, a la economía mundial, genera dudas sobre esos cálculos. Pero en tiempos en los que el mundo entero se pregunta sobre sus dependencias frente a China, no hay dudas de que las tierras raras volverán a estar en primer plano. ■

1. Jin Canrong, “China has three trump cards to win trade war with US”, Global Times, Pekín, 15-5-19.
2. “China rare earth groups support counter-measures against US ‘bullying’”, Reuters, 7-8-19.
3. Minerals Commodity Summaries, US Geological Survey, Reston, enero de 2020.
4. Ver Olivier Zajec, “China tiene la llave”, Le Monde diplomatique, edición Cono Sur, noviembre de 2010.
5. Cf. Guillaume Pitron, La guerre des métaux rares, Les liens qui libèrent, París, 2018.
6. Diferendo DS432, “China. Medidas relativas a la exportación de tierras raras, de tungsteno y de molibdeno”.
7. Cf. La nueva estrategia de seguridad nacional estadounidense presentada por Donald Trump en diciembre de 2017.
8. Wang Jiamei, “Greenland interest exposes US rare earth deficit”, Global Times, Pekín, 21-8-19.

*Analista económica en la Dirección General del Tesoro, en misión diplomática en Pekín de 2017 a diciembre de 2019. Los puntos de vista expresados por la autora en este texto son personales.

Traducción : Heber Ostroviesky

Sistema de producción chino “made in Italy”

Un pueblo chino en la Toscana

por Jordan Pouille y Lei Yang*, enviados especiales

En Italia, contra todos los prejuicios, el lugar europeo más destacado de la diáspora china lamentó apenas unas pocas muertes por coronavirus. Artífices de este éxito sanitario, los chinos de Prato, líderes de la industria local del prêt-à-porter, gozan de un reconocimiento tardío luego de más de veinte años de indiferencia.

Los grandes medios de Pekín se hicieron un festín con los elogios que expresó el intendente de Prato (Toscana), Matteo Biffoni, con respecto a los residentes chinos de su ciudad. “Cuando se declaraba la epidemia en China, los diarios y los canales de televisión [italianos] estaban convencidos de que Prato se convertiría en el agujero negro de Italia. En realidad, tenemos una tasa de infección mucho más baja que el resto del país y, sobre todo, no tenemos ningún ciudadano chino infectado. La comunidad china ha estado extraordinariamente atenta”, declaraba el edil el 7 de abril de 2020 en la China Central Television (CCTV). “Muchos ciudadanos de Prato estaban en China por el año nuevo lunar [25 de enero]. Al regresar, estuvieron en cuarentena voluntaria. Hay que agradecerles”, agregaba para la agencia Xinhua. Es la primera vez que se reconocía de esta manera a los chinos de Prato.

En esta ciudad industrial de la Toscana ubicada a unos veinte kilómetros al norte de Florencia, son parte del decorado desde hace veinticinco años. Compraron fábricas textiles que estaban en sus últimos días y después desarrollaron la confección. Zhou Rongjiing, el presidente de la Asociación de Comerciantes Chinos de la ciudad, no sale de su asombro: “Me puso muy orgulloso escuchar las pa-

labras [del intendente]”, le declaró al Beijing *Qing Nian Bao*, el 8 de abril pasado. A fines de enero, esta personalidad destacada organizó con las dieciocho asociaciones de la diáspora una “fuerza de intervención especial Covid”, que les impuso el confinamiento y el uso de tapabocas a los miles de trabajadores chinos, mucho antes de que lo decretara el gobierno italiano. Un equipo de voluntarios se asegura de que se respeten las reglas por toda la diáspora, y les distribuye tapabocas a los habitantes de Prato, dejándolos en sus buzones o en los estacionamientos de los hospitales. “Finalmente, se aplicó el método chino. La única diferencia es que estos voluntarios civiles no llevaban ni chaleco ni brazaleta roja”, analizó el diario, olvidando al pasar las seis iglesias evangélicas chinas, cuyos fieles también tuvieron mucha participación.

La diáspora textil

Las autoridades de Prato estiman en 31.000 la cantidad de chinos que residen en la ciudad –de los cuales una cuarta parte se encuentra en situación irregular– sobre una población total de 195.000 habitantes (1). La Cámara de Comercio local censó el año pasado 5.850 empresas chinas, a menudo individuales, de las cuales 4.280 pertenecen al sector textil. Estas nacen y mueren a un ritmo

desenfrenado: la esperanza de vida media no sobrepasa los dos años.

Esta comunidad mayormente originaria de Wenzhou, ciudad portuaria de la provincia de Zhejiang, se agrandó a partir de mediados de los años 1990, después de las grandes reestructuraciones de las empresas estatales chinas, que tuvieron como consecuencia un desempleo masivo en todo el país. Mientras en Belleville, en París, sus obreros preparan en negro y durante quince horas por día ravigoles para restaurantes asiáticos, los de Prato desarrollan el nicho del Pronto Moda: producir rápido y barato ropa prêt-à-porter para consumo masivo. Este sistema respondía –y aún responde– a las exigencias de los minoristas europeos de no esperar más dos meses por un pedido de ropa, gozando al mismo tiempo de la seductora etiqueta del “made in Italy” (2).

Desde hace mucho tiempo, en Prato, los obreros textiles trabajan, comen y duermen en el taller, y usan sus magros salarios para devolverles el dinero a los pasadores. Sus empleadores, también de Wenzhou, viven una vida lujosa, paseándose en autos de alta gama. En consecuencia, han proliferado negocios, restaurantes y salones de té específicos para la comunidad.

En 2008, cuando surgió la crisis financiera, las últimas fábricas de tejido de alta gama

que estaban en manos de italianos aceleraron su declive mientras que los talleres de confección chinos seguían prosperando. Sin embargo, la evasión fiscal se volvió un tema de indignación: la policía financiera italiana descubrió flujos de dinero no declarado entre la Toscana y China estimados en 1.000 millones de euros por año, de los cuales dos tercios provenían de Prato. Al año siguiente, el candidato de la derecha berlusconiana Roberto Cenni ganó las elecciones municipales en ese bastión comunista, después de una campaña virulenta contra la comunidad china y sus “30.000 esclavos”.

La tragedia de Teresa Moda tuvo lugar el 1 de diciembre de 2013: siete obreros chinos murieron presos de las llamas en su taller que, como tantos otros, no contaba con salida de emergencia. La ciudad estableció un día de duelo. Alessandro Fabbrizzi, el Secretario General local de la poderosa Confederación General Italiana del Trabajo (CGIL) exhortó a Prato a dejar de ser “la ciudad de la ilegalidad” (3). Las paredes se llenaron de grafitis que llamaban a “actuar”.

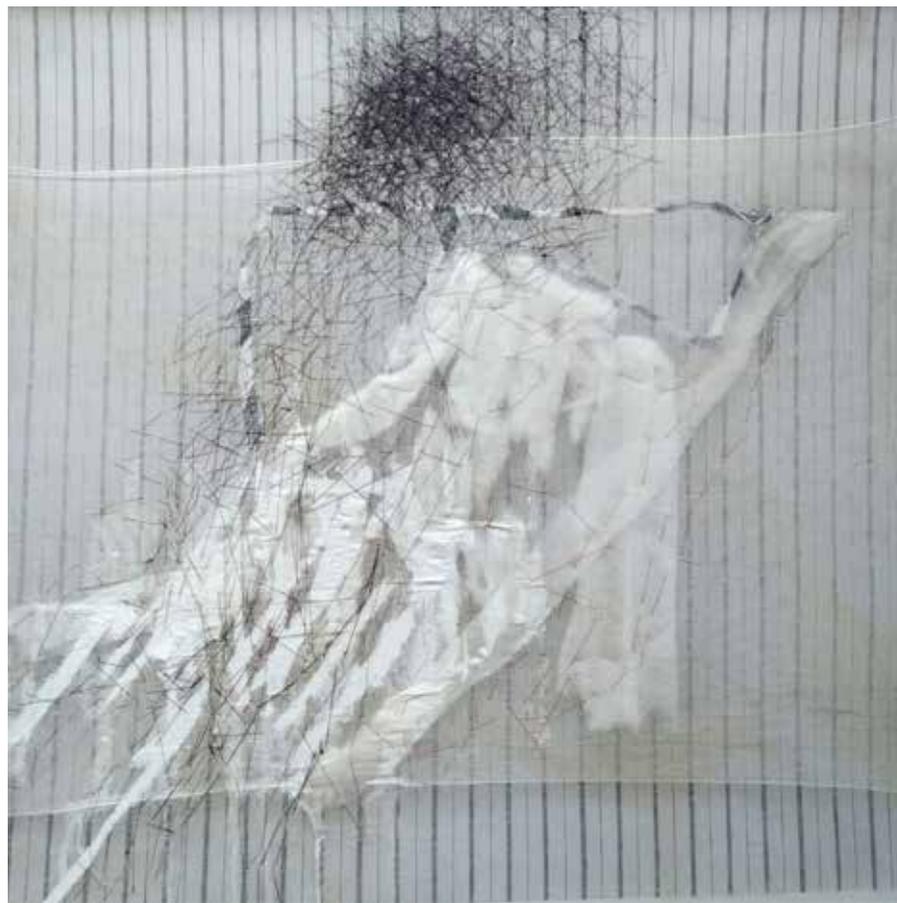
Unos meses más tarde, el candidato de centroizquierda Matteo Biffoni consiguió ser elegido prometiendo diálogo y reenderezamiento. Programa que ejecutó: desde su llegada en 2014, las empresas fueron objeto de cerca de 10.000 intervenciones policiales. Varias apuntaron a los estudios contables en manos de ciudadanos de Prato: mediante finanzas, algunos proveían boletas de pago, balances y certificados de empleo para permitirles a sus clientes chinos obtener una renovación del permiso de estadia. A los cuales acto seguido se los despedía y se les pagaba en negro.

Estas batidas policiales también se llevaron a cabo en los talleres, donde saltaba a la vista la disparidad entre la cantidad de empleados declarados y la de las máquinas de coser. Se verificó por supuesto el cumplimiento de las normas de incendio. A esto le siguieron clausuras y luego reaperturas sujetas a un pliego de condiciones y multas muy elevadas.

Trabajo nocturno

“Miden hasta el tamaño de las banquetas. Pero cuando nos roban o agreden en la calle no hay nadie”, declaró un empresario con el que nos encontramos antes de la epidemia, suspirando. Wen JunHui (4) es propietario de un comercio mayorista cerca de la Via Toscanini. Acompañado por un té de jazmín, se desahogó sobre la “pereza” de los italianos, sobre esos “obrerros chinos que se volvieron muy caros” y la mano de obra paquistaní y africana muy poco calificada. Después nos invitó a descubrir el templo budista Pu Hua de la Piazza Gualchierina, joya de la buena sociedad china de Prato. Huang Shulin, su encargado de sombrero y mocasines Versace haciendo juego, nos presentó a tres monjas residentes, llegadas especialmente de Ningbo (Zhejiang) y las remodelaciones recientes, financiadas por el mecenazgo.

La suntuosidad del templo contrasta con el deterioro de las veredas de la Via Filzi, arteria comercial en la que los tachos de basura y los parquímetros están tapados con calcomanías atrevidas que invitan, en mandarín, a conocer a una “hermana” o a una “prima” marcando un número de teléfono. Es allí, en antiguos bares convertidos en cantinas para obreros, donde las costureras del Pronto Moda van a engullir un bol grande de fideos con cerdo frente a los programas de telecrotchet de la Zhejiang TV. Nos encontramos a algunos pasos de la Via Pistoiese, donde se alinean los primeros talleres de costura chinos, edificios deslucidos que parecen a todas luces abandonados, con ventanas a veces ta-



Barbara Mödinger, Sobre ti (Algodón, género y costura sobre gasa quirúrgica), 2012
(www.barbaramodinger.cl)

piadas para disimular el brillo de los neones que delatan el trabajo nocturno.

Nueve kilómetros más al sur, en Seano, al pie de los viñedos, los talleres ocupan galpones construidos más recientemente, edificados detrás de casas bien cuidadas y alquiladas a precios altos por sus propietarios italianos. Acá también la infracción por uso desviado de los locales parece moneda corriente: máquinas de coser y pilas de telas reemplazaron las herramientas agrícolas.

Los obreros textiles trabajan, comen y duermen en el taller, y usan sus magros salarios para devolverles el dinero a los pasadores.

La señora Lu Hong, de 34 años, calzada con zapatillas y con un anorak que lleva la marca de una firma de lujo en la espalda, es una de estas pequeñas emprendedoras del Pronto Moda. Su fina silueta está rodeada de montículos: prepara un pedido de 1.800 vestidos de franela que le entregará al día siguiente al volante de su camioneta a un comerciante de la rue Popincourt, en París: “una china como yo, cuya familia rica quebró. Vuelve a empezar de cero”. La joven mujer comenzó como obrera hace diez años, a 800 euros por mes. “Antes de eso, yo era contadora en una empresa de telecomunicaciones en mi ciudad en el Fujian”, recuerda. La señora Lu piensa en grande. Compró un depósito que unos decoradores, también chinos, acondicionaron en ocho showrooms distintos destinados al alquiler: “Pero las ganancias van a ser escasas, porque ya sé que van a llover las multas”.

Del hostigamiento a la extorsión a veces no hay más que un paso, que se dio el 3 de mayo de 2019, cuando un empresario chino y su

esposa embarazada fueron chantajeados en su domicilio por un policía y tres cómplices provistos de una falsa orden de allanamiento. Monto del robo: 11.000 euros en efectivo, diez veces menos de lo esperado. El 29 de abril de 2020 se supo que también estaba implicado alguien de rango elevado. El suceso apareció en *Nouvelles d'Europe*, diario de los chinos en Francia, y después fue retomado en WeChat.

La señora Lu Hong nos presentó a Gao Dong, uno de sus tres trabajadores de ese momento. Tiene más de cuarenta años, se dedica a planchar las prendas y se le paga por unidad. “Acá, la señora Lu me paga 15 centavos por vestido. Puedo planchar hasta 600 en doce horas, es decir, 90 euros por día. No está mal, ¿no?”. Hijo de campesinos del Hebei, ensamblaba calzado para la marca Bally en una fábrica de las afueras de Shenzhen, en China, por 700 euros por mes. En 2017, durante sus francos del año nuevo lunar, recibió la visita de un hombre que recorría el interior en busca de mano de obra para exportar. Le prometió un mejor salario, una cama cómoda y tres comidas por día. Seducido, Gao Dong remuneró los servicios de este hombre y se encontró en Italia un mes más tarde. Poco después se le unió su mujer. “La contrataron en una fábrica de botones, a 10 kilómetros. Duerme en el lugar, en una habitación que provee la fábrica, que comparte con otra trabajadora. Nos vemos una vez al mes”.

Nuevos obreros

A medida que la mano de obra china se reduce, principalmente a causa de un regreso al país donde se abren oportunidades más favorables, los que toman la posta son africanos y paquistaníes. Nos cruzamos con ellos, por ejemplo a partir de las siete de la mañana, en la Via del Molinuzzo, alrededor de un camión-cantina amarillo pollito que vende fideos a un euro, huevos al té a cincuenta centavos. “Comen afuera acucillados en la vereda como verdaderos chinos”, dijo divertido el propietario con el delantal haciendo juego, ex obrero. Trabajaba en Sesto Fiorentino, a 15 kilómetros de Prato y a 10 kilómetros de Florencia, en un parque de depósitos que escondía varios centenares de marroquinos chinos repartidos en com-

partimentos estrechos. Todavía hoy allí se fabrican carteras, producidas en grandes cantidades o al por menor para los revendedores. Como en el pequeño taller de la familia Hui, al que se acercó delante nuestro una señora mayor rubia con tapado de visón que dejó un sobre y desapareció. “Es un adelanto –explicó la señora Hui–. Le fabricamos carteras a medida a 14 euros cada una. No sé a qué precio las vende. Prefiero no saber”, confesó riendo. Le echamos una mirada al logo, después al sitio de internet: 220 euros. En ese laberinto de talleres minúsculos, delimitados por rejas y muros bajos, nos cruzamos en total con unos veinte trabajadores africanos. Entre ellos, Sidy, senegalés de 28 años con look hip-hop y apretado sobre una banqueta. Cosía ahí desde hacía apenas dos semanas. “Es más bien tranquilo. Mi jefe es el joven que está en la máquina justo detrás de mí. Gano 30 euros por día, de 7 a 21. Voy de un box al otro. Apenas un propietario me manda un SMS, salgo para allá”.

Regresamos a Prato, para la cena. Delante de una casa rodeada de pinos piñoneros, nos cruzamos con un obrero de 23 años, de nombre Amin, con un pack de bebidas energizantes Red Bull bajo el brazo. Trabajaba en un taller textil desde hacía siete meses, después de haber pasado cerca de tres años en un campo de refugiados cerca de Palinuro, una ciudad balnearia del sur. “Fue el tiempo que necesité para obtener el asilo político. Estuve a punto de volverme loco, pero aprendí italiano”. Este joven hombre creció en un pueblo del Waziristán, región montañosa del noreste de Pakistán, base trasera de los talibanes. Nos contó que su madre murió y su padre es discapacitado. “Llego a mandar 300 euros por mes”. Su jefe es de Wenzhou, “pero yo solo me comunico con mi capo, un paquistaní que también me encontró una cama a 150 euros por mes”. Amin vive en una casa dividida en seis habitaciones, cada una ocupada por cuatro muchachos. El mercader de sueño, que gana de esa manera 3.600 euros de alquiler mensual, era un jubilado italiano al que nuestra presencia no le gustó.

Para esos nuevos obreros que llegaron por la actual crisis migratoria, el intendente de Prato, Biffoni, pretende aplicar los mismos métodos: “Los trabajadores africanos o paquistaníes en general no están en situación irregular, pero trabajan una gran cantidad de horas... con contratos a tiempo parcial. Aunque Prato no va a restar este núcleo chino, estamos en una sociedad multicultural. Tenemos que trabajar para construir una sociedad en la que todos respetemos las mismas leyes. Todo el mundo es bienvenido en Prato, pero solo si respetan las reglas”. Reelegto en mayo de 2019, hizo entrar, por primera vez, a dos hijos de inmigrantes chinos (5) al Concejo municipal: Marco Wong, ingeniero en telecomunicaciones de 56 años, y Teresa Lin, de 24 años, licenciada en Economía en Estados Unidos y ya al frente de la empresa de Pronto Moda familiar. ■

1. <http://statistica.comune.prato.it>

2. Cf. Antonella Ceccagno, *City Making and Global Labor Regimes: Chinese Immigrants and Italy's Fast Fashion Industry*, Palgrave MacMillan, Londres, 2017.

3. Louise Munkholm, *Re-inventing Labour Law Enforcement: a Socio-legal Analysis*, Bloomsbury, Londres, 2020.

4. El nombre fue modificado a pedido del entrevistado.

5. Cf. Dario di Vico, “Teresa Lin e Marco Wong, la storia dei primi due consiglieri cinesi eletti a Prato (oltre l'integrazione)”, *Corriere della Sera*, Milán, 10-6-2019.

*Periodistas.

Traducción: Aldo Giacometti

Occidente ya no inspira temor ni respeto

Tras la pandemia, ¿el despertar de África?

por Boubacar Boris Diop*

La pandemia del Covid-19, mal gestionada por las potencias occidentales, reveló los límites de su hegemonía. Estados Unidos y Europa perdieron autoridad moral. Pero falta imaginar un orden internacional más justo. En África, estos acontecimientos despertaron el sentimiento de un destino común y un espíritu combativo. Los obstáculos siguen siendo inmensos.

A lo largo de las últimas tres décadas, el mundo temió en varias oportunidades una pandemia: SARS, H1N1, Ébola. Finalmente, las preocupaciones fueron siempre mayores que la amenaza. Sin duda, eso fue lo que impidió comprender a tiempo la magnitud del peligro que representaba el nuevo coronavirus SARS-CoV-2. Tal vez no sea tan mortífero como la gripe española de 1918, pero su impacto económico promete ser más devastador. De manera bastante curiosa, la reflexión se centra más en la pospandemia que en la pandemia misma. La lucha contra el Covid-19 oculta otra, aún silenciosa pero ya mucho más feroz, por el control, en los próximos años, de los recursos y los imaginarios en todo el planeta.

África está también en la línea de batalla, y la carta abierta de un centenar de intelectuales, desde Wole Soyinka y Cornel West, hasta Makhily Gassama y Djibril Tamsir Niane, dirigida a los dirigentes africanos, el 1º de mayo de 2020, tuvo una excepcional repercusión (1). En vez de resignarse a lanzar un nuevo petitorio, sus impulsores (Amy Niang, Lionel Zevounou y Ndongo Samba Sylla) quieren transformar las palabras en acciones, razón por la cual ampliaron su llamado a los científicos africanos. En un continente donde casi todo debe rehacerse, pacientes centinelas del alba recibieron, por decirlo de algún modo, la pandemia con los brazos abiertos, viendo allí incluso una “oportunidad histórica”...

La pandemia volvió a África más consciente de su vulnerabilidad y de su insignificancia a los ojos del mundo. Le permitió comprobar, concretamente, que en las grandes tragedias humanas no se puede confiar en nadie para su salvación. En efecto, si bien el flagelo golpeó a todos los países, éstos no se unieron para resistirlo. Muy por el contrario, los egoísmos nacionales superaron rápidamente la reacción de solidaridad. El continente africano, dependiente de los demás para casi todo, comprendió rápidamente que a lo largo de los años se habían acumulado las condiciones de su propia destrucción. Es muy simple: si el virus que puso de rodillas a países ricos occidentales hubiera sido tan le-



María Elvira Valenzuela, Coronación (piedra volcánica y acero inoxidable), 2017 (Gentileza Galería Patricia Ready)

tal en África, la hecatombe anunciada seguramente se habría producido allí.

Los límites de la hegemonía

Sin embargo, aun cuando les haya asestado un violento golpe en la cabeza, los africanos no esperaron esta pandemia para soñar, según el mandato césaireano, con “comenzar el fin del mundo” (2). El momento parece tanto más propicio cuanto que pocas veces se vio a las potencias occidentales en tan penosa situación. El contexto histórico recuerda, salvando las distancias, el día después de la Segunda Guerra Mundial. En esos lugares de pura verdad humana que son los campos de batalla, los soldados africanos vieron desmoronarse el mito de la omnipotencia del colonizador. También descubrieron allí las luchas de los demás pueblos y comprendieron mejor los mecanismos de su propia opresión. Liberadores de Europa, despojados del complejo del hombre blanco, convertidos en destacados actores políticos, estuvieron en el centro de todas las batallas por la independencia.

Algo similar podría efectivamente estar produciéndose desde la caída del Muro de Berlín.

En efecto, hace una veintena de años que Occidente ya casi no inspira temor ni respeto a numerosas naciones que sin embargo siguen estando bajo su yugo. Las guerras de Irak y Libia le hicieron perder la poca autoridad moral de la que aún podía jactarse. Sería excesivo decir que la pandemia le dio el golpe de gracia, pero lo está convirtiendo en un herido grave. Esta sensación está tan difundida que, desde Alemania, donde la crisis sanitaria parece sin embargo mucho mejor controlada que en los países vecinos, una amiga llegó a confesarme por teléfono: “Occidente se está desmoronando; estoy sorprendida de ser testigo de este acontecimiento, ya que no pensaba que

esto sucedería en mi vida”. Soltó luego una pequeña carcajada en la que sentí una mezcla de hastío y alegría. Sin embargo, evité decirle lo que en el fondo pensaba: el flagelo no va a generar un nuevo orden mundial, más justo y más equilibrado, de un día para otro. Pero ha revelado los límites de una hegemonía occidental aparentemente absoluta.

En primer lugar, cuando estalló la pandemia, un tal Donald Trump era desde hacía tres años presidente de Estados Unidos, país líder –aunque cada vez más reticente– del bloque occidental. Desde luego, los hombres no hacen la historia, pero al parecer sus propósitos, para concretarse, suelen abrazar los contornos de un destino singular. Es posible que el presidente Trump sea para Occidente menos un accidente que un síntoma: el de su lenta decadencia. Tampoco es casual que el autócrata Viktor Orbán, partidario de la teoría del “gran reemplazo”, maneje las riendas en Hungría. Entre crispaciones identitarias y resentimientos, su ejemplo podría extenderse como una mancha de aceite en Europa. En el mismo orden de ideas, ¿debe mencionarse el Brexit, todo menos una insignificante infidelidad al proyecto europeo?

Se entiende mejor por qué tantos dirigentes del Sur se atreven hoy a responsabilizar abiertamente al Norte. De visita en Ghana en diciembre de 2017, el presidente Emmanuel Macron le oyó decir a su anfitrión duras verdades sobre la ayuda al desarrollo (3); en Zimbabue, el embajador estadounidense se vio obligado recientemente a dar explicaciones sobre el caso George Floyd, y la Unión Africana fustigó en términos muy duros la violencia policial contra los negros en Estados Unidos. El presidente sudafricano Cyril Ramaphosa no dudó en declarar que “el asesinato de Floyd reabre las heridas de los negros sudafricanos”.

Materias primas

Pero por significativos que sean, estos cambios de humor nunca parecieron poner en tela de juicio la relación de fuerza entre África y los países occidentales a los que les gusta presentarse como sus benefactores. Se señalará además que semejantes arranques de orgullo son sobre todo obra de las antiguas colonias británicas o portuguesas que, al menos ellas, pueden jactarse de un mínimo de soberanía.

No es el caso de los países africanos francófonos donde, desde hace sesenta años, la antigua potencia colonial impone su autoridad de manera casi directa. Suele decirse que, durante la Guerra Fría, la Agencia Central de Inteligencia (CIA) de Estados Unidos participaba en las reuniones del Consejo de Ministros de algunos regímenes fantoches de América Latina. Este modelo sobrevive de manera atenuada en el África francófona, último lugar del planeta donde una potencia extranjera está en el centro de los procesos de decisión, en materia monetaria, por ejemplo. Esa África sigue siendo, para Francia, un gigantesco reservorio de materias primas. París no tolera allí ninguna fuerza política que pueda amenazar los intereses de Total, Areva o Eiffage. El continente ofrece el campo de juego favorito del ejército del Hexágono, que intervino allí decenas de veces desde 1964 –año de la primera intervención militar francesa en el África subsahariana (en Gabón), tras las independencias de 1960–. El contraste con Londres, que *nunca* desplegó tropas en sus excolonias africanas, resulta llamativo.

Por tal motivo, se tuvo una sensación de viraje el día en que el presidente Macron se enojó públicamente con lo que llamó “sentimientos antifranceses en África”. Es que tuvo tiempo de darse cuenta de que una nueva generación de africanos está decidida a acabar con ese ana-

cronismo que es el África francesa. El hecho de que se encuentren estrellas internacionales como Salif Keita o Alpha Blondy, Tiken Jah Fakoly o el cineasta Sheick Oumar Sissoko, en la primera línea de este movimiento de revuelta, habla de su profundidad. El gran Richard Bona había cancelado, en febrero de 2019, un concierto en Abiyán para protestar contra el franco CFA, y se comprometió además a no volver a presentarse en un país con esa moneda en curso. También deben tenerse en cuenta nuevas formas de radicalización política simbolizadas por los movimientos “France dégage” [Francia, lárgate], uno de cuyos mascarones de proa es Guy Marius Sagna, y “Urgences Panafricanistes” de Kemi Seba (4).

Es pues en un contexto donde los ánimos ya estaban caldeados que se produce la pandemia.

Un fiasco colosal

Todos pudieron comprobar con estupefacción la incapacidad de Europa y Estados Unidos -tan prestos a pretender acudir en ayuda de los demás- para socorrer a sus propios ciudadanos. Fue grande la sorpresa de muchos, al escucharlos quejarse, de manera desvergonzada, de su dependencia respecto de Pekín. Y lo que *Le Canard enchaîné* llamó “la guerra de los tapabocas” dejará seguramente huellas en la memoria. Si al árbol se lo conoce por su fruto, la pandemia puso al desnudo un fiasco colosal.

Eso despertó entre los africanos un sentimiento de pertenencia que, en el fondo, nunca los había abandonado. Es muy visible desde hace algunas semanas. Se perfilan a porfía los contornos del “África del mañana”. Aún escucho a la historiadora Penda Mbow recomendarme un texto de Hamadou Touré, antes de agregar: “Verás, ¡todos

nosotros decimos lo mismo en este momento!”. Ese “nosotros” cargado de una discreta emoción me conmueve particularmente. Y lo que se dice y repite es que, para África, llegó la hora de todas las soberanías. Es para acabar con cierto servilismo que varios Estados (Burundi, Marruecos, Guinea Ecuatorial) transgredieron algunas prohibiciones de la Organización Mundial de la Salud (OMS). Madagascar, por su parte, llegó a fabricar su propio remedio, el Covid-Organics, a base de artemisia. Fue también la primera vez que los malos tratos infligidos en China a los negros africanos suscitaban protestas oficiales tan fuertes. El embajador de China en Abuya se vio obligado a dar explicaciones en condiciones humillantes.

Para muchos, el instinto de supervivencia está en ese resurgimiento de combatividad. Contar con los demás para alimentarse o curarse es exponerse al riesgo de morir de hambre o de una enfermedad. Por eso, la autonomía alimentaria y la racionalización de la farmacopea africana están en el centro de todos los debates. Pero es en la prensa en línea y en las redes sociales que se siente, retomando la expresión del periodista y asesor René Lake, que “saltó la tapa”.

Esta toma de la palabra a la vez salvaje y masiva atañe sobre todo a la juventud: el 70% de los más de 1.000 millones de africanos subsaharianos tiene menos de treinta años. Se trata pues de una enorme conmoción política. ¿Esto significa que el día después ya está sucediendo? Definitivamente no.

Para ello, sería necesario que en el famoso “mundo del mañana”, los presidentes Alasane Ouattara (Costa de Marfil) y Macky Sall (Senegal) se pusieran, enloquecidamente, a pensar y actuar como Thomas Sankara. El África francesa no debe además su longevidad

al mero control del personal político. Es también producto de una temible eficacia en la gestión de proximidad, cuasi nominativa, de intelectuales y hombres de la cultura transformados en zombies. Muchos de los que dicen en este momento estar saltando de impaciencia a las puertas del nuevo mundo son de hecho feroces partidarios del *statu quo*.

Es además para dejar pasar la tormenta que los presidentes Sall y Macron lanzaron el debate sobre la deuda. El primero aceptó el papel equivocado: mendigar los favores financieros de los dirigentes occidentales en el momento mismo en que éstos estaban tan ocupados contando sus muertos. Actuando de este modo, se expuso -y expuso a África- al desprecio de los jefes de Estado del Norte.

Otra África

Este tipo de debate tenía además, para el presidente Macron, la ventaja de atravesar todo un continente en los esquemas del “mundo de antes”, un mundo donde la ayuda a África es uno de los más seguros atributos de la potencia, fantástica o real, de Europa. Inútil decir que este sentimiento es aun más embriagador cuando se está en pleno desconcierto.

El África de hoy ya casi no tiene nada que ver con el África de las independencias. Por eso la idea de que trata actualmente de resolver sus problemas en un mismo impulso es cada vez menos realista. El escenario más plausible es el de logros aislados según el modelo de Ruanda, Ghana y Etiopía.

Acostumbrada a pensarse como un todo, África sigue siendo sin embargo el continente de los lugares lejanos: como consecuencia de la casi inexistencia de medios de transporte continentales dignos de ese nombre, se viaja con mayor frecuencia allí de Lagos a Londres o Nueva York que de Lomé a Maputo. El ais-

lamiento que deriva de ello torna casi imposible, actualmente, toda acción conjunta. Podría incluso explicar una torpeza, a veces muy embarazosa. Es el caso, en este momento, en el que el mundo entero, de Tokio a Bruselas y de Sídney a Seúl, manifiesta su solidaridad hacia los afroamericanos. África quedó totalmente al margen de este movimiento antirracista planetario. El primer ministro canadiense se arrodilló durante más de ocho minutos en homenaje a Floyd, pero ningún presidente africano creyó tener que hacer lo mismo. Esta ausencia en el mundo, en un momento en el que se debería estar en el centro de todas las iniciativas, es una señal inequívoca.

Pero si se entiende que un virus, por sí solo, no podría en África hacer verano, la efervescencia actual tampoco debe subestimarse. Podría, finalmente, ayudar a África a “dar definitivamente un vuelco en la pendiente de su destino federal”, tal como invitaba a hacerlo Cheikh Anta Diop, agregando con una lucidez algo desesperada: “Aunque sólo sea por egoísmo lúcido”.

De todas formas, esto llevará un poco de tiempo, y requerirá tanto pasión como paciencia. ■

1. Bacary Domingo Mane, “Covid-19: Des intellectuels africains interpellent les dirigeants du continent”, *MondAfrik*, Dakar, 1-5-20, <https://mondeafrik.com>

2. Aimé Césaire, *Cahier d'un retour au pays natal*, Bordas, París, 1939.

3. Véase Anne-Cécile Robert, “Diplomatie funambule”, *Manière de voir*, N° 165, “France-Afrique, Domination et émancipation”, París, junio-julio de 2019.

4. Fanny Pigeaud, “Présence française en Afrique : le ras-le-bol”, *Le Monde diplomatique*, París, marzo de 2020.

*Escritor.

Traducción: Gustavo Recalde

Lejos de las promesas de la tecno utopía

La manipulación digital amenaza las elecciones en África

por André-Michel Essoungou*

Durante mucho tiempo fueron sólo una utopía, pero en las últimas tres décadas las elecciones democráticas se propagaron a lo largo de África.

A medida que el continente se acopla a las redes de Internet, el riesgo de manipulación digital aumenta, principalmente a través de las redes sociales. La amenaza parece aún más grave porque a menudo pasa desapercibida.

Un detalle lo confirma: fue en África, principalmente en Nigeria y Kenia, donde Cambridge Analytica probó sus técnicas fraudulentas de aspiración de datos utilizadas durante el referéndum sobre el Brexit y la elección presidencial de EEUU en 2016 (1). Sin saberlo, los electores de esos países fueron utilizados como cobayas de una estrategia en tres etapas. Primero, recolectar, principalmente en Facebook, los datos personales digitalizados de millones de ciudadanos: edad, sexo, pero también estéticos, culturales o políticos. Luego, analizar esas informaciones para definir micro-categorías. Por último, orientar las elecciones individuales, con la ayuda de algo-

ritmos, a través de propaganda diseñada a medida en las plataformas digitales (2).

Dos ex empleados de Cambridge Analytica, Brittany Kaiser y Christopher Wylie, revelaron que, durante las elecciones presidenciales de 2013 y 2017 en Kenia, la sociedad británica que asesoraba al jefe de Estado Uhuru Kenyatta, recolectó los datos personales de los electores y, a partir de sus perfiles, desplegó propaganda plagada de mentiras y exageraciones (3).

En Nigeria, seis semanas antes de las elecciones presidenciales de 2015, un millonario local que, según las declaraciones de Wylie, estaba “desesperado por la posible victoria del candidato de la oposición”, Muhammadu Buhari, pagó dos millones de dólares para obtener los servicios de Cambridge Analytica. Con el apoyo de especialistas en robo de informaciones digitales (hackers), la empresa puso a circular en las redes sociales la historia clínica

del candidato Buhari, que por entonces tenía 72 años, y daba a entender que su estado de salud no le permitiría ejercer el poder. También produjo videos que mostraban asesinatos de civiles atribuidos a islamistas, lo cual sugería que una victoria del candidato del partido de la oposición, un musulmán del Norte, suscitaría el recrudecimiento de la violencia. Más allá de los esfuerzos, esa vez, el candidato de la oposición se impuso.

Facebook, la plataforma más popular del continente africano, con más de 200 millones de usuarios, alberga todo tipo de manipulaciones. El ya desaparecido Grupo Arquímedes, con entonces base en Tel Aviv, Israel, apoyó a candidatos en las elecciones presidenciales en Togo, en República Democrática del Congo (RDC), en Nigeria y en Túnez durante el año 2019 (4). Cerca de 2,8 millones de usuarios fueron manipulados. En Zambia y en Uganda, con ayuda de empleados del gigante de las telecomunicaciones chino Huawei, los gobiernos organizaron vigilancia electrónica de personalidades de la oposición y del mundo asociativo (5). En Uganda, la policía accedió sin límite alguno a la cuenta de WhatsApp de Bobi Wine, músico popular y opositor del

presidente Yoweri Museveni. Estos delitos les permitieron a las autoridades limitar la movilización de los adversarios.

Una utopía que no fue

La sucesión de revelaciones de este tipo marca el fin de un largo idilio. En efecto, las redes sociales fueron percibidas durante mucho tiempo como catalizadores de la participación política, como vectores de la ampliación de las formas de movilización y como lugares de expresión para los sin voz en todo el continente negro (6). En 2007, Goodluck Jonathan había lanzado, en Facebook, su candidatura a un nuevo mandato presidencial en Nigeria, un hecho inédito que marcaba el ingreso de los actores políticos africanos en la comunicación política moderna. Durante la crisis postelectoral en Kenia en 2008, unos jóvenes ingenieros y blogueros crearon la plataforma Ushahidi, una especie de cartografía colaborativa de las violencias que se desataron tras el escrutinio (7). El sueño de los profetas de la “tecno utopía” parecía hacerse realidad.

Sin embargo, desde mediados de la década pasada, varios dirigentes africanos se amparan en las manipulaciones digitales para tratar

de controlar las redes sociales. En 2006, el gobierno etíope bloqueó el acceso a algunos sitios de Internet, e inauguró esta práctica liberticida en África subsahariana. La misma medida fue adoptada en Chad, en Burundi, en Uganda y en RDC, en Camerún y en Togo. Entre 2016 y 2019, veintidós países africanos interrumpieron o demoraron el acceso a Internet, a menudo durante elecciones. Al mismo tiempo que se daban esos cortes, líderes de la oposición y militantes de la sociedad civil eran detenidos o arrestados en sus domicilios (8). Pero esta represión tiene un costo financiero considerable, teniendo en cuenta que sectores significativos de la vida económica dependen cada vez más de las conexiones. Los cortes habrían costado más de 2100 millones de dólares (1.850 millones de euros) a los países de África subsahariana en 2019 (9). Además, la reputación de los países que adoptan estas medidas que atentan contra la libertad de expresión también se degrada.

Hace poco, algunos gobiernos africanos decidieron fijar impuestos al acceso a las redes sociales. En Uganda, hacen falta ahora 200 chelines ugandeses (alrededor de 50 centavos de euro) diarios para acceder a Facebook, Twitter o WhatsApp. En Benín, el acceso cuesta 5 francos CFA (0,7 centavos de euro) por megabyte (10). Esta imposición agrava las desigualdades de acceso a Internet, excluyendo particularmente a los sectores más desfavorecidos. Por otra parte, no resulta fácil justificar que disminuyan las manipulaciones digitales, dado que estas suelen ser fruto del accionar de empresas que disponen de recursos financieros consecuentes y que actúan desde el extranjero.

Como consecuencia de la iniciativa de asociaciones y legisladores nacionales, se sancionaron leyes que restringen o enmarcan la recolección de datos personales en veinticinco países africanos. Queda pendiente el verdadero desafío de las manipulaciones en línea. En Sudáfrica, la comisión electoral emplea centenares de personas para rastrear los fraudes y sensibilizar a los usuarios. Pero aún está pendiente que las instituciones nacionales dispongan de poder real de control y sanción contra empresas como Cambridge Analytica o gigantes tales como Facebook o Twitter.

Cortas distancias

Así como la escasez y el costo de la telefonía fija favorecieron la penetración de la telefonía celular en África alrededor de los años 2000, la escasez y el alto costo de las computadoras favorecieron, diez años después, la expansión de los denominados teléfonos inteligentes, los cuales se transformaron en los principales medios para acceder a Internet y a las redes sociales. De hecho, fueron ingenieros keniatas quienes crearon las tecnologías de pago vía aplicaciones móviles. Como en otras oportunidades, por necesidad, el continente abrió la vía a prácticas que luego fueron tendencia mundial, como el uso de los monederos electrónicos (11).

Las plataformas en línea transformaron las relaciones sociales en el continente, aún más que lo que las había modificado la introducción masiva de la telefonía celular. Gracias a la aplicación WhatsApp, el tiempo y la distancia entre africanos se achicaron notablemente. Los millones de mensajes diarios en esta plataforma, la aplicación de mensajes más popular en África y propiedad de la compañía Facebook, imprimen su ritmo a todas las esferas de la vida local. Por textos, fotos y videos, cerca de 200 millones de africanos intercambian, se informan y mantienen contacto inmediato con sus seres cercanos desperdigados por el territorio. A diferencia de otras regiones del mundo donde los usuarios suelen recurrir a diferentes servicios de mensajería digital, en África, la dominación de WhatsApp es inapelable y ubica a esta herramienta en una situación de cuasi monopolio.

Algunas formas de interacción social entre africanos logran sostenerse, más allá de las distancias y los movimientos que imponen las necesidades de supervivencia, gracias a esa herramienta. En muchas comunidades del oeste de África, por ejemplo, donde la búsqueda de trabajo temporario y las migraciones por trabajo obligan a hombres y mujeres a partir, los rezos de los imanes de sus comunidades de origen los acompañan durante sus peregrinaciones. Una escena, en el aeropuerto de Lomé en Togo, hace algunos meses, ilustra esta dinámica: una comerciante maliense en camino hacia África Central escucha los rezos de su Imán en Bamako. En el mismo aeropuerto, una comerciante congoleña escu-

cha las plegarias de un sacerdote de Kisangani, su región de origen de la que partió pocos días antes para hacer compras en Lomé. Los dos utilizan WhatsApp y la conexión gratuita del aeropuerto de Lomé. Escenas idénticas de Johannesburgo a Nairobi dibujan la vida cotidiana de innumerables africanos en movimiento a través del continente, pero que siguen "la actualidad" local y familiar en detalle, en contextos donde no existe prensa local estable. Hace dos décadas, la preservación de ese tipo de vínculos sociales era como mínimo difícil, costoso y reservado a los más ricos.

Un futuro sombrío

Tres grandes tendencias enmarcarán las evoluciones políticas ligadas a las redes sociales. La primera es el aumento del número de africanos conectados a la red. Si bien solo el 39% de la población del continente está conectada, comparado con al menos el 50% en otras regiones del mundo, esa proporción podría aumentar rápidamente. Entre 2010 y 2020, la cantidad de personas conectadas pasó de menos de 5 millones a más de 500 millones, según el sitio web Internet World Stats (IWS). Todavía más determinante, las inversiones actuales sugieren que la aceleración continuará y a un ritmo mayor. El 17 de mayo de 2020, un consorcio de ocho empresas –Facebook, Orange, China mobile internacional, MTN (Sudáfrica), STC (Arabia Saudita), Vodaphone (Gran Bretaña), Telecom Egypt, West Indian Ocean Cable Company (Isla Mauricio)– lanzó la construcción de un cable submarino de 37.000 kilómetros bautizado 2Africa que potenciará el acceso a Internet del continente hasta el 2024.

La segunda tendencia importante es la marcada migración del debate político africano hacia las plataformas digitales. Al descrédito que sufre la prensa tradicional se adiciona la relativa facilidad de acceso a las redes sociales. En Mali, la campaña legislativa de 2018 fue lanzada en las redes al mismo tiempo que en ciudades y pueblos. Por último, la tercera tendencia importante, la más determinante, es la actitud de las compañías propietarias de las plataformas: estas empresas apuntarán a preservar la en general endeble transparencia de los escrutinios electorales o aplicarán en África la lógica que les ha garantizado grandes in-

gresos en otros lugares, a saber, la explotación de los datos personales de los usuarios? La suerte de las elecciones, en ocasiones acompañadas de explosiones de violencia, depende en buena medida de la respuesta a estas preguntas. "En el futuro inmediato, advierte un informe de la fundación Kofi Annan, las elecciones en las democracias de los países del sur serán blanco de discursos de odio, de desinformación, de injerencia externa y de manipulaciones en las plataformas digitales" (12).

Dado que las campañas de manipulación están al alcance de los más ricos y que un mercado negro de especialistas ad hoc, que venden baratos clics, likes y comentarios a medida, está disponible para los candidatos con menos recursos, la posibilidad de que una etapa de tres décadas de escrutinios multipartidarios en África pueda cerrarse con fraudes electorales masivos de un nuevo tipo no tiene nada de ilusorio. ■

1. Véase Franck Pasquale, "Tráfico de datos personales", edición chilena *Le Monde diplomatique*, junio de 2018
2. Cf. especialmente R. Kelly Garret, *Social media's contribution to political misperceptions in U.S. presidential elections*, Plos One, San Francisco, 2019, journals.plos.org
3. Cf. "The Cambridge Analytica files", dossier disponible en la web de *The Guardian*, Londres, guardian.com
4. Cf. Simona Weinglass, "Who is behind Israel's Archimede group, banned by Facebook for election fakery?", *The Times of Israel*, Jerusalem, 19-5-2019.
5. Joe Parkinson, Nicholas Bariyo, Josh Chin, "Huawei technicians helped african governments spy on political opponents", *The Wall Street Journal*, New York, 15 de agosto de 2019.
6. Cf. Martin Ndela and Winston Mano (ed.), *Social media and elections in Africa*, Volumen 1, Palgrave MacMillan, Londres, 2020.
7. André-Michel Essoungou, "Young Africans put new technologies to new uses", *United Nations Africa Renewal*, New York, abril de 2010.
8. Collaboration on international ICT Policy in East and Southern Africa (CIPESA), *State of Internet freedom in Africa 2019*, Kampala, septiembre de 2019.
9. Cf. Samuel Woodhams y Simon Migliano, "The Global cost of internet shutdowns in 2019", Top10vpn, Londres, 7 de enero de 2020, www.top10vpn.com
10. Babatunde Okunoye, "In Africa, a new tactic to suppress online speech: taxing social media", Council on Foreign Relations, Washington, 2018, www.cfr.org
11. Véase Sabine Cessou, "Fièvre numérique au Kenya", *Le Monde diplomatique*, diciembre de 2018.
12. "Protecting electoral integrity in the digital age", Kofi Annan Commission on Elections and Democracy in the Digital Age, Ginebra, enero de 2020.

*Autor y funcionario internacional.

Traducción: Heber Ostroviesky

Los Libros de la Radio que piensa



EDGARDO ENRIQUEZ FRØEDDEN
TESTIMONIO DE UN DESTIERRO
Jorge Gilbert Ceballos

Ediciones Radio Universidad de Chile presenta el libro "Edgardo Enriquez Frøedden, testimonio de un destierro" de Jorge Gilbert.

Las transcripciones textuales a largas conversaciones entre el autor y Edgardo Enriquez, los silencios, los olvidos, nos invitan a vivir de manera íntima procesos históricos fundamentales sucedidos en el Chile previo a la dictadura.



CANTO UNIDO UN ENCUENTRO AMERICANO
David Spener

Un relato en profundidad de la vida de cuatro importantes artistas, sus historias, anécdotas y los testimonios de quienes los conocieron. Violeta Parra, enmarcada en el clima social de su época. Uno al relato de la chilena, la historia de Woody Guthrie, músico estadounidense, que nos muestra notables coincidencias. Otro tanto sucede con Víctor Jara y Phil Ochs, personajes que llegan a conocerse durante el Gobierno de la Unidad Popular. Al igual que Guthrie y Violeta, el lector puede apreciar con claridad la similitud entre las miradas de Jara y Ochs sobre la realidad que les tocó vivir.



BUENAS SEÑALES (PARA UN BELLO SINO)
Sergio Jara (Argo Jeria)

"Una vez iniciada, es difícil distraerse de la lectura de este conjunto de crónicas, que nos llevan por una ruta que cruza distintos ámbitos de la vida. La del autor, claro está, pero también la del lector. Reflexiones sobre política, amor, libros, música, amistad, viajes; mas recuerdos plagados de anécdotas que, sin embargo, trascienden con mucho lo meramente anecdótico..." "En más de algún pasaje, de pronto, inevitablemente se transportarán a momentos de la propia existencia, haciéndolos viajar hasta ese episodio vivido años ha, y que parecía irremediablemente olvidado..."



LA POLICÍA EN DEMOCRACIA
Sebastian Roché

Sebastián Roché ha recogido el fruto de varios años de trabajo de campo y múltiples estudios comparados para intentar comprender de mejor manera la relación entre la policía y el público. Los gobiernos de los países que no han sabido adaptar sus policías al giro democratizador, enfrentan con mayor dificultad su relación con la ciudadanía. El interés de este análisis para América Latina es evidente. Los sistemas policiales de Francia y Chile comparten una tradición jerárquica y centralizada de escasa transparencia. La policía es, ante todo, una institución al servicio de la comunidad.

Radio
Univer
sidad de Chile

102.5 FM
Adquiéralos en:
Miguel Claro 509
Providencia

Alianza entre los gobiernos y los gigantes de la Silicon Valley

Las dos caras de la censura

por Félix Tréguer*

Estados y multinacionales digitales se presentan a menudo como adversarios. Los primeros escenifican sus esfuerzos por regular a los segundos, que se burlan de las leyes. Pero cuando se trata de controlar y censurar Internet, su relación se vuelve simbiótica. Esta alianza entre poder público y capitalismo informacional no es algo nuevo.

El 12 de noviembre de 2018, tuvo lugar el Foro sobre la Gobernanza de Internet en la gran sala de conferencias de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco), en París. Rebosante de entusiasmo, Emmanuel Macron se acercó al micrófono, decidido a asumir el rol de defensor de la democracia liberal frente a los populismos “iliberales”. Se lo veía muy cómodo al joven presidente francés ante una audiencia internacional que estaba allí para escucharlo disertar sobre los grandes desafíos digitales. Como era previsible, en su discurso se refirió a dos modelos opuestos de regulación de Internet, sin pronunciarse por ninguno: por un lado, el de “la Internet californiana”, libertaria, “impulsada por agentes privados, fuertes, dominantes, mundiales” y reacios a cualquier tipo de control estatal. Por otro lado, el de “la Internet china”: “segregada y completamente vigilada” por “Estados fuertes y autoritarios”. Sirviéndose de tan poco agradables alternativas, Macron sugirió una tercera vía: la del “conjunto de los actores de Internet” – “las sociedades civiles, los agentes privados, las ONG, los intelectuales, los periodistas, los gobiernos” – que logran elaborar una “regulación cooperativa en común”.

El abrazo de la serpiente

Apoyándose en el difundido mito de una “gobernanza multisectorial” de Internet, y pese a hacer también referencia a la “sociedad civil”, el presidente francés promovió un proyecto que, desde su punto de vista, permitiría articular lo mejor de ambos mundos: un capitalismo de vigilancia desenfrenado (1) y la mano de hierro del Estado. A falta de campeones nacionales en el campo digital –de los que sí pueden jactarse los chinos o los rusos para armar sus políticas de control de Internet–, los países europeos tienen que contentarse con un puñado de empresas estadounidenses a la cabeza de las capitalizaciones bursátiles del mundo. A pesar de las legislaciones –aprobadas o anunciadas–, dirigidas a frenar la deriva de las plataformas (abuso de posición dominante, ataques a la vida privada, *fake news*...), el aparente conflicto entre los Estados y las multinacionales digitales esconde en realidad una creciente interdependencia.

La historia de la vigilancia y de la censura de las comunicaciones permite entender mejor esta evolución. Porque, más allá de la coyuntura neoliberal, las lógicas de cooptación entre poder público y gestores privados de los medios de comunicación aparecen como una constante en la historia de los medios. Frente a las crisis provocadas por las rupturas tecnológicas o los sobresaltos políticos, esas alianzas permiten reestablecer un control eficiente sobre la circulación de las ideas.

Historia de un vínculo

Ya en el siglo XVI, mientras que el desarrollo de la imprenta contribuía a democratizar el acceso a los libros y a propagar doctrinas políticas y religiosas subversivas, el Estado empezaba a recurrir a cooperaciones público-privadas pa-

ra cerrar la brecha contestataria. En Francia, en 1539, el rey Francisco I definió las condiciones para ejercer la profesión de imprentero y de librero en París y en Lyon, que por entonces eran los principales centros de edición. Además, ordenó la institución de cámaras sindicales cuya función sería la de actuar como interlocutoras del Estado para el conjunto del sector. En 1618, se creó una cámara sindical única para los oficios del libro que fue dotada de facultades policiales: sus representantes inspeccionaban imprentas y librerías, controlaban la aplicación de los reglamentos, etc. Con el fin de debilitar a la competencia, los libreros parisinos reclamaban un monopolio permanente para la edición de libros. El cardenal de Richelieu accedió al grueso de sus reclamos, pero a cambio, tuvieron que cumplir con sus tareas policiales y con numerosos criterios de probidad.

En virtud de algunas disposiciones, sobre todo a favor de las librerías provinciales, esta política permitiría que unos treinta imprenteros-libreros pudieran controlar, mal que bien, la producción y la distribución dentro del reino. Al igual que hoy con los gigantes digitales, gracias a esa centralización de la economía de la imprenta, el Estado necesitaba controlar una menor cantidad de intermediarios y, por lo tanto, se abarataban los “costos de transacción” vinculados a la censura.

Después del periodo de libertad de expresión sin precedentes que había acompañado la Revolución francesa, el Imperio napoleónico destruyó los diarios independientes y redujo drásticamente el número de imprenteros y de publicaciones. Sin embargo, a partir de 1830, en una primera flexibilización que precedió a la ley de 1881 sobre la libertad de prensa, el poder toleró el ascenso de una prensa popular de gran tirada. ¿Se debe ver allí una concesión sincera al ideal de libertad, o la profundización de una colaboración efectiva entre el poder político y las industrias de la prensa? Además de las olas represivas que azotaban a las publicaciones contestatarias, en particular a las socialistas, todo apunta más bien a pensar que, en un sector que era presa de una creciente concentración económica, fueron las garantías proporcionadas por los sectores empresariales las que hicieron posible dicha liberalización.

Las innovaciones en las técnicas de impresión, la aparición de una prensa “barata” financiada por la publicidad, así como los avances de la alfabetización, generaron una carrera por la audiencia que favoreció la transición de una prensa política de opinión a una prensa de información y de divertimento. Semejante proceso implicaba que los lazos entre los mercaderes de la prensa y la autoridad reguladora fueran cada vez más estrechos. Las concesiones a las libertades públicas, simbolizadas por la ley de 1881, que puso término a la censura anterior otorgando protección judicial y libertad de expresión, deben pues medirse a la luz del movimiento de despolitización iniciado con la llegada de la era de los medios masivos de comunicación. Más que una conquista heroica de una prensa ahora independiente del poder político –según el relato oficial vigente en la historia do-

minante de los medios–, la ley de 1881 expresaba la concientización por parte del poder de que su policía era aún más eficiente si sabía convivir con el liberalismo o, dicho de otro modo, si la espada de la ley cedía el paso al capitalismo informacional. Máxime cuando el legislador de la 3era República se ocupaba de guardarse las espaldas a través de disposiciones destinadas a reprimir ciertas críticas a la autoridad.

A partir de los años 1860, alianzas análogas permitirían que el Estado controlase las primeras redes privadas de telecomunicaciones. A fines del siglo XX, después de la era de los monopolios estatales de los medios radioeléctricos, el proceso de privatización puso nuevamente esas connivencias a la orden del día. Una vez más, el espacio mediático volvió a sufrir una doble enfeudación: al Estado y al mercado.

En los años 1990, gracias a sus vanguardias militantes, Internet apareció como una fuerza capaz de cambiar las reglas del juego: la web permitiría la proliferación de medios alternativos y el ataque frontal a la hegemonía de los grandes grupos de comunicación dependientes del poder político. Sin embargo, una vez más, en función de las crisis de seguridad, el Estado reestableció su control jugando con la concentración de la economía política de Internet (2). Siguiendo su propia lógica de acumulación, las grandes plataformas digitales lograron, en efecto, centralizar un inmenso porcentaje de nuestras comunicaciones y desarrollaron conocimientos técnicos únicos para vigilar a la población y censurar los espacios de expresión. El Estado se propuso hacer suyas dichas técnicas.

Detrás de las palabras tranquilizadoras

En 2013, los documentos divulgados por Edward Snowden revelaban la participación de las grandes plataformas en los programas de vigilancia de inteligencia estadounidense. En esa época, los dirigentes de esas empresas no habían ahorrado esfuerzos para desasociarse del aparato de seguridad y tranquilizar a sus usuarios –pero sin restringir su colaboración con las autoridades, sobre todo cuando los investigadores pedían acceso a datos personales vinculados a cuentas privadas–. Entre 2013 y 2018, en Estados Unidos el número de usuarios afectados por órdenes judiciales autorizadas en virtud del Foreign Intelligence Act aumentó en un 680% en el caso de Google y un 1.300% para Facebook (3). En Francia, los intercambios que desde 2015 vienen manteniendo el Ministerio del Interior y el oligopolio digital, en el marco de un “grupo de contacto”, provocaron también un aumento impresionante del número de datos proporcionados a las autoridades: entre 2013 y 2019, tuvo un incremento del 670% para Google y del 800% para Facebook. A través de ese organismo turbio, sucesor lejano de las cámaras sindicales de imprenteros-libreros durante el Antiguo Régimen, dichas empresas mantienen informadas a las autoridades francesas de las actualizaciones que se disponen a desplegar en sus servicios, por ejemplo, los protocolos criptográficos, que podrían reducir las capacidades de vigilancia del Estado.

Al mismo tiempo, se eluden los tratados de cooperación judicial que antes regulaban el acceso de las autoridades nacionales a los datos almacenados fuera de sus fronteras. Google y Microsoft han promovido activamente nuevas legislaciones como el Cloud Act, promulgado

en marzo de 2018 por Donald Trump, y su equivalente europeo –el proyecto “e-Evidence”–, que está siendo examinado actualmente por la Unión Europea. Estas legislaciones colocan a dichas empresas en posición de poder decidir por ellas mismas si una determinada demanda extraterritorial respeta los derechos fundamentales de los usuarios concernidos. Estos mecanismos podrían internacionalizarse rápidamente a través de tratados como la convención del Consejo de Europa sobre cibercriminalidad.

Discursos indeseables

En el frente de la censura, se entablan alianzas similares que marcan un retroceso histórico de las garantías en materia de libertad de expresión. Desde los atentados de enero de 2015 en París, la lucha contra la propaganda yihadista y los “discursos del odio” justifica colaboraciones cada vez más estrechas entre las fuerzas policiales y las plataformas para invisibilizar expresiones que son consideradas ilícitas o simplemente “indeseables”, según el término utilizado por Macron en la Unesco. Lo importante ahora es masificar la censura, automatizándola y soslayando los procedimientos judiciales. En efecto, los Estados se proponen generalizar el recurso a las técnicas de “inteligencia artificial” desarrolladas por los gigantes de la Silicon Valley para identificar en el océano digital los “contenidos” que consideran inapropiados y bloquearlos. Aun si, por el momento, las plataformas tienen que recurrir a miles de “empleados de la censura”, trabajadores precarios que se encargan de aplicar las políticas de moderación.

Tras las pruebas llevadas a cabo a nivel nacional o bajo la égida de organismos como Europol, se escribieron leyes para inmortalizar ese nuevo modelo de censura. Esta es la idea de la ley alemana NetzDG, adoptada en junio de 2017 para luchar contra los “discursos de odio” en Internet, y también de su homóloga a punto de ser adoptada por el Parlamento francés (la propuesta de ley “contra los contenidos de odio”), o incluso del reglamento europeo orientado a la lucha contra la propaganda terrorista, que se encuentra en proceso de aprobación en Bruselas.

En un correo conjunto enviado a la Comisión Europea en abril de 2018, los ministros del Interior francés y alemán evocaban sin ambages el objetivo de esos textos de ley: generalizar al conjunto de la Web dispositivos de censura desarrollados por Google y Facebook (4). Explicaban, asimismo, que la “apología del terrorismo” –un concepto flexible que se emplea regularmente para invisibilizar expresiones contestatarias– era solo un primer paso. En el futuro, escribían, “convendrá que las normas establecidas se hagan extensivas a los contenidos con pornografía infantil y a aquellos que vehiculen discursos de odio (incitación a la discriminación y al odio racial, vulneración de la dignidad humana)”. Adió a la ley de 1881 y a la protección judicial de la libertad de expresión. Un régimen de censura extrajudicial, ampliamente privatizado y cada vez más automatizado, está en vías de consolidación. ■

1. Véase Shoshana Zuboff, “La era del capitalismo de vigilancia”, *Le Monde diplomatique*, edición chilena, enero-febrero de 2019.

2. Véase Dan Schiller, “El ciberespacio en disputa”, *Le Monde diplomatique*, edición chilena, marzo de 2013.

3. Véase los informes “Transparence des informations”, Google, <https://transparencyreport.google.com>, <https://transparency.facebook.com>

4. Joe McNamee, “Leak: France and Germany demand more censorship from Internet companies”, *European Digital Rights*, 7-6-2018, <https://edri.org>

*Investigador, miembro de la organización La Quadrature du Net [la Cuadratura de la Red]. Este artículo es una adaptación de su libro *L'Utopie déçue. Une contre-histoire d'Internet, XVe-XXIe siècle*, Fayard, París, 2019.

El Club de París marginado de la cartera de acreedores

Juego de engaños en torno a la deuda de los países pobres

por Milan Rivié*

Contrariamente a los deseos del presidente francés, la deuda de los países africanos no será anulada, y la suspensión provisoria otorgada no resolverá los problemas agravados por la pandemia del Covid-19. Es hora de considerar el rechazo de los pagos.

El 13 de abril de 2020, Emmanuel Macron llamaba la atención del mundo entero reclamando “una anulación masiva” de la deuda africana para apoyar al continente frente a la pandemia de Covid-19. Entre 2010 y 2018, la deuda se duplicó alcanzando los 195.000 millones de dólares. Horas más tarde, el G20 desautorizaba al presidente francés decretando apenas una suspensión de pago para los países más pobres.

La propuesta francesa resulta engañosa. París posee créditos por 14.000 millones de euros en 41 países africanos, es decir, menos del 3% de la deuda externa pública bilateral del continente (1), allí donde China posee no menos del 20%, según estimaciones (2). Aun cuando el Estado francés anulara totalmente sus créditos, lo que desde luego es deseable, eso sólo tendría un efecto muy marginal en el endeudamiento del continente africano. Es toda la arquitectura del pago de deudas lo que debe revisarse.

Francia forma parte de las potencias que impulsaron la creación de las instituciones de Bretton Woods, en 1944: el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial, ambos centrales en el pago de las deudas soberanas. También fue impulsora de la creación del Club de París, en 1956, que reúne actualmente a veintidós Estados acreedores, y que tiene su sede en el Ministerio de Finanzas, en la rue de Bercy, en París. En sesenta y cuatro años de vida, el Club de París intervino en 434 operaciones de reestructuraciones de deudas soberanas respecto de 90 países diferentes (3). El problema es que, a pesar de su papel preponderante, no tiene ninguna legitimidad. Definiéndose a sí mismo como una no-institución, este “club” no dispone de estatuto, ni de carta, ni responde a ninguna regla de derecho. Sólo responde a sus principios, entre ellos, el “principio de solidaridad” (4). En suma, ningún país miembro del Club de París puede llevar a cabo unilateralmente la reducción de deuda de un país. Actuando de común acuerdo con el FMI, miembro muy influyente del Club, este cartel de acreedores tomó decisiones parciales sobre la imposición de medidas neoliberales, desde los planes de ajuste estructural de los años 1980 hasta la actualidad (5).

Otrora mayoritario, el Club de París se muestra actualmente como un acreedor más. En 2007, poseía el 50% de la deuda bilateral de los países de bajos ingresos. En 2018, ese porcentaje superaba apenas el 10%. Mientras tanto, China incrementaba el suyo de aproximadamente el 2% a más del 25% (6).

A pesar de las incesantes invitaciones de sus miembros, este falso aliado de los países del Sur aún no es miembro del Club. Así, si éste deseara realmente organizar la “anulación” de las deudas africanas, ya no dispondría de una base suficiente para imponerla a los demás acreedores bilaterales, con China a la cabeza. Del mismo modo, al estar la deuda externa pública mayoritariamente en manos de acreedores privados, el Club de París no tendría peso suficiente. No es para nada casual que la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (CNUCED) haya llamado una vez más a la creación de un mecanismo internacional e independiente de reestructuración de las deudas soberanas. Valiéndose del apoyo del FMI, el G20 y el Instituto de Finanzas Internacionales (IIF, en inglés), que reúne a 500 instituciones bancarias, los miembros del Club de París se opusieron siempre a ello.

Saldo renegociables

Solicitando la anulación masiva de las deudas africanas, Macron deseaba matar dos pájaros de un tiro. Primero, poner a China entre la espada y la pared, incitándola a llevar a cabo la anulación de sus créditos. Segundo, si eso ocurriera, incitarla a sumarse al Club de París para asegurarse de que sus competidores se ajusten a las mismas modalidades, según otro principio del Club, el “principio de comparabilidad de tratamiento”. A través de esta operación de comunicación, el presidente francés habría colocado nuevamente a su país y al Club de París en el centro de los pagos de deuda soberana, con los intereses políticos y económicos que ello implica. No lo logró.

Contando únicamente a los países de bajos ingresos, 46 de ellos gastan más en el pago de la deuda (7,8% del Producto Interno Bruto) que en la salud (1,8%) (7). Lo que explica la bocanada de oxígeno que representaría una anulación de sus deudas. Pero lo que importa no es tanto el nivel de anulación sino el “cómo”. Una anulación se define del siguiente modo: se toma todo o parte de la deuda, capital e intereses incluidos, y se reemplaza el monto a pagar por un “cero” en la cuenta de operación. Los acreedores no cobran. Ese riesgo es por todos conocido, razón por la cual es remunerado con la tasa de interés. Alemania, Egipto, Ecuador, Jamaica, Namibia, Mozambique, Perú, Sierra Leona, son algunos ejemplos de países que se beneficiaron en el pasado con una anulación lisa y llana.

Una reducción o una reestructuración de la deuda constituye una operación sen-

siblemente diferente. Una parte, generalmente mínima, puede anularse. El saldo pendiente, en cambio, se renegocia. Se procede entonces a diferir (es decir, suspender) y/o extender el período de pago; renegociar las tasas de interés; incluso refinanciarlo mediante operaciones de conversión de deuda en inversión, invirtiendo el acreedor de diferentes maneras su acreencia en diferentes sectores del país en cuestión. En este segundo esquema, sólo la parte definida como insostenible por los acreedores se renegocia, con el fin de evitar la cesación de pagos y mantener bajo control a los países en dificultades.

Créditos condicionados

Como era de esperar, es este segundo esquema el que se privilegia desde fines de marzo de 2020. El FMI y el Banco Mundial llaman a reducciones de deuda por parte de los acreedores bilaterales, sin que se aplique siquiera la misma disciplina. Peor aún, a pesar del financiamiento de emergencia, la mayoría se hace bajo la forma de préstamos condicionados a privatizaciones y otras medidas neoliberales. Por su parte, los acreedores privados no asumieron ningún compromiso. En cuanto a los acreedores bilaterales, el G20 anunció una postergación de los pagos al año 2022. Finalmente, estas medidas atañen únicamente a 77 países, que representan el 8% de la deuda externa pública de los países del Sur. Ninguna anulación, sino una postergación de pago del 3,6% de la deuda de los países destinatarios.

Sin esperar, los países del Sur podrían sin embargo proceder a suspensiones y desconocimientos de deuda. Los ejemplos históricos y los argumentos de derecho internacional para hacerlo no faltan: fuerza mayor, estado de necesidad o incluso cambio fundamental de circunstancias (8). Podrían in-

cluso invocarse otros argumentos: deudas ilegales, odiosas, ilegítimas, ya que son heredadas de la época colonial o de regímenes dictatoriales (9). Los países del Sur podrían constituir un frente unido para desconocer las deudas. Es indispensable infundir una solidaridad de los pueblos mediante movilizaciones internacionales y, para las poblaciones, poner la deuda en el debate público manteniendo una presión constante sobre sus dirigentes. ■

1. “Encours de créances de la France sur les États étrangers au 31 décembre 2018”, sitio web del Tesoro francés, París, 12-11-19, www.tresor.economie.gouv.fr

2. China Africa Research Initiative, www.sais-cari.org

3. Sitio web del Club de París, www.clubdeparis.org

4. Cf. “Club de Paris: Comment sont restructurées les dettes souveraines et pourquoi une alternative est nécessaire”, Plataforma de acción e información sobre la deuda de los países del Sur, París, 18-3-20, <https://dette-developpement.org>

5. Véase Damien Millet y Eric Toussaint, “Acreedores discretos, unidos y todopoderosos”, *Le Monde diplomatique*, edición chilena, junio de 2006.

6. “Macroeconomic developments and prospects in low-income developing countries 2018”, *IMF Policy Paper*, Fondo Monetario Internacional, Washington, DC, marzo de 2018, <https://www.imf.org>

7. Daniel Munevar, “COVID-19 and debt in the global south: Protecting the most vulnerable in times of crisis I”, European Network on Debt and Development (Eurodad), Bruselas, 26-3-20, <https://eurodad.org>

8. Éric Toussaint, “Pour combattre le Covid-19: pourquoi et comment suspendre immédiatement le paiement de la dette”, Comité para la Abolición de las Deudas Ilegítimas (CADTM), Lieja, 6-4-20, www.cadtm.org

9. Véase Jean Gadrey, “Faut-il vraiment payer toute la dette”, *Le Monde diplomatique*, París, octubre de 2014.

*Defensor del Comité para la abolición de las deudas ilegítimas (CADTM).

Traducción: Gustavo Recalde

Responsabilidad internacional

El espectacular aumento de la deuda africana se explica por una serie de factores exógenos (1). En primer lugar, el fin de los altos niveles de precios de las materias primas iniciado en 2013, período llamado “súper ciclo”, y la depreciación de las monedas frente al dólar, principal divisa de intercambio. Luego, la onda expansiva provocada por la crisis financiera de 2007-2008, que tuvo el doble efecto de desacelerar el desarrollo económico y fomentar el apetito de los bancos e inversores privados, seducidos por la perspectiva de invertir su importante liquidez en la deuda soberana de los países del Sur: más riesgosa, ésta era también más rentable gracias a las elevadas tasas de interés, mientras que se abría un período sombrío e incluso recesivo para los mercados financieros en el Norte. Desde 2010, el porcentaje de los pagos de la deuda externa pública de los países del Sur con respecto a sus ingresos totales aumentó un 85% y alcanza un nivel promedio del 12,2% de los ingresos públicos de los Estados, es decir, el nivel más alto alcanzado desde 2004 (2).

En el aumento de la deuda, también participan factores internos sin explicar su recurrencia (3): falta de inversión de los Estados en infraestructura, en unidades de producción y transformación de los recursos locales; disminución de los ingresos fiscales; malversación de dinero público; especulación con la deuda pública interna; fuga de capitales, corrupción; clientelismo, etc. Este disfuncionamiento de los llamados regímenes democráticos no es exclusivo de los países africanos: traduce el carácter mismo del sistema económico global dominado por las instituciones financieras internacionales (Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, Banco de Pagos Internacionales, etc.) y por los grupos informales (G7/8, G20, Club de París, Instituto de Finanzas Internacionales, etc.). Por tal motivo, son, de hecho, los principales responsables de los niveles de desarrollo y endeudamiento de los países del Sur.

1. Véase Sanou Mbaye, “Métamorphoses de la dette africaine”, *Le Monde diplomatique*, París, mayo de 2015.

2. Jubilee Debt Campaign, “Crisis deepens as global South debt payments increase by 85%”, 3-4-19, www.jubileedebt.org.uk

3. Kako Nubukpo, “Pourquoi les dettes africaines reviennent toujours?”, *Le Point Afrique*, 15-4-20, www.lepoint.fr

¿Una nueva condición del género humano?

Confinados en la matriz

por Denis Duclos*

Meses de enfermedad y confinamiento llevaron a poblaciones enteras a depender más de los medios para informarse, reflexionar, conversar y trabajar. Por más que la difusión de la prensa escrita estuvo penalizada por las medidas de confinamiento, rara vez fue tan importante su consumo: diarios, emisoras tradicionales de radio y televisión, videos por internet, redes sociales, información continua, foros y videoconferencias: el planeta multimediático zumba de mensajes intercambiados, como una colmena gigante. ¿En qué dirección se estimulan o influyen los actos y pensamientos? Es difícil responder, aunque hayamos examinado minuciosamente los miles de referencias temáticas de Google Noticias durante cinco meses (1). Salvo en un punto: el medios-mundo fue claramente un productor del acontecimiento, imponiéndole un sentido intolerable y la alineación de una mayoría de los Estados con una misma política sanitaria de excepción.

Posicionándose como el coro de un teatro trágico, instalada entre el público y los profesionales, para hacer llegar a ambos sus respectivas posiciones, la información globalizada hace aparecer dos principales fuerzas presentes: personas con saber y decisión por un lado, pueblos y “pacientes” por el otro. Pero todos ellos conectados y sometidos a la nueva condición electrónica del género humano, ¿o no están acaso, públicos y actores, confinados juntos dentro del perímetro de una misma instancia mediática?

A nadie escapó una de sus manifestaciones más espectaculares: las curvas, los mapas y gráficos relacionados con la epidemia, los órdenes de confinamiento, cuarentenas y cierres de frontera, que captaron y alimentaron a diario a los medios del planeta entero. Esas infografías, a través de las cuales se produce la realidad (más que lo contrario), a tal punto que la estrategia mundial de lucha contra el Covid-19 se llama “aplanar la curva”, constituyen de aquí en más en la faz del planeta de los medios, una analogía sanitaria de los boletines meteorológicos o de las cotizaciones de la bolsa, interpretados en tiempo real y luego comentados en cometas conversacionales.

Basados en cifras parciales, sesgadas y fragmentadas, esos indicadores de R0 (cantidad promedio de personas infectadas por una persona a su vez afectada por el virus), de índices de mortalidad, de número de enfermos, de fallecimientos, de pacientes en terapia intensiva, etc., captan de continuo una atención inquieta. La comparación internacional demuestra ser más elocuente aún con respecto a la imposibilidad de un saber exhaustivo. Uno sospecha que las incesantes batallas de cifras publicadas sobre la inclusión o no de tal categoría de fallecimientos tienen como objetivo (comprensible) evitar la vergüenza de un resultado “peor” que el del vecino. De ahí que sea dable esperar que los planetas mediático y sanitario se fusionen, a fin de crear los instrumentos para una lectura universal inmediata de todos los datos seguros de contaminación y fallecimientos.

Sobre la propagación del virus, los medios se cuidan de acreditar información que cuestione la doctrina gubernamental y la necesidad del confinamiento, como por ejemplo, la hipótesis de un impacto menor de la epidemia, en muchos países cálidos y húmedos, en poblaciones

desvinculadas de los flujos de intercambio, y jóvenes. Pero la desconfianza es de corto alcance: también hay que tranquilizar, tener en cuenta las esperanzas que surgen en la población y las promesas de las industrias farmacéuticas. Los periodistas reproducen pasivamente las reglas supuestamente siempre virtuosas del “método científico”, que apunta a descubrir el remedio “por fin confiable”. Ignoran voluntariamente la proporción siempre importante de baja replicabilidad de las experiencias y los protocolos de prueba, así como la no fiabilidad de muchos tests positivos o negativos.

La expectativa versátil del coro mediático desemboca en este punto en una paradoja: reafirma la creencia en una tecnociencia idealizada, al tiempo que está dispuesta a condenar a quienes hayan defraudado con anuncios prematuros, o a quienes cuestionen la farmacología oficial. La sospecha de charlatanería acompaña a la fe tecnófila como su propia sombra. Ella pesa sobre unos ingenieros investigadores que también necesitan libertad (de equivocarse y desandar camino), sea cual sea la urgencia del encargo.

Pasiones y controversias

Los anuncios de las autoridades, sobre la reducción de las libertades ordinarias, continúan una orientación mediática similar a la de las cifras, pero de otra manera. Estos despiertan más pasiones y controversias, inspiradas por la divergencia de intereses legítimos, pero también por análisis opuestos del acierto (o los errores) de las políticas públicas. Es el caso de la famosa disputa sobre la aplicación de métodos de trazabilidad en las poblaciones. Por su parte, el debate entre “inmunización de grupo” (más apoyado en países de Europa del norte) y “aislamiento”, mediáticamente no dio en el blanco, quizá frente a la sospecha de irrealidad de la primera opción y a la incómoda revelación de que esta podía señalar, como en Suecia, no la preferencia de la economía frente a la vida, sino de la libertad frente a la salud.

Como se trata de unas decisiones que se imponen como orden legal, político o militar-policial, a toda una población (estado de emergencia, confinamiento), se admite primero sus justificaciones oficiales, reproducidas aquí y allá, como el famoso “aplanamiento de la curva” para “no saturar las urgencias”. Y una duda prudente se infunde detrás de micrófonos y cámaras. Al mismo tiempo que acompañan la política, los medios aceptan cada vez menos la vacilación y la “cacofonía” de los políticos. Aunque supuestamente, el carácter más bien positivo del acuerdo se admite en democracia, porque moderna un activismo histórico que puede llegar a ser más catastrófico que la enfermedad.

El debate sobre la eficacia real de las políticas de prevención respalda a veces, por su parte, una actitud marcial. Por ejemplo, la publicación, el 22 de abril, de un estudio según el cual el confinamiento habría evitado algo más de 60 000 muertes, fue de inmediato retransmitida por el gobierno y la prensa en su conjunto –sin esperar, esta vez, una confirmación de otros investigadores (2). No pasa lo mismo con los efectos sanitarios perniciosos del confinamiento, observados en gran escala en países como India, y de un modo más difuso en el mundo occidental.

Como si ya nadie se atreviera a expresar lo que ayer parecía evidente, ni un solo periodista consideró útil recordar esta declaración de Jean-Claude Ameisen, inmunólogo de re-

nombre, pese a ser muy conocido por los medios, quien criticó desde 2007 la implementación internacional “de medidas de distanciamiento social (sic) que acentúan el aislamiento de cada uno, amenazando así con precipitar a las personas más frágiles en situaciones dramáticas, y de causar su muerte, independientemente de toda infección por el virus de la gripe (3).” El pasado tarda en subir a la superficie y lo hace selectivamente, en apoyo equívoco de las posiciones preferidas: fotos de pueblos con mascarilla en 1918, so pena de prisión (4), exhumación de archivos que muestran las sucesivas cuarentenas a lo largo de los siglos, etc.

La soledad del agente de decisión política, sobre quien recae una responsabilidad excesiva, lo arrastra en una espiral de decisiones al tanteo (como a Olivier Véran, ministro de Salud francés, quien el 24 de marzo declaró sobre el confinamiento: “Mientras deba durar, durará”) a veces inadecuadas, o de autoritarias defensas de sus compromisos (obstinadas o falsamente contritas), al precio de una marginalización del debate. Pero cuando el error de orientación ya no puede ignorarse, y múltiples voces se alzan en múltiples direcciones, el mismo medio entra en la escalada dramatizante. La puesta en escena de lo peor (“la epidemia mortal” volverá por ciclos, el desconfinamiento será “peor”, el derrumbamiento acecha) forja un consentimiento por el miedo. Esta angustia no parece activar por ello un cuestionamiento orgánico de la sociedad-mundo. Muy por el contrario, se abre paso un cansancio ya nostálgico, compasivo, que llama al “retorno” a una normalidad perdida, que debería merecerse gracias a una disciplina social e higiénica, cuyo guardián sería cada individuo.

Peligrosa marginalidad

Como para llenar su vacío, encuentros “humanos” y “altruistas” surgen en respuesta a la reclusión forzada: los medios homenajean a los trabajadores de la salud e informan las manifestaciones de apoyo de la gente. Pero allí también, aparece enseguida lo “negativo”: cuando se acorazan de virtud editorial, para reprobar signos de xenofobia contra los asiáticos (o los africanos en China), o se complacen en denunciar a las personas “que no respetan las medidas de prevención” o a quienes reinciden en su negativa a llevar el certificado de desplazamiento, nueva encarnación de una marginalidad individualista y peligrosa. En la excesivamente rápida indignación contra el vecino que tose muy cerca de uno o corre sin mascarilla, tropezamos también con desagradables novedades: esa pasión por la delación que recuerda a la Ocupación. Aunque las redes sociales y otros espacios de expresión de la gente (como los antiguos “correos de lectores”) rebosan de posturas-extremas que señalan hacia dónde se inclinará ese medio, momentáneamente vacilante: las que celebran la puesta a punto de programas informáticos de localización de los amigos contaminados, de un pasaporte inmunitario o de la multiplicación de certificados.

No se sabe muy bien cómo referirse a las instituciones de atención a personas mayores, cuyo personal, con condiciones de trabajo altamente peligrosas, simplemente “huyó”, abandonando a los residentes (como pasó en Lombardía, pero también en Francia). Ya en la Francia de 1918 se omitía mencionar en los diarios el número creciente de negativas a la autoaniquilación en nombre del bien colecti-

vo (mencionadas por Stanley Kubrick en *Senders of glory*). Pero el mero hecho de que las familias depositen (a veces obligadamente) a personas de edad muy avanzada en esas instituciones de “soledad asistida”, que aportan casi la mitad de los casos a las estadísticas de mortalidad por Covid-19, constituye un tema que causa tanto malestar, que da lugar más que nada a un silencio ensordecedor, al que los medios, en su incomodidad, contribuyen.

Conflictividad latente

Este amplio espectro de opiniones y contradicciones tiende, a fin de cuentas, a franquear cierta línea de desinformación comanditada. Es como si se conformase una trama global de percepciones mediatizadas de lo real que se vuelve coextensiva a nuestra sociedad-mundo. Un dibujante de prensa podría representarlo como un gigantesco banco de peces refulgentes que rodearan la Tierra, en el que individualmente, todos se dirigieran en sentidos distintos, pero dieran la media vuelta al mismo tiempo.

Emerge, por cierto, de la mediósfera tomada en detalle, un halo de cuestionamientos sociales profundos, que ya se había perfilado en el contraste que expresó el movimiento de los Chalecos Amarillos, entre “fin del mes y fin del mundo” –la conflictividad latente entre la necesidad de ganancias inmediatas y la de “supervivencialidad” del futuro Antropoceno. Los artículos críticos que mencionan importantes correcciones a aplicar al régimen económico se mantienen ya evasivos, ya circunscritos a los medios “comprometidos” o que permiten que los compromisos -benevolentes o excesivos- circulen. Incluso estos últimos están lejos de transmitir propuestas políticas globales, o cuestionables por las clases políticas un poco desorientadas en todas partes, y que se sienten socavadas en su propia razón de ser.

Por el momento, la interminable erupción de intervenciones parece querer demostrar que el acontecimiento quizá no sea la pandemia en sí misma. Más allá de los estados de urgencia y los planes gubernamentales de salida de la crisis, habría de aquí en más algo insuperable en los confines de nuestras vidas, ligado al triunfo supranacional de las baronías de internet: ¿demócratas o no, estaríamos... confinados en el planeta mediático sin poder salir de él!

Como si, en último término, la sociedad mundial se impusiera por fin a nosotros conscientemente, con un poder aplastante tanto mayor, que a semejanza de la ballena de Jonás, nos hubiese tragado y disuelto a todos en sus jugos algorítmicos: poderosos, débiles, resistentes o ávidos de poder, anárquicos o maníacos del orden, pasivos o creativos.

Este descubrimiento en curso no es, en sí mismo, negativo. Un “acercamiento social” también se volverá necesario para nuestra salud mental y física, tras el estado de aislamiento de emergencia. Pero todos sabemos que las represiones suelen suceder a los fulgores y que en cuanto la así denominada “normalidad” vuelva a nuestro alrededor y a nuestras pantallas, quizá regresemos muy rápido a la somnolencia tecnológicamente guiada y mediáticamente asistida, olvidando nuestra angustiada resolución de desconfinarnos realmente, tanto en el interior como en el mundo. ■

1. Este texto está basado en la recolección y el análisis de miles de artículos y videos en lenguas francesa, inglesa, italiana y española, publicados en internet entre el 1º de enero y el 11 de mayo de 2020

2. Cf. Jonathan Roux, Clément Massonnau, Pascal Crépey, “Covid-19: One-month impact of the French lockdown on the epidemic burden”, 22-4-2020.

3. Jean Claude Ameisen, “La lutte contre la pandémie grippale: un levier contre l'exclusion”, *Esprit*, Paris, 7-2007.

4. Cf. “In the 1918 flu pandemic, not wearing a mask was illegal in some parts of America. What changed?”, CNN, 5-4-2020.

*Antropólogo.

Literatura de viajes

Topógrafos de lugares lejanos

por Hubert Prolongeau *

Partir lejos de los puntos de referencia propios para descubrir lo desconocido y aprender qué ocurre con el otro y con uno mismo: el viaje no es el turismo, sino una iniciación, desenvuelta o seria. “Pero los auténticos viajeros solo son aquellos que parten por partir...”, escribía Charles Baudelaire. La llamada de los lugares lejanos es una gran aspiración de nuestra modernidad. Se ha convertido en un género literario.

Sucedía en épocas lejanas en las que Instagram no existía. El hombre, que ya viajaba pero menos que hoy en día, solo disponía de su pluma para dar a conocer a sus contemporáneos más sedentarios el ancho mundo y sus propias aventuras. Los primeros relatos de viajes se remontan a la Antigüedad. Heródoto, en sus *Historias* (en torno al 450 a. C.), cuenta sus periplos con un enfoque que podríamos calificar de etnográfico cuando recorre las regiones mediterráneas, y de manera mucho más fantástica cuando aborda las del Hiperbóreo (quizá situado en el Lejano Oriente). El griego Estrabón, en los albores de la era cristiana, escribe diecisiete volúmenes de una *Geografía* que describe la Galia, Italia, Asia Menor, etc. En el Magreb, el geógrafo Ibn Battuta (1304-1368) recorre el Sáhara y atraviesa Oriente Próximo y la India hasta llegar a China.

En Europa, el famoso *Libro de las maravillas* del veneciano Marco Polo (1298), que describe el imperio de Kublai Kan, el emperador mongol al que sirve durante veinte años, introduce de nuevo el exotismo, ofreciendo además un examen detallado, útil tanto al comercio como a la diplomacia. Con los Grandes Descubrimientos, florecen los relatos de viajes, a menudo escritos por “negros” a partir de los recuerdos de los viajeros. Según Jean-Didier Urbain, etnólogo y especialista del viaje, a menudo han de poner nombre a la confrontación (1). Así, el protestante Jean de Léry (1536-1613), enviado por Juan Calvino a Brasil, tendrá que bautizar los animales fabulosos que encuentra, como el tapir, al que llama “burro-vaca” (2). La mayoría de estos “relatos” tenían por objetivo dar cuenta de esa realidad nueva y fantástica, y en su mayoría, como en el caso de las misiones jesuitas, tenían una ambición política y proselitista –a veces, más prosaicamente, aportaban información a los comerciantes comanditarios...–, lo que no era óbice, como en el caso de Jean de Léry, para la reflexión “etnográfica” sobre esos “otros” que descubrían. Es lo que continuará su contemporáneo Michel de Montaigne en sus *Ensayos*: “Viajar me parece un ejercicio provechoso. El alma se ejercita continuamente observando cosas desconocidas y nuevas. Y no conozco mejor escuela para formar la vida, como he dicho a menudo, que presentarle sin cesar la variedad de tantas vidas, fantasías y costumbres diferentes” (3).

En el siglo XVIII, el viaje adopta a menudo la forma del llamado *grand tour*, un periplo por Europa, y particularmente Ita-

lia, educativo e iniciático. Charles de Montesquieu recorre durante tres años Austria, Hungría, Italia, Inglaterra (4)... y toma notas (a menudo descripciones de estatuas, museos y panoramas); a veces, parece que su primera preocupación al llegar a un sitio es detectar el punto más alto para subir hasta él y contar lo que ve. Pero en ese siglo se precisa esa alternancia entre lo descriptivo y lo personal, entre lo informativo y lo íntimo, que marcará el género hasta la actualidad. El inglés Lawrence Sterne introduce la introspección ficcionada y transforma en novela su *Viaje sentimental por Francia e Italia* (1768; Debolsillo, 2012). “El relato se desplaza de la crónica hacia la aventura emocional, hacia el descubrimiento del otro, sin dejar de incurrir en importantes silencios, sobre todo sexuales”, prosigue Jean-Didier Urbain (5). El “viaje sentimental” se convertirá en un género en sí mismo, al que darán lustre muchas mujeres de letras, como la gran feminista y filósofa política Mary Wollstonecraft. Pronto se volverá interior y literario.

Antigüedad y arqueología

Esta evolución notable tiene lugar sobre todo a partir del siglo XIX. ¿Comienza esa eclosión con François-René de Chateaubriand? En todo caso, el vizconde fija algunas reglas: hallamos en sus relatos una mezcla de introspección y descripción, visiones fascinadas del horizonte, comparaciones etnológicas y consideraciones filosóficas. A veces, sucumbirá a otras sirenas: las de la fabulación, la necesidad de contar hasta lo que no ha podido ver. Así, los especialistas han observado en las famosas descripciones de las orillas del Meschacébé (el Mississippi) abundantes errores, con elementos de la orilla izquierda que aparecen situados en la derecha (*Viaje a América*, 1827). Es divertido comparar su Itinerario de París a Jerusalén (1811) con el conjunto de notas que dejó su criado Julien. Allí donde François-René se presenta como un admirador de las culturas de la antigüedad y un apasionado de los restos arqueológicos, Julien describe un amo que recorre a toda velocidad lugares apenas entrevistados con una única idea en mente: encontrar lo antes posible a Nathalie de Noailles, quien le ha prometido que será suya al final de su periplo (*Œuvres romanesques et Voyages*, Gallimard-La Pléiade, 1969).

“A partir del siglo XIX, hubo cuatro grandes periodos”, nos explica Tristan Savin, redactor jefe de la revista *Long cours*. “Los descubridores (Gustave Flaubert, que

va a Jerusalén; Théophile Gautier, que va a Constantinopla...) viajan a África y hasta China o Japón; más tarde, es el turno de los oficiales de Marina Victor Ségalen y Pierre Loti: es el gran siglo del orientalismo, que se extenderá a la pintura y la arquitectura. Luego vendrán André Malraux y Joseph Kessel, escritores de novelas inspiradas por el viaje”. Es importante destacar que las mujeres no se quedan atrás: la erudita Alexandra David Neel viaja hasta Mongolia, Sikkim y el Tíbet (*Mi viaje a Lhasa*, Tushita, 2018), Isabelle Eberhardt recorre Argelia y Ella Maillart marcha al Cáucaso y Afganistán (*El camino cruel*, Línea del Horizonte, 2015). Aventureras, cultas, a veces místicas, ellas también aúnan escritura brillante y gusto por la aventura vivida que les lleva a rebasar los límites establecidos.

Caminos y caminatas

Según Savin, “sigue una generación de escritores más introspectivos: Jacques Lacarrière, Jean-Paul Kaufmann, Jacques Meunier”. En efecto, a medida que desaparece toda *terra incognita* o casi de los mapas, la literatura de los caminantes conoce un renacimiento, símbolo de una era que descubre los virtudes de la lentitud. “Al principio hubo grandes caminantes, Rousseau, Hugo, Dumas a veces, Flaubert en el campo con Maxime Du Camp, Stevenson con su burro en Cévennes... – cuenta Antoine de Baecque, autor de *Les écrivains randonneurs* (Omnibus, 2013)–. Luego se desarrolló una literatura de gesta física. Los autores del siglo XIX llevaban la caminata al límite y contaban sus técnicas: cómo ser el más eficaz, el más resistente. Más tarde, en la segunda mitad del siglo XX, se produjo un renacimiento del género, más literario, impulsado por Jacques Lacarrière, Bernard Ollivier o Jacques Lanzmann. La caminata se refleja en la manera de escribir, dando pie a un movimiento más lento, a otro ritmo, de carácter hipnótico. Es una experiencia interior; también es conocer cierto grado de sufrimiento. Cuando el automóvil y el avión están desacreditados, el caminante se convierte de nuevo en una especie de héroe contemporáneo”.

Para Jean-Luc Coatalem, escritor, coautor del *Manifeste pour une littérature voyageuse* (Complexe, 1999), esta última, aunque esté animada por “el apetito del mundo”, es sobre todo “una literatura de solitarios: un hombre, un país, una aventura, un encuentro... Un ambiente mimético solo lleva a repetirse. El mejor camino hacia uno mismo es el otro. El escritor viajero se sale de los esquemas y se enfrenta a lo que no es él. Me interesa menos el destino que el viajero. Lo que hay en él, lo que está más allá del relato. Debe ser el desencadenante de algo, no el relato de una proeza física...”.

Sin duda, el suizo francófono Nicolas Bouvier (1929-1998) es el representante más notable de esta literatura, perfectamente resumida en la famosa frase “Creemos que vamos a hacer un viaje, pero pronto es el viaje el que te hace a ti. O quien te deshace”, tomada de *Los caminos del mundo* (1963, Península, 2019) y que se ha convertido en la cita más apreciada por aquellos que hacen del mundo su hogar.

Actualmente, el género está comercialmente establecido, tal y como muestra el éxito de Sylvain Tesson, con *La vida simple* (Alfaguara, 2013] o *La panthère des neiges* (Gallimard, 2019). “Precisamente, tiene ese aura –prosigue Savin– porque se aparta deliberadamente de cualquier esquema novelesco, afirmando incluso que es perfectamente incapaz de escribir uno. Introduce en sus relatos sus lecturas: poesía y filosofía. El lector los encuentra a la vez bien escritos e inteligentes, con más motivo dado que están firmemente anclados en la corriente ecológica. A su alrededor, el número de autores se multiplica: sin duda, menos interesados en una exploración del mundo que se ha democratizado mucho, recurren al humor y la sátira. Es el caso de Julien Blanc-Gras que, en *Briser la glace* (Paulsen, 2016), el relato de un crucero por Groenlandia en un barco-residencia de artistas, difunde datos y consideraciones sobre el cambio climático mediante descripciones y la divertida crónica de lo que le sucede.

¿Estas ganas de dar a conocer la propia aventura le asaltan a todo el mundo, y hasta el último viajero querría comunicar al mundo entero sus hazañas? Algunas editoriales se han especializado en este campo. Para Valérie Dumeige, directora de uno de los sellos más especializados en Francia, Arthaud, “existe mucho interés en contar los viajes propios. Recibimos muchos manuscritos. Pero la mayoría, por desgracia, parecen hechos con una Polaroid: en realidad no cuentan nada. Sus autores necesitan esa ruptura, pero lo que extraen de ella es de una banalidad total”. A veces, sin embargo... *Les routes de la vodka* (2019), una divertida epopeya rusa firmada por Nicolas Legendre, que llegó por correo, tenía ese tono que marca la diferencia. “Los verdaderos autores –continúa Dumeige–, tienen esa escritura geográfica. Tratan de convertir el lugar en el vector que estructura una trama novelasca. Stendhal decía de la novela que es un espejo que ponemos a lo largo de un camino. Un buen relato de viajes es eso”.

El éxito es tal que el concepto se convierte en marca. El festival “Étonnants Voyageurs” de Saint-Malo se centra en esta literatura, y han surgido muchas librerías especializadas. Queda por saber si lo que es bienvenido es el turismo, la aventura o el viaje íntimo. “No se viaja para engalanarse con exotismo y anécdotas como un árbol de Navidad, sino para que el camino te despeluche, te remoje, te escurra, te deje como esas toallas gastadas por el detergente que te entregan con un trocito de jabón en los burdeles”, escribió en *El pez escorpión* (1981; Altair, 2011) el imprescindible Nicolas Bouvier. ■

1. Cf. Jean-Didier Urbain, *L'envie du monde*, Bréal, Rosny-sous-Bois, 2018 (2.ª edición).

2. Jean de Léry, *Histoire d'un voyage fait en la Terre du Brésil, autrement dite Amérique*, (1578), disponible en el sitio web Gallica. También en: *Livre de Poche*, París, 1994.

3. N. de la T.: Traducción de Verónica Canales Medina.

4. Montesquieu, *Œuvres complètes*, tomo 10, Garnier, París, 2012.

5. Declaraciones recogidas por el autor.



Democracia Hitos de la historia de una palabra

Roberto Torretti
Ediciones UDP, 2019, 159 páginas.

Nuevamente nos sorprende Torretti con una sugerente incursión en la “historia de la palabra democracia”. Un breve ensayo acompañado de excelentes notas. Lo hace con una evidente preocupación social y, en particular, por su uso en Chile; de hecho, constata que a lo menos siete partidos, de todo el espectro político, usan la palabra en su nombre. Pero les recuerda que “esta nomenclatura autocomplaciente no implica, claro está, que dichos partidos eludan la ‘ley de hierro’, según la cual los partidos políticos en democracia devienen organizaciones oligárquicas”.

Primero hace un fino recorrido por su trayectoria en la Grecia clásica, en particular en la gobernada por Efilates. Nos recuerda que Aristóteles hacía la clara distinción entre *ricos*, los que tienen la vida garantizada pues tienen propiedades, y los *pobres* que no tienen la vida garantizada, pues no son propietarios. También hacía la distinción de los *ricos de riqueza moderada*, lo que hoy llamaríamos *clase media*, y los *esclavos*. Todo esto requiere mayores precisiones y la lectura del trabajo de Torretti es iluminadora. Por cierto, para Aristóteles, los trabajadores asalariados también son *esclavos*, pero “a tiempo parcial”: “Lo que diferencia la democracia y la oligarquía entre sí es la pobreza y la riqueza. Y necesariamente cuando ejercen el poder en virtud de la riqueza, ya sean pocos o muchos, es una oligarquía, y cuando lo ejercen los pobres, es una democracia”. Es evidente que ya comprendía la existencia de clases sociales, sus roles y sus diferencias, y que los problemas entre estas no eran sólo de ser *mayoría* o *minoría*, aunque sabía que los pobres eran muchos y los ricos unos pocos.

El libro después repasa la historia del término democracia en el proceso revolucionario de la independencia estadounidense, destacando el rol de Madison y Paine, y sólo mencionando brevemente algo de la Revolución Francesa. Pero fue esta, la que nos familiarizó con la idea jacobina de la *fraternidad*, y la emancipación del pueblo de la dominación en todas sus formas. Promoviendo la *democracia fraternal republicana* como el compromiso de acceso de pleno derecho a la vida civil de los *recíprocamente* libres. Es la promesa de emancipación de los pobres no-libres, de las mujeres, de los asalariados (aquellos *esclavos a tiempo parcial*) y de todos los marginados. Torretti nos recuerda que no tiene tiempo, que le habría gustado trabajar “la historia de la democracia”. Pero nos entrega un sugerente trabajo muy bien escrito, sobre una historia política que debía ser contada.

En medio de la pandemia y mirando el horizonte de una nueva constitución para Chile, me quedo con su selección de detalles de la democracia ateniense, y con este breve pero excelente trabajo de un gran maestro como Torretti. ♦

Gonzalo Rovira



Historia, museos y patrimonio

Luis Alegría y varios autores.
Ediciones del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural, 2019, 217 pp.

El presente libro está estructurado en dos secciones: una primera, de íntegra autoría de Luis Alegría Licuime, de orden más bien teórico y en la que se recogen propuestas de estudios patrimoniales y crítica de los tradicionales procesos de patrimonialización, y una segunda parte abocada a estudios de casos de institucionalización patrimonial en Chile, entre los años 1830 y 1930, en la que se reúnen trabajos de Stefanie Gänger, Sigal Meirovich, Gloria Paz Núñez y Gabriela Polanco.

A nuestro juicio el principal valor de este volumen lo constituye el hecho de poseer a los *estudios patrimoniales* como una aproximación crítica de los diversos procesos de patrimonialización, principalmente estatales/nacionales, entendidos estos como formas de construcción de hegemonía cultural, en donde el Museo se nos presenta ya no como un lugar sagrado, sino como un dispositivo ideológico que por su rusticidad (al menos en el período estudiado) podría ser pensada perfectamente como “aparato ideológico del Estado” (Althusser). De hecho la cuestión de la construcción de la Nación recorre todo el libro, el que entrega luminosas observaciones sobre todo en los estudios reunidos en la segunda parte, en donde, por ejemplo, el modo de “resolver” el problema del lugar de los pueblos indígenas en el relato museístico muestra toda su complicidad con el arrinconamiento de dichos pueblos en el presente que servía de centro de gravedad del relato. El sustrato que permite y autoriza todas estas mediaciones no es otro que el dado por la Historia Universal en su sentido decimonónico, aquella estructurada en base a un mecanicismo que comparten por igual los registros ilustrado, hegeliano y positivista. Los pueblos “de” la Historia se ordenan unos después de otros, siendo de su cercanía al futuro de donde extraen sus derechos, mientras que su valor (histórico) lo extraen de la forma en que han “aportado” en el pasado al fin: la civilización, en sus acepción económica ligada al comercio y la industria, o su acepción política ligada al perfeccionamiento de las instituciones que sirven de soporte a la libertad.

Tal como nos recuerda Luis Alegría en la primera parte de este libro, citando a Andreas Huyssen: “Una sociedad tradicional sin un concepto secular y teleológico de la historia no necesita un museo”. Cabría preguntarse entonces –si es verdad que la fe en ese concepto se ha perdido– qué puede ser hoy un museo histórico o, más complejo aún, un museo histórico-nacional. Si hoy nos aproximamos a ambos conceptos como meros mitos nos enfrentamos al desafío de la reinención del museo (o a su cierre por parte del Estado dada su caducación en tanto dispositivo). ♦

Pablo Aravena Núñez



Testimonios de militares antigolpistas Fuentes para la historia de la República volumen XLVIII

Jorge Magasich Airola
Biblioteca Nacional de Chile/Centro de Investigaciones Barros Arana, 1.300 págs.

Jorge Magasich es un historiador chileno afincado en Bélgica cuyo trabajo de investigación sobre las raíces del golpe de Estado de 1973 que derrocó al gobierno de Salvador Allende, se ha plasmado en numerosos artículos académicos y en sendos libros necesarios para escudriñar sobre ese momento histórico. Una de sus áreas de investigación más conocidas está relacionada con la reconstrucción del papel de las Fuerzas Armadas, y particularmente sobre la organización de los marinos constitucionalistas que se opusieron al golpe de Estado.

Este libro, “Testimonios de militares antigolpistas”, contiene las entrevistas íntegras de 55 testigos y protagonistas directos de quienes se organizaron -o al menos lo intentaron- para mantener una conducta constitucional ante la conspiración y el golpismo. Su anterior publicación de 2008, “Los que dijeron no: Historia de los marinos antigolpistas de 1973” tuvo una importante acogida, que hoy se complementa y profundiza en este trabajo de 1.300 páginas con los relatos directos de los ex-uniformados, abogados defensores de los que fueron llevados a juicio, los exmilitantes que estuvieron en contacto con ellos y de los dirigentes de la izquierda que conocieron de su organización.

A través de las páginas y los relatos, el lector podrá hacerse una idea -sin intermediarios- del real alcance de la organización de estos marinos democráticos, que fue mucho más extensa de lo que ha registrado la prensa y que las propias FFAA han querido reconocer.

Queda claro en los relatos de los exmarinos, así como en las entrevistas a los dirigentes de la izquierda, que no hubo una sola política sobre qué hacer con las fuerzas que se organizaban al interior de las FFAA, como tampoco una estrategia de los involucrados, ni de la izquierda, ni del gobierno de la Unidad Popular.

El trabajo de Magasich pone un foco de luz en un rincón pocas veces abordado por la izquierda, la de levantar y desarrollar una política de defensa integral que incluya el control civil y democrático sobre las FFAA, las reformas históricamente postergadas como el fin de los privilegios de clase de la oficialidad y un modelo que erradique el nepotismo, el integrismo y el conservadurismo que abunda en las filas militares. ♦

Libio Pérez



Covid-19 Nada será igual

Izkia Siches, Serge Halimi, Renaud Lambert, Pierre Rimbart, Clara González, Luz Vidal, Andrea Sato, Rodrigo Mundaca, Álvaro Ramis, Rafael Urriola y Libio Pérez
Editorial Aún Creemos en los Sueños, junio 2020, 60 páginas.

“Al parecer nos encontramos en ese momento histórico que nace como necesidad, y abre una oportunidad de repensar el nuevo orden social, económico y político desde la solidaridad y colaboración, en base a un oponente que nos une en un mismo problema”.

¿Dejará la posibilidad de erigir una nueva sociedad la crisis que enfrentamos, o todo volverá “a la normalidad” cuando el último paciente crítico salga de la Unidad de Cuidados Intensivos? El neoliberalismo exacerbado de la Constitución dictatorial parece haber sido perturbado por la rebelión popular que empezó el 18 de octubre pasado y por la pandemia actual.

Estos artículos, con una mirada multidimensional sobre la pandemia, destacan la falta de respuesta adecuada por parte del gobierno. El coronavirus pondría aún más en evidencia los problemas estructurales del modelo.

Desde las violaciones del derecho al agua hasta las violencias hacia las mujeres, pasando por la dura realidad de las trabajadoras de casa, sobresale la falta de protección en Chile. Muchos trabajadores ganan su vida en la informalidad y no pueden quedarse en casa.

Si la mayoría de los países de la OCDE han admitido la necesidad de una intervención fuerte del Estado para superar la pandemia, en Chile no se ha hecho. Salvo unos 100.000 pesos y una caja de alimentos, en una exacerbación del modelo existente.

“¿Podrá enfrentar Chile mejor que otros países la crisis provocada por el Covid-19?” se preguntaba Rafael Urriola. Ahora sabemos que no es el caso. Las vulnerabilidades del sistema de salud chileno descritas por el economista provocaron el colapso que se ha dado en las últimas semanas.

Uno se puede preguntar, entonces, lo que quedará “después”. Lamentablemente, si la crisis ha demostrado algo según estos artículos, es que el capitalismo tiene límites, y que más capital no significa menos desigualdades ni mayor justicia social. Las noches de toque de queda ritmadas por la represión policial y militar dan cuenta del profundo carácter autoritario del régimen, que parece ser lo único que permite a las autoridades mantenerse en el poder. Sin embargo, si los gobernantes no han cambiado, las mentalidades sí. Los ciudadanos son más conscientes que nunca del futuro que se está anunciando, y que, al salir de esta crisis, “nada será igual”, ni debería serlo. ♦

Caroline Chambon



Regreso a Reims

Didier Eribon
Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2017,
252 páginas.

Nuestro pasado sigue siendo nuestro presente... uno se reformula, se recrea... pero no se formula ni se crea. Este libro, cuya primera edición en francés data de 2009, es la propuesta del autor, de una vuelta a sus orígenes sociales después de 20 años de alejamiento de su familia y del lugar. Una búsqueda desde una perspectiva de relación individual y social en un contexto histórico determinado. La pregunta del comienzo que se hace el autor es si su alejamiento se debe a su opción sexual, o al querer ocultar sus orígenes sociales de una familia obrera, machista y tradicional francesa. Familia y entorno que siendo militantes comunistas, terminan votando por la derecha en el Frente Nacional, tránsito que el autor explica desde los cambios sociopolíticos y la ascensión social en el contexto histórico de larga duración. Alejado de su familia al entrar a la Universidad en Reims, siendo el primero y el único que estudió en la universidad, se traslada a París en la década de los setenta, donde ejerce el periodismo en el diario *Liberación*, y posteriormente en *Le Nouvel Observateur*. Profesión que lo lleva a entrevistar y conocer a Georges Duze-

mil, Pierre Bourdieu, Michel Foucault, entre otros, con quienes comparte ideas del mundo y la política. Decide volver a su ciudad natal después de que su padre es internado en un asilo de ancianos; reencuentra a su madre con quien va reconstituyendo su historia apoyándose en el álbum familiar fotográfico que le permite recordar y reconocer lugares y vivencias olvidadas en alguna parte de su memoria, porque en la práctica nada se olvida, *todo está guardado en la memoria, sueños de la vida y de la historia* como lo escribe y canta Leon Gieco. A la muerte del padre, a cuyo funeral decide no asistir, comienza a materializar la idea del libro que finalmente publica. Revisa la separación con sus hermanos, a quienes no ha vuelto a reencontrar, que siguen el camino que les está destinado: oficios de obreros en una ciudad mediana, producto de la selección social del sistema educacional y de la sociedad. Desde un socioanálisis, como lo proponía Bourdieu, para entender las formas de dominación y tomar conciencia de ellas, Eribon hace la travesía de su vida y de su historia, relacionando su decisión de escapar a su destino social y familiar, o tal vez también por su homosexualidad, con la historia francesa post 68, que le permite instalarse en el medio intelectual de izquierda crítico de la dominación socio cultural y asumiendo la diferencia sexual. *Y si son los discursos y las teorías que nos fabrican como sujetos de la política ¿no nos compete a nosotros construir discursos... teorías que también nos permitan estar listos para acoger a cualquier movimiento nuevo que quiera presentar en la escena política nuevos problemas y palabras que no escuchábamos o que no nos esperábamos?* Una pregunta que nos interpela urgentemente en estos tiempos de pandemia, tanto en nuestras vidas cotidianas como en nuestro ser público y político. ♦

Margarita Iglesias Saldaña

**¡Súmate ya!, a la
COMUNIDAD DE LECTORXS LOM**

Tenemos 4 modalidades de suscripción,
elige la tuya y recibe tu libro en casa.
Despacho gratuito.

Suscríbete en
www.lom.cl

f LOMediciones t @Lomediciones i @lom_ediciones



Sociología(s) del arte y de las políticas culturales

Tomás Peters
Ediciones Metales Pesados, 2020, 208 pp.

El libro de Tomás Peters constituye un hito en la reflexión sobre el arte en la sociología de América Latina. Hay desde luego importantes filósofos, científicos sociales y ensayistas en nuestro medio que elaboraron a lo largo del siglo XX importantes consideraciones teóricas sobre el espacio del arte en la sociedad, pero la reflexión que presenta Peters tiene la cualidad de ensayar un recorrido global que es inspirador para todos los interesados en la reflexión sobre arte y sociedad.

Peters suma a su experiencia docente un trabajo académico en dos direcciones: los estudios empíricos sobre las prácticas y el consumo cultural en la sociedad chilena y latinoamericana, y su propia reflexión sobre una gran variedad de temas -educación de las artes, mediación artística, derechos culturales, crítica de arte, etc.- que le han permitido vincular la reflexión teórica con diversas formas de expresión artística.

La propuesta que elabora en su obra tiene tres importantes componentes: el seguimiento de pistas teóricas que permitirán ubicar el sentido del arte en la modernidad, la reflexión sobre las condiciones actuales de la industria cultural (qué es el arte en un mundo ultratecnologizado) y el diálogo entre la sociología del arte y las políticas culturales.

En este último punto, Peters nos recuerda que el campo de las políticas culturales no es equivalente al de la sociología aplicada, es decir, no es un intento de producir una cierta transformación social derivada de algunos descubrimientos de la sociología del arte. Quizá la diferencia más relevante entre los sociólogos del arte y los funcionarios políticos de la cultura es que estos últimos sostuvieron a priori el carácter positivo de la cultura de donde se deducía la obligada actuación del Estado en esta materia, mientras los sociólogos del arte lo analizaban básicamente como un elemento constitutivo de la modernidad. Es obvio que los desencuentros entre los estudiosos del arte y los responsables de las políticas culturales fueran materia común.

El libro propone además otras reflexiones: ¿Qué papel ha jugado el arte en la constitución de nuestra modernidad? ¿Cómo analizar la tensión entre el autoritarismo del arte revolucionario y la autonomía demandada por creadores y productores culturales? ¿Hay una crisis de las políticas culturales en América Latina luego de tanto esfuerzo por construir una moderna institucionalidad cultural? Además de plantear la tensión entre el mercado y los movimientos sociales para producir un arte autónomo, lo que puede ser la marca del siglo XXI bajo la esfera del capitalismo neoliberal. ♦

Eduardo Nivón Bolán

Ediciones Espartaco



**Libros impresos \$3.950 - Libros digitales \$2.950
en: www.editorialauncreemos.cl**

¿Alguien dijo “sistémico”?

por Serge Halimi*

Las multinacionales estadounidenses suelen recurrir a la filantropía para ocultar las fechorías que les permitieron enriquecerse. Así, desde el último mes de mayo, reparten cientos de millones de dólares entre diferentes asociaciones afroamericanas, entre ellas Black Lives Matter. Semejante dádiva a una estructura militante que combate el “racismo sistémico” hace pensar a esos pagos como si fueran una póliza de seguro. Apple, Cisco, Walmart, Nike, Adidas, Facebook, Twitter, que saben mejor que nadie lo que significa “sistémico”, deben temer que el cuestionamiento de las injusticias estructurales en Estados Unidos pueda comenzar a apuntar a otras infamias más allá de las violencias policiales –y que se encuentran más cerca de sus consejos de administración–. En esta hipótesis, quienes protestan no se contentarían mucho más tiempo con gestos “simbólicos”, tales como arrodillarse delante de los afroamericanos, derrumbar estatuas, cambiar los nombres de calles, arrepentirse de su “privilegio blanco”. Ahora bien, es a ese repertorio, para ellos inofensivo, que los patrones de las multinacionales quisieran limitar el movimiento popular que despertó a la sociedad estadounidense tras la difusión de las imágenes de la muerte de un hombre negro ahogado bajo la rodilla de un policía blanco.

El CEO de JPMorgan, Jamie Dimon, que arruinó a un sinnúmero de familias negras, a las que engatusó con préstamos inmobiliarios impagables, se arrodilló delante de una caja fuerte gigante de su banco. El candidato republicano a la elección presidencial de 2012, Willard (“Mitt”) Romney, había estimado por



Paula Ábalos, Pasemos rapidito (collage), 2017 (www.paulaabalos.com)

entonces que la población estadounidense contaba con un 47% de parásitos; ahora participó en una manifestación antirracista durante la que susurró “black lives matter”. El fabricante de perfumes Estée Lauder desembolsará 10 millones de dólares para “favorecer la justicia racial y social, además de un acceso más amplio a la educación”. Seguramente para contribuir a esos objetivos en 2016 financió la campaña de Donald Trump.

Además de estas tonterías que exceden el registro de la parodia, es necesario subrayar que las manifestaciones contra el “racismo sistémico” se desataron unas pocas semanas

después de que el candidato más susceptible de atacar realmente al “sistema”, Bernie Sanders, fuera derrotado por un hombre, Joseph Biden, que contribuyó mucho a fortalecerlo. En efecto, en 1994, el senador Biden fue el gran arquitecto del arsenal jurídico que precipitó la encarcelación masiva de afroamericanos. Por otra parte, el color de la piel no siempre garantiza las buenas decisiones, 26 de 38 legisladores negros en el Congreso votaron esa ley.

En Estados Unidos, el patrimonio de la mayoría de las familias afroamericanas permanece estancado por debajo de los 20.000 dólares, lo cual es lo mismo que nada. Por lo

tanto, se ven obligadas a residir en barrios pobres y a enviar a sus hijos a escuelas medias, dado que estas se financian con los impuestos sobre la propiedad. Su futuro profesional está condicionado desde un primer momento. El núcleo del problema –el “sistema”– se encuentra ahí: el “privilegio blanco” es antes que nada el privilegio del capital. En cuanto a los símbolos, ya tuvieron un presidente: Barack Obama. ■

*Director de *Le Monde diplomatique*.

Traducción: Heber Ostroviesky



Nuevo libro

Interculturalidad(es) y migraciones Desafíos para una ciudadanía emergente

Editoras: Sonia Brito Rodríguez, Lorena Basualto Porra y Ruth Urrutia Arroyo

Prólogo de Raúl Fonet-Betancourt

Presentación de María Emilia Tijoux

Textos de: Gunther Dietz, Nelson Rodríguez Arratia, Felipe Quiroz Arriagada, Alicia Contreras Mu, Ruth Urrutia Arroyo, Sonia Brito Rodríguez, Lorena Basualto Porra, Guillermo Williamson Castro, Norma Anderson Rosales, Mario Carvajal-Castillo, Rodrigo Azócar González, Melisa Pereira López y Sabela Salgueiro Couto.

Este libro adquiere vida al momento en que la humanidad, llena de miedo y sufrimiento, vive lo inimaginable ante un virus que remece a la historia. Tal vez la vida jamás volverá a ser la misma, pues la pandemia del Covid-19 deviene en el “hecho social total” al que aludía Mauss, que ahora arrasa –y probablemente seguirá arrasando– con miles de vidas humanas. Los sistemas neoliberales y sus grandes empresarios también tiemblan ante la catástrofe financiera observando con desesperación el desplome de sus proyectos al mismo tiempo que se activan por organizar y poner en práctica los peores modos de manipular la crisis sanitaria.

...La interculturalidad permite la emergencia de un alma consciente cuando se respeta integralmente la dignidad humana dado que es un proceso de encuentro entre las culturas que muestra bien que el porvenir se juega en un cruce del diálogo y del intercambio cultural.

Este libro no solo es un aporte. Es un libro necesario.

(De la presentación de María Emilia Tijoux)

Disponible por ahora solo en versión digital a \$2.950 en:
<https://editorialauncreemos.cl>